

Marco Curricular Ignaciano

Provincia Chilena de la
Compañía de Jesús



Red Educacional
Ignaciana





Durante el proceso de construcción, se sugirió que un marco curricular es como una “partitura compartida”. Por eso, el documento aprovecha esta metáfora, y el semicírculo de la portada viene de la idea de una orquesta que combina los verticales del capítulo III en armonía.

Publicado en mayo de 2026.

The background is a solid red color. It features several thick, parallel diagonal lines in a slightly darker shade of red, running from the top-left towards the bottom-right. In the bottom-left corner, there is a partial view of a red circle.

**Caminando
en red con
una partitura
compartida**

Índice

Presentaciones	06
Introducción: Los envíos del Provincial, el <i>Ideario</i> y la construcción de este MCI	08
I. Conceptos centrales y fundamentos históricos y teóricos	10
• La distinción entre currículum y pedagogía en la tradición jesuita • Lineamientos curriculares en la tradición jesuita y la REI • El trasfondo del MCI: Educación integral con integración curricular	
II. Objetivos de aprendizaje transversales (OATs) de la REI	18
• Tres etapas de la trayectoria escolar en la REI y aspectos transversales • Los OATs de la REI para cada etapa	
III. Propósitos y trayectorias para las asignaturas e instancias de pastoral y formación	26
• Asignaturas humanistas • Lenguaje y literatura (1) • Inglés y otros idiomas (2) • Historia, geografía y ciencias sociales (3) • Artes y música (4) • Educación religiosa y filosofía (5) • Asignaturas STEM • Matemática (6) • Ciencias naturales (7) • Tecnología y cultura digital (8) • Educación física y salud (9) • Instancias de pastoral y formación • Orientación y espacios asociados de desarrollo socioemocional y comunitario (10) • Retiros espirituales (11) • Experiencias apostólicas (12) • Celebraciones litúrgicas y preparaciones sacramentales (13) • Acogida (14) • Momentos de pausa ignaciana (15)	



IV. Modos de integración curricular (de lo transversal y lo vertical)	64
• Integración mediante personas que acompañan y ayudan a realizar síntesis • Integración mediante proyectos o experiencias que promueven la síntesis • Integración mediante instancias voluntarias de ampliación y complemento de la experiencia escolar (<i>humanistas, STEM, deportivas y pastorales-formativas</i>)	
V. Continuidad de estudios y trayectorias de salida de una escuela o colegio de la REI	70
• Salida de una escuela en 8° básico • Salida de un colegio en IV° medio, con trayectoria HC o TP	
VI. Diseño de experiencias y trayectorias escolares desde el MCI	74
• La flexibilidad del currículum en Chile • Distintas configuraciones curriculares en la REI y en los colegios y escuelas	
Referencias	76
ANEXO A: Extractos de <i>Claves para una Integración Curricular Humanista-Ignaciana</i> (FLACSI, 2025)	78
ANEXO B: Dimensiones de la persona tras los OATs de la REI en el capítulo II	82

Presentaciones

Orientar la integración humanista-cristiana mediante una partitura común

El Marco Curricular Ignaciano (MCI) es fruto de años de búsqueda, deliberación y creación sostenida por la REI. Surge de un diálogo fecundo –e inédito por su intensidad y sistematicidad– entre la riqueza de experiencias de la red, la tradición educativa jesuita que se remonta a la *Ratio Studiorum* del siglo XVI, los desarrollos recientes de la educación jesuita a nivel global, y teorías contemporáneas sobre el currículum en la investigación internacional.

Su inspiración principal es la necesidad de responder a la fragmentación de la experiencia escolar actual entre formación académica y desarrollo moral y espiritual, entendida como consecuencia de lógicas culturales profundas de larga data histórica. Se basa, asimismo, en el principio de que “*el currículum porta la misión*” (Pavur 2023/2008), que exige fundar la integración en una orientación transversal al discernimiento humanista-cristiano de la realidad (que incluye su conocimiento científico) y en sus implicancias a nivel de la vocación personal.

El MCI establece una arquitectura que articula de manera consistente y sin precedentes, disciplinas académicas con instancias pastorales-formativas. Ambas configuran la clave vertical del currículum –con nueve asignaturas y seis instancias de pastoral y formación igualadas en su estructura y lógica formativa–, que es atravesada por una clave horizontal compuesta por objetivos de aprendizaje que expresan la visión humanista-cristiana de la persona y la realidad como principio integrador. Esta estructura implica que las asignaturas académicas se “moralizan” e “ignacianizan”, orientándose hacia su sentido último en el proyecto jesuita. A su vez, las instancias pastorales se “curricularizan”, nu-

triéndose de la riqueza del conocimiento proveniente de las asignaturas, para definir objetivos y progresiones comparables a las de éstas.

El conjunto es definido explícitamente como una “partitura” que orientará el caminar de la REI, unificando propósitos y criterios, abiertos en su realización a la diversidad de contextos, actores y tiempos.

Al responder a dilemas no sólo de la educación católica sino universales del currículum escolar contemporáneo, el MCI es un aporte de inmenso valor para la educación chilena y más allá, por lo cual sólo me queda agradecer el esfuerzo y la contribución realizada por la REI.

Cristián Cox D.

Primer Coordinador de la Unidad de Currículum y Evaluación (UCE) del Ministerio de Educación de Chile

Un impulso para la red continental

Este MCI es fruto de un proceso amplio y riguroso, impulsado por la REI de Chile a lo largo de varios años, articulando equipos directivos, educadores, comisiones de red y comunidades escolares, con el acompañamiento de especialistas. Busca responder a un desafío central: asegurar que la identidad y misión ignacianas no sean sólo declaraciones, sino que se traduzcan en criterios curriculares compartidos, trayectorias educativas claras y experiencias de aprendizaje con unidad de sentido.

Un aporte primordial es su referencia explícita a documentos fundantes de la tradición educativa jesuita y al caminar reciente de nuestras redes. El MCI se inspira en el *Ideario Educativo* de la REI (Área de Educación Escolar, 2023) y dialoga de manera consistente con documentos de alcance universal como *Colegios Jesui-*

tas: *Una Tradición Viva en el Siglo XXI* (ICAJE, 2019), así como con una recuperación de la *Ratio Studiorum*, entendida no como modelo a replicar, sino como convicción que orienta el proyecto común.

El aporte del MCI a la red latinoamericana es significativo, pues ofrece una “partitura compartida” que respeta la diversidad de contextos, historias y normativas, y –al mismo tiempo– fortalece la identidad común. Al situar en el centro el sello católico, la educación humanista integral de excelencia, la formación para la ciudadanía global y el cuidado de la casa común, el marco otorga una identidad distintiva que caracteriza y define la experiencia educativa ignaciana a lo largo de toda la trayectoria escolar.

Desde la Federación Latinoamericana de Colegios de la Compañía de Jesús (FLACSI) vemos en este marco una expresión madura del trabajo en red: un documento que orienta e invita a cada comunidad a articular los distintos ámbitos del aprendizaje, de manera consciente y situada. En tal sentido, el MCI no es un punto de llegada, sino un impulso fecundo para seguir profundizando –juntas y juntos– una educación humanista-ignaciana pertinente, articulada y transformadora para América Latina.

Lorena Giacomán A.
Presidenta de FLACSI

Un mapa para nuestra misión educativa escolar

Leer el MCI me hizo pensar en el atletismo, pues –igual que con un estudiante en un colegio– la formación del atleta es larga. Si se quiere desarrollar todo su potencial, nada puede quedar al azar. Conforme a su edad y la época del año, hay ejercicios más o menos adecuados y se debe definir la carga de trabajo: cuánta resis-

tencia, cuánta fuerza, cuánto y cuándo descansar, qué comer y en qué cantidad. Contar con un plan permite coordinar todo para que se rinda mejor. Un buen entrenador tiene un plan y así logra que el sujeto se despliegue en plenitud.

La propuesta de San Ignacio en los *Ejercicios Espirituales* es igualmente intencionada. Propone que –antes de hacer un ejercicio– quien ejercita siempre tenga claro “a dónde voy y a qué”. Y plantea objetivos sucesivos, cada uno apoyándose en el anterior y posibilitando el siguiente. Armoniza el concurso de las diversas “potencias del alma”, interviniendo a veces la imaginación, otras la memoria, en ocasiones el intelecto, o incluso los sentidos del cuerpo, de modo que toda la persona entre en juego. Cuida que el entorno sea adecuado, y define qué hacer antes y después de cada ejercicio. Todo entra a su tiempo, para que, al final del proceso, quien ejercita se encuentre en una relación de comunicación que lleve a dar a Dios y recibir de Él “todo lo que tiene o puede”.

Del mismo modo, para que nuestros colegios y escuelas ofrezcan “formación integral con integración curricular” se requiere un MCI como este. Un “mapa” que nos muestre qué se debe enseñar/aprender y cuándo, para que los pisos posteriores se apoyen bien en los anteriores, y las diversas dimensiones del desarrollo de la persona se desplieguen con armonía.

Celebro que esta misión que diera en 2021 mi antecesor, Gabriel Roblero S.J., vea la luz después de la publicación del *Ideario* en 2023. Agradezco a todas y todos quienes aportaron para ello, y pido al Señor que nos regale reconocer en todo momento tanto bien recibido.

Juan Cristóbal Beytía S.J.
Provincial de la Compañía de Jesús en Chile

Introducción

Los envíos del Provincial, el Ideario y la construcción de este MCI



El *Plan Estratégico 2021-2026* del Área de Educación Escolar de la Compañía de Jesús en Chile se basó en 14 envíos del Provincial. Entre ellos, el envío #1 pidió renovar el *Proyecto Educativo REI* (2009) ante la nueva realidad para la educación, desarrollando un *Ideario*

Educativo que sirva como base para actualizar los proyectos educativos de cada colegio o escuela. A continuación, venía el envío #2, que pedía desarrollar un *Marco Curricular Ignaciano* (MCI). Es decir, una aplicación del *Ideario* en lineamientos sobre qué se debe enseñar en nuestros establecimientos y cómo estructurar las trayectorias educativas para lograr esos aprendizajes. Así, el desafío tras este MCI es asegurar que el *Ideario* no quede en declaraciones, y se encarne en cursos, programas y experiencias concretas de aprendizaje.



Pasar del *Ideario* al currículum parece obvio, pero –como se explicará en el capítulo I– ha implicado un giro importante para la REI, como fruto de un camino conjunto con la Federación Latinoamericana de Colegios de la Compañía de Jesús (FLACSI). Desde los años 70, ocurrió una “pedagogización” de la tradición escolar jesuita, asociada a abandonar orientaciones curriculares propias (García-Huidobro, 2023).

El MCI busca revertir eso, recuperando lineamientos de red para desarrollar currículum, según la lógica de la *Ratio Studiorum*, que por siglos ayudó a la Compañía a “*estudiar unida, caminar unida y tomar postura unida*” (Pavur 2023/2008, p. 185).

La construcción del *Ideario* fue un arduo trabajo en red desde octubre de 2021 hasta diciembre de 2022, que se publicó en marzo de 2023 (Área de Educación Escolar, 2023). Se identificaron asuntos críticos para la vida escolar que requerían una palabra ignaciana actualizada y hubo lecturas colectivas del último documento universal de la Compañía de Jesús para el apostolado escolar, *Colegios Jesuitas: Una Tradición Viva en el Siglo XXI* (ICAJE, 2019). Con la participación de los equipos directivos de todos los colegios y escuelas, y momentos de discusión y validación en cada comunidad escolar y la oficina de la REI, se arribó –finalmente– a 48 párrafos, que desarrollan 10 grandes temáticas. De esas declaraciones, las más relevantes para el currículum son aquellas asociadas a educar “a partir de una identidad católica clara”, “buscando calidad como educación humanista integral de excelencia”, “formando para la ciudadanía global y la democracia” y “cuidando el medio ambiente y la casa común”.

El proceso de construcción del MCI comenzó en octubre de 2023, después de la publicación del *Ideario* y siguiendo la misma lógica participativa. Eso sí, por la mayor complejidad técnica de este segundo proceso, hubo tres niveles paralelos de trabajo.

a. La fundamentación teórica se desarrolló con FLACSI. Puesto que otras provincias jesuitas del continente también tienen preocupación por el currículum en sus colegios, hubo un trabajo interprovincial que decantó en el documento *Claves para una Inte-*

gración Curricular Humanista-Ignaciana (FLACSI, 2025), referente central para este MCI. El **ANEXO A** ofrece una síntesis de las 10 claves propuestas por FLACSI.



- b.** A nivel REI –es decir, de la colaboración entre los 16 establecimientos– ocurrieron dos cosas: (i) Los equipos directivos de los colegios y escuelas hicieron un proceso iterativo para construir los objetivos de aprendizaje transversales (OATs) de una educación según el *Ideario*, y (ii) diversas comisiones y equipos de red trabajaron en formular una visión ignaciana y una idea de trayectoria desde pre-kínder hasta IV° medio para cada asignatura académica e instancia de pastoral y formación.
- c.** En las comunidades escolares, hubo varios ejercicios colectivos de discusión, retroalimentación y validación de distintos componentes de este MCI, que permitieron madurar la propuesta con reflexiones de cientos de educadores y educadoras.

Todo fue conducido por una comisión central de 7 integrantes, de la oficina de educación escolar de la Compañía de Jesús y algunos colegios. Además, hubo comentarios expertos de Cristián Cox y Jacqueline Gysling (ex-coordinadores de la Unidad de Currículum y Evaluación del Ministerio de Educación, UCE-MINEDUC), y los borradores de este documento fueron revisados por algunos directivos de la REI y la comisión jesuita de educación escolar.

Aunque, como se indicó, la motivación tras el desarrollo de este MCI fue “asegurar que el *Ideario* no quede

sólo en declaraciones, sino que se encarne en cursos, programas y experiencias concretas de aprendizaje”, su construcción se realizó en constante diálogo con las autoridades curriculares del país. Esto ha buscado que el MCI sea una ayuda para aprovechar lo mejor posible la flexibilidad que ofrece la arquitectura curricular chilena, implementando los lineamientos nacionales –presentes y futuros– con una visión jesuita/ignaciana transversal.

El documento tiene seis capítulos después de esta Introducción. En el capítulo I se ofrecen los fundamentos históricos y teóricos del esfuerzo. Luego, el núcleo del MCI son los capítulos II, III y IV, en que se plantean los elementos transversales, verticales e integradores de la experiencia escolar en un establecimiento REI; es decir, sus objetivos de aprendizaje transversales (OATs), el propósito de cada trayectoria especializada de pre-kínder a IV° medio, y las diversas maneras de entender y propiciar la integración de la experiencia escolar. El capítulo V habla del camino de salida en una escuela o colegio REI (8° básico o IV° medio, según sea el caso). Al final, el capítulo VI ofrece orientaciones sobre cómo los colegios y escuelas REI deberían ir adoptando este marco en el contexto de la normativa curricular chilena.

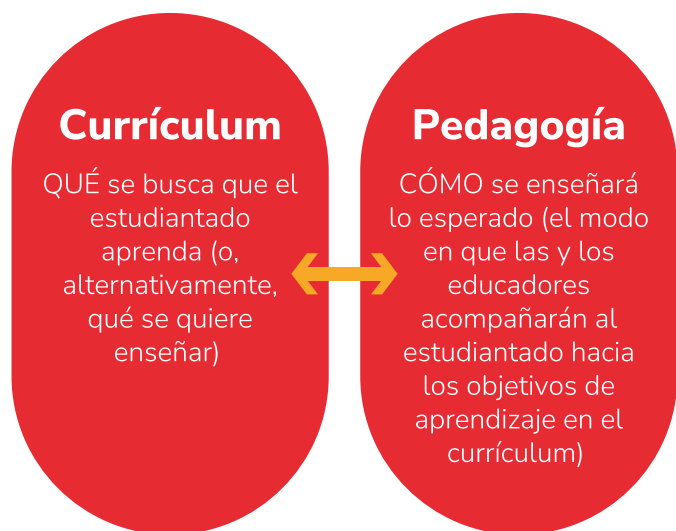
A quien esté leyendo este MCI por primera vez, se le recomienda no ir a los capítulos II, III y IV sin haber leído cuidadosamente el capítulo I. Esto se debe a la importancia de comprender ciertas ideas –como la distinción entre currículum y pedagogía, o entre lo vertical y lo transversal en la arquitectura curricular– que son fundamentales para entender la propuesta y sus orientaciones.

Capítulo I

Conceptos centrales y fundamentos históricos y teóricos

La distinción entre currículum y pedagogía en la tradición jesuita

Según Basil Bernstein (1971), la práctica educativa en los sistemas escolares modernos tiene tres elementos centrales: currículum, pedagogía y evaluación. Este MCI pone su foco en el primero, pero –para comprender a fondo ciertos aspectos de la iniciativa– es relevante distinguir entre currículum y pedagogía (la evaluación también es clave, pero escapa de los alcances del MCI).



En la tradición jesuita centenaria, modelada por la *Ratio Studiorum*, estos dos elementos estaban muy claros (García-Huidobro, 2023). A nivel curricular, había tres etapas para estudiantes de 14/15 años hasta los 24/25 (pues la educación jesuita no era para niñas y niños; sino para adolescentes y jóvenes): (a) unos primeros años de humanidades, en que el principal autor a leer era Cicerón, el gran humanista de la antigüedad romana; (b) un período de filosofía,

con foco en Aristóteles; y, al final, (c) estudios de teología centrados en Santo Tomás. La mayoría de los alumnos sólo estudiaba la primera etapa y luego migraba a estudios superiores en instituciones no jesuitas. Por ello, la educación jesuita masiva era –en el fondo– una enseñanza media humanista. A nivel pedagógico, imperaba el “*modus parisiensis*”; es decir, el estilo de enseñanza/aprendizaje que los primeros jesuitas conocieron en la Universidad de París. Este consistía en charlas magistrales seguidas de múltiples ejercicios de estudio personal, repetición, debate, representación, etc.

Si se analizan los *Ejercicios Espirituales* usando estas mismas categorías (es decir, como si fueran una práctica educativa), ambos elementos también están muy claros. Hay un currículum de pasajes bíblicos a orar y “gracias” a pedir, organizado en cuatro etapas llamadas “semanas”, que invitan a pasar desde la conversión a la identificación con Jesús, y desde la identificación con Jesús a contemplar la acción del Espíritu en todas las cosas. Luego, hay una pedagogía afín al constructivismo –bautizada hace unas décadas como *pedagogía ignaciana* (ICAJE, 1993)– en que se anima al ejercitante a buscar el querer de Dios con un acompañante que debiese decir poco, para que lo esencial ocurra entre el ejercitante y Dios. En otras palabras, lo jesuita/ignaciano –en educación y en espiritualidad– entraña una pedagogía inseparablemente ligada a un currículum.

Sin embargo, durante las últimas décadas ha ocurrido una “pedagogización” de la tradición, asociada a abandonar lineamientos curriculares con identidad propia (García-Huidobro, 2023). En los años 90, la Compañía de Jesús afirmó que (a) ya no es posible

Lo jesuita/ignaciano –en educación y en espiritualidad– entraña una pedagogía inseparablemente ligada a un currículum.

tener un currículum propio como había en la *Ratio*, y (b) lo substancial de nuestra tradición está en su pedagogía (ICAJE, 1993). Hay muchas explicaciones para esto, pero una importante es haber relativizado la distinción entre experiencia y conocimiento –es decir, entre vivencias subjetivas y referentes canónicos– de la cual se deriva la distinción entre pedagogía y currículum (Young, 2010). La experiencia siempre tiene componentes subjetivos asociados a “lo vivido”, mientras que el conocimiento o los referentes canónicos vienen del esfuerzo societal (colectivo) por objetivar lo vivido, que ayuda a las personas a trascender su experiencia subjetiva. En base a esto, el currículum debiera declarar qué conocimiento o qué referentes comunes enseñar-aprender, mientras que la pedagogía es el conjunto de aproximaciones y estrategias para ayudar a las y los estudiantes a acercarse desde su experiencia a lo establecido en el currículum. Por este “giro pedagógico”, ya van décadas con muy pocas orientaciones curriculares jesuitas.

En este escenario, el MCI busca ofrecer lineamientos de red para desarrollar currículum en base a lo mejor de nuestra tradición, y así ayudar a encarnar el *Ideario* en planes, programas y experiencias concretas (Área de Educación Escolar, 2023).

El concepto de currículum que se usa es el que propuso FLACSI (2025): “el acuerdo sobre qué se debe aprender y la estructuración de las trayectorias educativas para alcanzar ese aprendizaje” (p. 6).

Es “acuerdo” pues sólo existe currículum donde hay una comunidad en que se enseña y aprende, como un colegio o una red escolar, y que se dota de un marco institucional para hacerlo. Es “estructuración de las trayectorias educativas” pues los procesos institucionales de enseñanza-aprendizaje suponen secuencias ordenadas de objetivos que faciliten al cuerpo de educadores colaborar de cara al propósito final. Históricamente, esto llevó a organizar niveles y ciclos del proceso escolar, así como a distinguir asignaturas académicas e instancias pastorales-formativas.

Lineamientos curriculares en la tradición jesuita y la REI

Como primer currículum jesuita, la *Ratio Studiorum* intentó ofrecer un programa educativo para la visión ignaciana –propia de la cuarta semana de los *Ejercicios Espirituales*– de que Dios está presente en toda la realidad, salvándonos en el amor e invitándonos a la identificación con Jesús y su vida de compasión y servicio. Así, “por cientos de años, [la *Ratio*] ayudó a una gran comunidad a estudiar unida, caminar unida y tomar postura unida” (Pavur, 2023/2008, p. 185). Por esto, “la contribución más significativa de la *Ratio* a esta tradición” ha sido “la importancia del currículum como el vehículo principal para la misión” (p. 193). Es decir, la relevancia de que el cuerpo de educadores tenga un plan claro y consensuado para trabajar unido en pos del objetivo final de la educación jesuita.

**El MCI busca ofrecer
lineamientos de red para
desarrollar currículum en
base a lo mejor de nuestra
tradición, y así ayudar
a encarnar el Ideario
en planes, programas y
experiencias concretas.**



Todo esto estaba permeado por la visión humanista-cristiana, lo cual era patente en la primera etapa de humanidades, que incluía (a) aprender varios idiomas y retórica, en orden al diálogo cultural; y (b) que sacerdotes animen discusiones sobre los grandes dilemas de la existencia humana a partir de textos seculares (es decir, enseñando que Dios ama y está presente en todo lo humano). Otro elemento clave en la *Ratio* era su atención a los detalles: se asumía que la formación pasaba tanto por las grandes definiciones como por aspectos más sutiles, como qué autores leer en cada curso.

Después de que la *Ratio* quedó en desuso a mediados del siglo XX, la renovación de la educación jesuita desde los años 80 trajo el “giro pedagógico” antes mencionado. Entonces, ha habido pocas orientaciones concretas sobre qué enseñar y cómo estructurar las trayectorias educativas; el foco ha sido más pedagógico-didáctico (asociado a cómo enseñar lo establecido en cada país). No obstante, ha habido aportes valiosos que recoger. El Padre Arrupe planteó dos ideas fundamentales para un currículum jesuita hoy: (a) el horizonte de formar “*hombres [y mujeres] para los demás*” (Arrupe, 1973), y (b) que el sello de nuestros colegios debería ser la *excelencia humana* (Arrupe, 1980). Esto llevó a las experiencias de servicio características de los colegios ignacianos hoy, aunque no se haya traducido en orientaciones curriculares desde la infancia hasta la juventud. Posteriormente, el Padre Kolvenbach (1993) amplió la idea de *excelencia humana*, proponiendo que este horizonte debe ser “*la formación de hombres [y mujeres] competentes, conscientes, y comprometidos en la com-*

pasión”. Estas 4Cs son lo más cercano que tenemos hoy a un perfil global del estudiante que queremos formar.

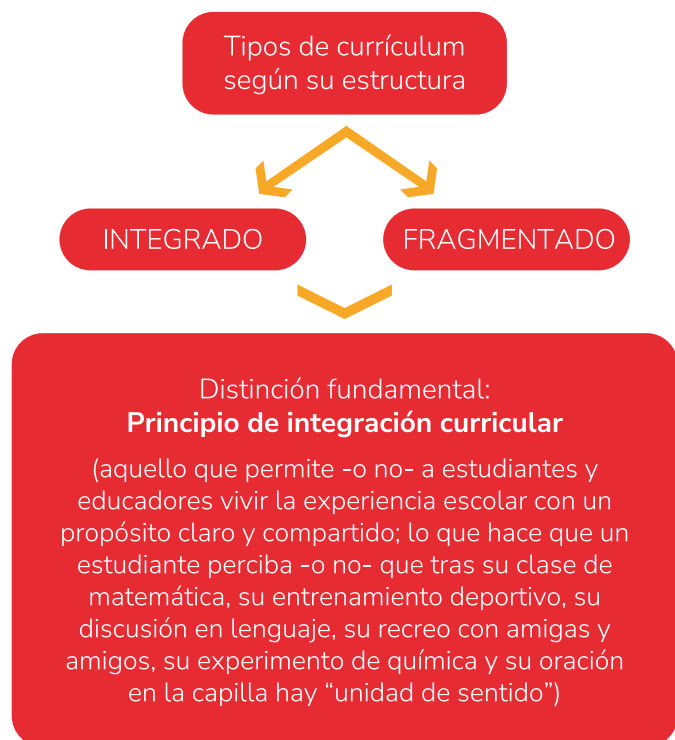
Últimamente, el documento *Colegios Jesuitas: Una Tradición Viva en el Siglo XXI* (ICAJE, 2019) añadió nuevos elementos al relato de la excelencia humana y las 4Cs. Dos de estos puntos son: (a) una preocupación por la identidad católica de los colegios ante la secularización, y (b) la relevancia de formar para el cuidado de la casa común y la ciudadanía global (ante la crisis socio-ambiental y la fragilidad de nuestras democracias). Esto último nace del magisterio del Papa Francisco (2015, 2020) en *Laudato Sí* y *Fratelli Tutti*, que urge a comprender la humanidad como una comunidad de destino, que debe cuidar el planeta y la vida común. Sin embargo, no está claro cómo estos elementos deberían integrarse en el currículum. Entonces, ha ocurrido una proliferación de iniciativas que profundizan la ya conocida saturación curricular.

En esta realidad, varias redes escolares jesuitas de América Latina han desarrollado lineamientos curriculares propios. En Chile, ha habido dos esfuerzos importantes durante las últimas décadas, que son antecedentes fundamentales de este MCI: (a) el “Mapa de Aprendizajes para la Formación Integral” o MAFI (2010), de la antigua Asociación de Colegios Ignacianos (los colegios con pago de la REI); y (b) el “Itinerario Pastoral” (2013), de la antigua Fe y Alegría Chile (los colegios gratuitos de la REI). El primer esfuerzo ofreció un mapa de progreso de aprendizajes en las dimensiones socioafectiva, cognitiva y espiritual-religiosa desde la infancia hasta el fin de la edu-

cación media. El Itinerario Pastoral propuso un modelo de área pastoral para los colegios y escuelas, con siete dimensiones que acompañar desde pre-kínder hasta IV° medio. Cada iniciativa tuvo su impacto en el respectivo grupo de colegios, y ahora el MCI –válido para todos los colegios y escuelas de la REI– ocupará su lugar (igual como en 2023 el *Ideario* reemplazó el *Proyecto Educativo REI* de 2009).

El trasfondo del MCI: Educación integral con integración curricular

Establecidos el propósito del MCI, el concepto de currículum subyacente y sus antecedentes históricos más relevantes, ahora se desarrolla su fundamento teórico: la idea de “integración curricular”. La aproximación tras este documento viene de Bernstein (1971), quién –asumiendo que todo sistema educativo socializa a sus estudiantes en una visión de mundo, que se expresa en su currículum– estudió la estructura de distintos currículos. Y estableció que, básicamente, hay dos tipos de currículos (con variaciones entre ellos).



Ya que pocos colegios o sistemas educativos han institucionalizado exitosamente currículos integrados –en que se reconoce un principio integrador compartido–, Bernstein se centró en estudiar el currículum fragmentado que predomina (con múltiples asignaturas y electivos). Y descubrió que también tiene un principio de integración, pero implícito: la visión de mundo “basal” tras la vida moderna. Esto es: el horizonte de la especialización, la autonomía y la privatización, que llevan a las y los estudiantes a vivir la experiencia escolar como una mezcla inconexa de contenidos, experiencias y vínculos compitiendo por su tiempo e intereses, hasta que –al terminar la educación obligatoria– pueden focalizarse en sus preferencias, y desechar todo lo demás. Ante esta realidad, Bernstein llamó a explorar currículos más integrados, que socialicen en visiones de mundo más integrales y comunitarias.

Sin embargo, Bernstein también observó algo que el mundo progresista tiende a olvidar, simplificando la magnitud del desafío tras la fragmentación curricular: que el conocimiento especializado es poderoso (Luri, 2019; Muller y Young, 2019). De hecho, (a) la diferenciación entre experiencia cotidiana y conocimiento, y (b) la especialización que ha llevado a nuestras actuales asignaturas académicas e instancias pastorales-formativas, están a la base del progreso moderno. Por tanto, relativizar su lugar en el currículum tiene graves consecuencias, especialmente para estudiantes con bajo capital cultural o religioso, cuyo acceso a las estructuras del saber depende del currículum escolar (Wheelahan, 2012). Así, diseñar integraciones curriculares que cuiden la equidad pasa por abordar la tensión intrínseca entre “especialización del conocimiento/saber” y “transversalidad de lo identitario y lo ético”, como uno de los retos curriculares más complejos de nuestro tiempo (García-Huidobro, 2018).

En este marco, se comprende que la fragmentación curricular es fruto del avance de la modernidad y su progreso, no de una ideología o política educativa de un gobierno particular. Por ello, la evidencia indica que –con variaciones menores– los acuerdos de los países sobre qué se debe aprender y cómo deben estructurarse las

Diseñar integraciones curriculares que cuiden la equidad pasa por abordar la tensión intrínseca entre "especialización del conocimiento/saber" y "transversalidad de lo identitario y lo ético", como uno de los retos curriculares más complejos de nuestro tiempo.

trayectorias escolares están cada vez más focalizados en el desarrollo cognitivo y la mentalidad científica (Baker, 2014). En la misma lógica, introducir en una tradición o un relato con vínculos comunitarios –como el cristianismo– se ha ido haciendo cada vez más difícil por la globalización de las ideas liberales de la autodeterminación de los individuos y el imperativo de la inclusión, aún a costa de ciertos mínimos comunitarios. Algunas de estas tendencias se asocian con valores cristianos como la inclusión de todas y todos, pero la antropología de conjunto que se promueve es la de una persona autodeterminada y sin arraigo local/comunitario (García-Huidobro, 2020).

Así, aunque los colegios jesuitas/ignacianos suelen hacer afirmaciones normativas sobre la transversalidad de

la fe y sus valores en la formación, la realidad es que esto es cada vez más difícil. Según Davis (1999), el problema puede rastrearse hasta los siglos XV y XVI, cuando los humanistas-cristianos tuvieron dificultades para integrar en los currículos (a) la incipiente preocupación por el conocimiento de base empírica, así como (b) el comienzo de las dinámicas modernas de especialización, autonomía y privatización. Con los siglos, esto derivó en una separación entre razón y fe, que llevó a marginar la visión católica de los currículos modernos. El conocimiento se fue especializando y, para sobrevivir dentro de sistemas educativos nacionales, los colegios católicos –incluidos los jesuitas– tuvieron que restringir “lo católico” a las dimensiones de la vida escolar donde la sociedad secular lo permite: (a) la clase de educación religiosa y (b) acciones pastorales y litúrgicas fuera del aula. Usando los conceptos de Bernstein, podríamos decir que el problema ha sido que la educación católica –y jesuita– ha ido progresivamente diluyendo su principio de integración curricular (Davis, 1999).

Para la REI, esto significa que:

El reto de diseñar “educación integral con integración curricular” –es decir, educación de las distintas dimensiones de la persona con una visión ignaciana transversal– pasa por recuperar nuestro principio integrador y procurar que sea explícito y compartido.

Se trata del relato que lleva a vivir toda la experiencia escolar con unidad de sentido. Como se menciona en el capítulo IV, los proyectos interdisciplinarios ayudan para



esto, pero el reto va más allá de implementar una metodología que articule asignaturas. Se trata de cuidar la visión de mundo en que socializamos al estudiantado con los años.

Como destaca FLACSI (2025), el documento *Características de la Educación de la Compañía de Jesús* (ICAJE, 1986) ofrece una bella síntesis de la visión ignaciana del mundo. En base a esta formulación, **nuestro principio integrador de la experiencia escolar –que es el humanismo cristiano– se podría expresar resumidamente así:**

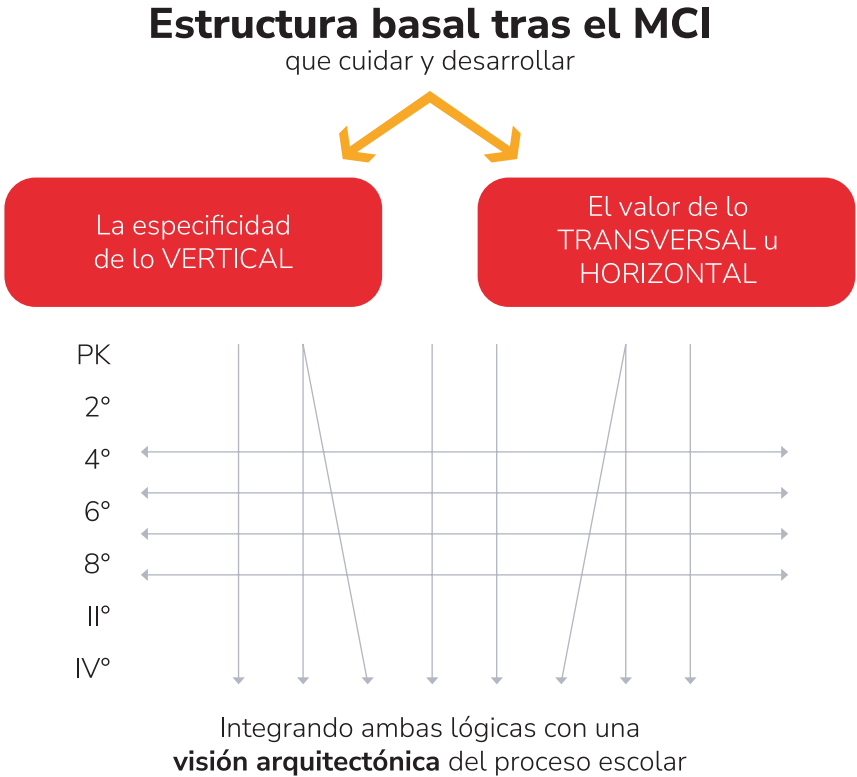
Dios, que es el Bien, la Verdad y la Belleza, está presente en toda la realidad, trabajando por nosotros, y –mediante el discernimiento– puede ser descubierto en todo acontecimiento natural o humano, presente o pasado. Esto implica una visión fundamentalmente positiva y esperanzada de la existencia, aunque no ingenua, pues la acción de Dios está ocurriendo en un mundo roto por el pecado y sus efectos, que clama por reconciliación. En esta realidad, cada persona es amada incondicionalmente por Dios e invitada a una respuesta vocacional a este amor: trabajar por transformar el mundo y construir el Reino de Dios. Jesús es nuestro modelo de persona –por su respuesta total de amor y servicio a Dios y los demás–, entonces nuestras vidas han de ser imitación suya en la familia, el trabajo, los compromisos sociales, políticos y eclesiales, etc. Aspiramos a que esta respuesta vocacional de cada persona, fruto de un discernimiento continuo, sea (a) en comunidad, con otras y otros; (b) en la Iglesia; y (c) con sentido del “magis”, es decir, de servir con excelencia, por amor a Dios y a los demás.

El gran desafío hoy es conectar esta visión humanista-cristiana del mundo y la persona –nuestro principio integrador– con los principales ejes culturales contem-

poráneos y sus manifestaciones curriculares, para que permee toda la experiencia escolar con unidad de sentido, no sólo la clase de educación religiosa y lo pastoral (García-Huidobro, 2020). Por un lado, esto significa diálogos entre la visión ignaciana del mundo y la mentalidad científico-empírica (Davis y Franchi, 2013), lo cual pide una filosofía o teología del conocimiento que facilite enseñar que el método científico es un don para penetrar los misterios del mundo, así como abordar sus límites y el problema de su expansión hegemónica. Los documentos *Gaudium et Spes* (Vaticano II, 1965) y *Laudato Sí* (Francisco, 2015) ofrecen orientaciones valiosas para esto. Por otro lado, a nivel antropológico, esto requiere abordar la tensión entre una visión del ser humano como sujeto universal y sin raíces, y el arraigo local o en una tradición, que ubica a la persona como parte de vínculos comunitarios y una memoria colectiva (Hervieu-Léger, 2005). Esto debiera llevar a diálogos fe-humanidades, que complementen los diálogos fe-ciencia, de los cuales deberían emerger –por ejemplo– ideas concretas sobre cómo enseñar idiomas en colegios jesuitas o compañeros en la misión, o criterios sobre el tipo de historia que enseñar o cómo mostrar la tradición católica y cultivar afecto por sus expresiones literarias y artísticas.

Aunque los colegios jesuitas/ignacianos suelen hacer afirmaciones normativas sobre la transversalidad de la fe y sus valores en la formación, la realidad es que esto es cada vez más difícil... la educación católica –y jesuita– ha ido progresivamente diluyendo su principio de integración curricular.

Por todo lo anterior, la estructura basal del MCI –su “arquitectura fundamental”, siguiendo la clave 1 propuesta por FLACSI (2025); ver **ANEXO A**– es una combinación de elementos “transversales” y “verticales” en el currículum, según se explica a continuación.



Lo transversal se refiere a aquello que debería cruzar toda asignatura e instancia de aprendizaje en un mismo curso o nivel, de lo cual se habla más en el capítulo II. Lo vertical se refiere a las progresiones conceptuales y/o vitales desde pre-kínder hasta IV° medio, académicas y pastorales-formativas, las cuales se desarrollan en el capítulo III. En la figura, la separación de algunas flechas verticales entre PK y IV° refleja la complejización de algunas trayectorias verticales con el paso de los años (por ejemplo, la progresión en ciencias naturales, que se subdivide en varias asignaturas al pasar de la educación básica a la media).

Esta idea de articular lo transversal y lo vertical en el currículum ayuda a comprender cómo se organiza el MCI. Luego de la Introducción y este capítulo histórico-teórico, los capítulos II y III abordan los objetivos de aprendizaje transversales de la REI y las asignaturas académicas e instancias pastorales-formativas, respectivamente. En el capítulo IV se reflexiona sobre los modos concretos para realizar integración curricular (de lo transversal y lo vertical), es decir, cómo un colegio jesuita o compañero en la misión promueve la síntesis vital del aprendizaje que se espera en cada etapa (FLACSI, 2025).



Capítulo II

Objetivos de aprendizaje transversales (OATs) de la REI

Para el Ministerio de Educación de Chile (MINEDUC), los OATs “establecen metas de carácter comprensivo y general ... referidas al desarrollo personal, intelectual, moral y social de las y los estudiantes. Se trata de objetivos cuyo logro depende de la totalidad de elementos que conforman la experiencia escolar. Esto significa que deben ser promovidos a través del conjunto de las actividades educativas” (MINEDUC, 2015, p. 25).

Siguiendo esta lógica y bajo la inspiración del *Ideario*, la REI ha planteado 15 OATs para cada etapa escolar, que debieran ser promovidos por todo educador que colabora en esa etapa. Se trata de objetivos de aprendizaje que, por su origen y horizonte, reflejan nuestro principio de integración curricular: la visión humanista-cristiana de la persona y la realidad que se describió en el capítulo I. En tal sentido, estos OATs buscan infundir la visión ignaciana en todo el proceso educativo.

La REI ha planteado 15 OATs para cada etapa escolar, que debieran ser promovidos por todo educador que colabora en esa etapa. Se trata de objetivos de aprendizaje que, por su origen y horizonte, reflejan nuestro principio de integración curricular.

Tres etapas de la trayectoria escolar en la REI y aspectos transversales

La revisión de las estructuras de ciclos en todos los colegios y escuelas de la REI llevó a distinguir tres etapas genéricas de la trayectoria escolar en un establecimiento REI: (a) infancia (pre-kínder a 2° básico), (b) núcleo de la educación básica (3° a 8° básico), y (c) educación media (I° a IV° medio). Esto coincide con lo sugerido por FLACSI (2025) en su clave 5 respecto a que –al pensar la trayectoria escolar– se distinga: (a) un tiempo de alfabetización, asociado a la infancia (que debiera incluir el aprender a leer y escribir, así como una “alfabetización ignaciana”); (b) un tiempo de siembra, asociado a la educación básica, en el cual introducir a lo mejor de la herencia humana en ciencias, historia, doctrina católica, etc.; y (c) un tiempo de especialización y discernimiento del proyecto vital, asociado a la educación media y sus temas y procesos.

Con esta estructuración y asumiendo el principio de integración curricular descrito en el capítulo I:

El modelo de formación tras estos OATs es el de una educación para el discernimiento de la realidad y la imitación vocacional de Jesús.

Esto se concreta en (a) tres ejes transversales a todo el proceso formativo, que se describen en la tabla que sigue, y (b) cinco dimensiones del estudiante: espiritual, socioemocional, corporal, cognitiva y ético-ciudadana, cuya descripción detallada está en el **ANEXO B** (al final del MCI).

Eje	Descripción
1. Descubrimiento de la IDENTIDAD <i>¿Quién soy?</i>	Se espera que, durante su trayectoria escolar, las y los estudiantes de nuestros colegios y escuelas vivan un progresivo descubrimiento de su identidad, con sus diferentes aspectos (familiar, cultural, religiosa y afectivo-sexual). Desde el principio integrador de un currículo jesuita/ignaciano, esto se relaciona con llegar a comprenderse como hijo/a de Dios, hermano/a de Jesús; persona amada, salvada y llamada (Lucas 3, 21-22).
2. Desarrollo de una VISIÓN DE MUNDO <i>¿Qué realidad habitamos?</i>	Se espera que, progresivamente, el estudiantado de nuestros establecimientos desarrolle una visión de comunidad y sociedad, así como una comprensión de la historia y el mundo, con sus desafíos. Desde nuestro principio integrador, esto se relaciona con aprender a discernir la Bondad, la Verdad y la Belleza (Dios) en todas las cosas, reconociendo que vivimos en un mundo de hermanos y hermanas –una “casa común”– que está roto por el egoísmo y salvado por la gracia, y que estamos llamados a colaborar con Dios en su transformación (Juan 1, 1-14).
3. Discernimiento de la VOCACIÓN y el PROYECTO DE VIDA <i>¿A qué estoy llamado/a?</i>	Se espera que las y los estudiantes de nuestros colegios y escuelas aprendan a discernir su vocación y un proyecto vital que les permita realizar esa vocación, con sus diferentes aristas (proyecto de familia, dedicación laboral, rol social y político, compromiso eclesial, etc). Desde el principio integrador de nuestro currículo, esto es aprender a ser una persona “para y con los demás”, como Jesús, que vive el <i>magis</i> y la <i>excelencia humana</i> según las 4Cs: ser una persona consciente, compasiva, comprometida y competente (Juan 13, 1-15).

Los OATs de la REI para cada etapa

A continuación, se presentan los 15 OATs para cada etapa de la trayectoria escolar, que deben comprenderse como terminales de la etapa. Es decir, para ser logrados al final de 2° básico, 8° básico y IV° medio, respectivamente. Por esto, naturalmente estos objetivos constituyen nuestro perfil de egreso para cada etapa; y los OATs para 3°-8° básico y I°-IV° medio equivalen a “perfiles de egreso REI” para la educación básica y media.

Estos objetivos constituyen nuestro perfil de egreso para cada etapa; y los OATs para 3°-8° básico y I°-IV° medio equivalen a “perfiles de egreso REI” para la educación básica y media, respectivamente.

PK - 2°	Eje 1: Descubrimiento de la IDENTIDAD <i>¿Quién soy?</i>	Eje 2: Desarrollo de una VISIÓN DE MUNDO <i>¿Qué realidad habitamos?</i>	Eje 3: Discernimiento de la VOCACIÓN y el PROYECTO DE VIDA <i>¿A qué estoy llamado/a?</i>
a. Espiritual	1.a - Reconocer que es hijo/a de Dios, sujeto de su amor en la relación con las y los demás.	2.a - Identificar el mundo natural y social que le rodea como Creación y regalo de Dios.	3.a - Desarrollar la capacidad cotidiana de hacer silencio y escuchar, como forma de conectarse consigo mismo/a, con los demás y con Dios.
b. Socioemocional	1.b - Identificar sus emociones y cómo regularlas en distintas situaciones y contextos, como parte del proceso de conocerse a sí mismo/a.	2.b - Reconocer que las personas experimentan diversas emociones y que estas influyen en su forma de relacionarse con los demás.	3.b - Identificar situaciones que afecten a otros/as en su familia, curso o entorno cercano, en las que –como Jesús– puede aportar con actitudes de colaboración.
c. Corporal	1.c - Conocer el propio cuerpo –con sus características y necesidades–, estableciendo límites y desarrollando actitudes de respeto y autocuidado.	2.c - Explorar activamente el entorno a través del cuerpo y los sentidos, para comprender el mundo y relacionarse con otras y otros.	3.c - Practicar hábitos básicos de higiene, alimentación y bienestar, con autonomía progresiva, reconociendo el cuerpo como regalo de Dios que cuidar.
d. Cognitiva	1.d - Reconocer sus intereses, talentos y habilidades en distintos ámbitos, como base para desarrollar integralmente su potencial.	2.d - Descubrir que aprender cosas nuevas con otros/as enriquece su visión y conocimiento del mundo.	3.d - Experimentar acciones que le permitan desarrollar sus intereses, talentos y habilidades.
e. Ético-ciudadana	1.e - Identificar cómo comportarse en los diferentes contextos en que participa, respetando las normas establecidas.	2.e - Reconocer que quienes le rodean son sus prójimos, sujetos de respeto y con los mismos derechos que él/ella.	3.e - Contribuir positivamente en su comunidad, como Jesús, mediante acciones de colaboración y generosidad.

3° - 8°	Eje 1: Descubrimiento de la IDENTIDAD <i>¿Quién soy?</i>	Eje 2: Desarrollo de una VISIÓN DE MUNDO <i>¿Qué realidad habitamos?</i>	Eje 3: Discernimiento de la VOCACIÓN y el PROYECTO DE VIDA <i>¿A qué estoy llamado/a?</i>
a. Espiritual	1.a - Reconocer que es una persona valiosa, hijo/a de Dios, amada y perdonada por Él.	2.a - Reconocer cómo Dios está presente en la belleza de la Creación y en la diversidad de personas que forman las comunidades a las que pertenece.	3.a - Conectar consigo mismo/a y con los grandes deseos del corazón en que Dios nos habla, a través del silencio, la oración y las celebraciones litúrgicas.
b. Socioemocional	1.b - Desarrollar una autoimagen positiva, valorando y aceptando su personalidad, su historia y sus orígenes.	2.b - Gestionar las emociones ante situaciones sociales que le afectan, respetando otros puntos de vista y a las personas que son o piensan distinto.	3.b - Dar lo mejor de sí en cada instancia (el magis), discerniendo qué le ayuda a lograrlo y qué se lo dificulta.
c. Corporal	1.c - Integrar los cambios corporales propios de esta etapa vital en la construcción de la identidad, estableciendo límites saludables.	2.c - Comprender la diversidad de expresiones afectivas y modos de vinculación que permite la corporalidad, en contextos presenciales y digitales, practicando el respeto y el cuidado.	3.c - Explorar un desarrollo sano y responsable de la afectividad y la sexualidad, basado en el respeto y el cuidado mutuo, como parte del crecimiento en la capacidad de amar.
d. Cognitiva	1.d - Identificar sus propias formas de aprendizaje, según su identidad personal, familiar y cultural.	2.d - Aplicar lo aprendido en las distintas asignaturas para reflexionar sobre el significado e impacto de fenómenos naturales, históricos y sociales relevantes.	3.d - Reflexionar sobre sus dones y talentos que puede poner al servicio de las y los demás para, como Jesús, transformar su entorno.
e. Ético-ciudadana	1.e - Identificar elementos del propio contexto histórico, familiar y social que influyen en su manera de ser y relacionarse con las y los demás.	2.e - Desarrollar conciencia de los dolores y desafíos en su comunidad y la sociedad, proponiendo acciones solidarias para transformarlas positivamente.	3.e - Participar responsablemente de su entorno, con acciones cotidianas de compasión y servicio que buscan mayor justicia y fraternidad.

I° - IV°	Eje 1: Descubrimiento de la IDENTIDAD <i>¿Quién soy?</i>	Eje 2: Desarrollo de una VISIÓN DE MUNDO <i>¿Qué realidad habitamos?</i>	Eje 3: Discernimiento de la VOCACIÓN y el PROYECTO DE VIDA <i>¿A qué estoy llamado/a?</i>
a. Espiritual	1.a - Reconocer –en la propia historia de vida– el amor de Dios que acompaña y sostiene, así como las prácticas religiosas y comunitarias que ayudan a volver a esta experiencia.	2.a - Comprender la realidad –presente y pasada– como lugar de gracia y pecado, en que Dios está actuando e inspirando esperanza para el futuro.	3.a - Reconocer que la vocación es un llamado de Dios a ser una persona “para y con los demás”, como lo fue Jesús.
b. Socioemocional	1.b - Vivenciar que es una persona única, valiosa e incondicionalmente amada, con capacidad para enfrentar los desafíos de la vida con resiliencia y esperanza.	2.b - Desarrollar una visión humanista-cristiana del mundo, que impulse relaciones sanas y el cuidado del entorno como “casa común”.	3.b - Discernir un camino de vida futura que responda a los grandes deseos del corazón, mediante los cuales Dios nos revela la vocación personal.
c. Corporal	1.c - Integrar la propia identidad corporal y sexual, desde una mirada libre, responsable y positiva.	2.c - Promover una visión respetuosa e inclusiva del cuerpo y la sexualidad, analizando y cuestionando estereotipos, discursos y prácticas culturales.	3.c - Integrar el cuidado de sí mismo/a y formas sanas y respetuosas de vincularse afectivamente con otras y otros, en el discernimiento del proyecto de vida.
d. Cognitiva	1.d - Comprender que la propia aproximación al conocimiento está siempre influenciada por la historia personal y social-cultural.	2.d - Reflexionar críticamente sobre las comunidades y la sociedad en que habita –con sus historias y sus cambios– desde una visión humanista-cristiana.	3.d - Integrar reflexiones sobre qué compromisos de servicio requiere la sociedad en el discernimiento de la vocación y el proyecto de vida.
e. Ético-ciudadana	1.e - Reconocer que es un ciudadano/a, sujeto de derechos y con deberes, llamado/a a promover el respeto, la justicia, la fraternidad y el bien común.	2.e - Involucrarse activamente en sus comunidades y la sociedad, cultivando el diálogo fraterno, buscando la verdad, promoviendo los derechos humanos y cuidando las instituciones que permiten vivir en democracia.	3.e - Asumir compromisos sociales, políticos y eclesiales, que –a imitación de Jesús– contribuyan al bien común, como parte del proyecto de vida.

Una pregunta fundamental es cómo se gestionan estos OATs en el día a día de los colegios y escuelas. Tratándose de objetivos que –por definición– deberían ser promovidos por todo educador, aprovechando todo espacio educativo disponible (en clases y fuera de estas), ¿qué rol y responsabilidades tiene cada actor en su logro?, y ¿hay espacios privilegiados o estrategias especialmente intencionadas para trabajarlos? Dado el relativo fracaso del país implementando los OATs de las Bases Curriculares (García-Huidobro, 2024; Marticorena, 2013; MINEDUC, 2001; Romeo, 2001), estas cuestiones son centrales para que el MCI y su propuesta de objetivos transversales no sean “letra muerta”.

Al respecto, conviene notar que el enfoque más común ante los OATs ha sido esperar que “de algún modo” cada educador los sume a sus objetivos de aprendizaje de asignatura (OAs). Esto, sin suficiente conciencia de cómo eso complejiza lo que se busca en una clase o experiencia escolar, que ya tiene suficiente dificultad con manejar al grupo-curso para lograr los OAs específicos. Además, en la REI ha sido usual asumir que la mayor parte de los OATs son algo así como OAs de pastoral y formación (PyF), suponiendo que esta área no tiene sus propias especializaciones verticales y que la mayoría de los educadores están preparados para trabajar esos objetivos. Esto genera muchas tensiones cotidianas entre lo académico y lo pastoral-formativo, pues –bajo este enfoque– ambas áreas “compiten” en gran parte de los espacios educativos (y muchos educadores sienten la falsa dicotomía de tener que elegir entre sus OAs y los OATs ignacianos, comprendidos como OAs de PyF).

A partir del marco teórico en el capítulo I, el MCI invita a una aproximación distinta a la gestión de los OATs (así como al aprendizaje en el área de PyF). Si la educación jesuita/ignaciana es una integración viva entre desarrollos verticales especializados y articulaciones transversales, permeada por el principio humanista-cristiano de integración curricular, los OATs REI expresan el horizonte para articular las progresiones verticales (académicas y pastorales-

formativas). Y esto no ocurre espontáneamente o porque cada educador/a lo promueve “como puede” en sus espacios de incidencia. Debe ser algo intencionado institucionalmente. Por ello, en línea con las claves 7 y 8 de FLACSI (2025), el currículum en un colegio jesuita o compañero en la misión debería declarar los modos concretos para realizar integración curricular en cada etapa (y nivel), mediante personas o mediante experiencias o proyectos. El capítulo IV habla de esto, haciendo referencia a ciertos educadores con roles clave para lograr los OATs, así como proponiendo cuidar especialmente ciertas instancias de síntesis. Con esta visión, el capítulo III toca los desarrollos verticales en el currículum de un establecimiento escolar de la REI.

Una pregunta fundamental es cómo se gestionan estos OATs en el día a día de los colegios y escuelas... ¿qué rol y responsabilidades tiene cada actor en su logro?, y ¿hay espacios privilegiados o estrategias especialmente intencionadas para trabajarlos?



**La educación
jesuita/ignaciana
es una integración
viva entre desarrollos
verticales especializados
y articulaciones
transversales, permeada
por el principio
humanista-cristiano de
integración curricular**

Capítulo III

Propósitos y trayectorias para las asignaturas e instancias de pastoral y formación

En los colegios y escuelas de la REI, el *Ideario* (#21) plantea que –en términos verticales– nuestra educación articula dos grandes áreas o “pulmones”: (a) el área académica y (b) el área de pastoral y formación (PyF). Cada una desarrolla secuencias de objetivos de aprendizaje (OAs), organizadas en asignaturas e instancias de aprendizaje, gestionadas por departamentos de cada área (departamentos académicos o pastorales-formativos).

Siguiendo lo sugerido por FLACSI (2025) en sus claves 3, 4 y 6 para una integración curricular humanista-ignaciana (**ANEXO A**), este tercer capítulo del MCI refiere a las 15 asignaturas académicas e instancias pastorales-formativas en un colegio jesuita o compañero en la misión, agrupadas en 4 ámbitos: (a) asignaturas humanistas; (b) asignaturas STEM (del inglés: “science, technology, engineering and mathematics”); (c) educación física y salud; e (d) instancias de PyF.

Para cada desarrollo vertical se plantean dos cosas: (a) su propósito formativo en un currículo jesuita/ignaciano, que es complementario a lo que exige la normativa nacional; y (b) orientaciones para cuidar la progresión de este propósito a lo largo de la trayectoria escolar, desde pre-kinder hasta IV° medio. Es decir, se ofrecen indicaciones sobre qué cuidar en cada asignatura o instancia de manera que refleje nuestro principio de integración curricular, junto con ideas sobre cómo eso debe secuenciarse en una trayectoria escolar REI.

Para las asignaturas académicas, habituadas a progresiones conceptuales y OAs por ejes y niveles, lo nuevo es la propuesta de vinculación explícita con la visión hu-

manista-cristiana del mundo (clave 4 de FLACSI [2025]). Esto plantea asuntos vitales de cara al desafío de ofrecer educación integral con integración curricular (es decir, educación de las distintas dimensiones de la persona con una visión ignaciana transversal, que vaya más allá de lo pastoral y las clases de educación religiosa). Algunos de estos puntos son: qué lugar podría ocupar la Biblia en la asignatura de lenguaje y literatura, qué importancia damos a los contextos locales en historia y geografía, qué acercamiento podría haber a las expresiones artísticas cristianas en artes y música, qué filosofía deberíamos enseñar en nuestros colegios y escuelas (y desde qué niveles), o cómo facilitar diálogos fe-ciencia en las asignaturas STEM, así como mayor atención a la crisis socioambiental desde el paradigma propuesto por el Papa Francisco (2015) en *Laudato Sí*.

Para las instancias de PyF, la novedad está en el esfuerzo por curricularizar la propuesta formativa del área. Esto parte por la definición de seis instancias como espacios de los cuales –de modo análogo a una asignatura académica– se espera el logro de OAs específicos (distintos a los objetivos de aprendizaje transversales, OATs). Por ello, también se plantea su propósito formativo dentro de un currículo jesuita/ignaciano y cómo este se debería desplegar en ejes a lo largo de la trayectoria escolar. Eso debiese guiar la evaluación del aprendizaje en estas instancias. Ejemplos de desafíos concretos en las instancias de PyF son: la integración de lo espiritual y lo socioemocional desde una clave religiosa, llegar a ofrecer itinerarios intencionados de formación litúrgica, pasar desde experiencias apostólicas especialmente concentradas en la educación media hacia una trayectoria de formación apostólica, entre otros.

Para cada desarrollo vertical se plantean dos cosas: (a) su propósito formativo en un currículum jesuita/ignaciano... y (b) orientaciones para cuidar la progresión de este propósito a lo largo de la trayectoria escolar.

Área (2)	Ámbito (4)	Asignatura o instancia de PyF (15)
Académica	Asignaturas humanistas	1. Lenguaje y literatura 2. Inglés y otros idiomas 3. Historia, geografía y ciencias sociales 4. Artes y música 5. Educación religiosa y filosofía
	Asignaturas STEM	6. Matemática 7. Ciencias naturales 8. Tecnología y cultura digital
	Educación física y salud	9. Educación física y salud
Pastoral y formación (PyF)	Instancias de PyF	10. Orientación y espacios asociados de desarrollo socioemocional y comunitario 11. Retiros espirituales 12. Experiencias apostólicas 13. Celebraciones litúrgicas y preparaciones sacramentales 14. Acogida 15. Momentos de pausa ignaciana



Asignaturas humanistas

La propuesta educativa jesuita se desarrolla hoy en un contexto de posmodernidad y crisis global de las humanidades, marcado por la pérdida de referentes compartidos y una creciente orientación utilitarista de la educación (Guyer, 2024; Nussbaum, 2010; Peña, 2025). Esta situación tensiona la tradición, que históricamente ha reconocido en las humanidades un camino privilegiado para acompañar el desarrollo integral de las personas, e invita a los colegios jesuitas y compañeros en la misión a renovar el modo en que se introduce a las y los estudiantes en las grandes preguntas sobre la existencia, la verdad, la justicia, la belleza y Dios.

Los propósitos formativos y las trayectorias de las asignaturas humanistas visibilizan e iluminan dos tensiones epistemológicas compartidas. La primera es entre (a) el énfasis contemporáneo en la subjetividad, que valida –de un modo casi absoluto– la autenticidad de la voz y el relato individual, y (b) la necesidad de ubicar lo personal en el marco de tradiciones, lenguajes y obras que amplían y objetivan esta experiencia, conectando a cada estudiante con la memoria cultural y el patrimonio acumulado de la humanidad. Esta tensión entre experiencia subjetiva y tradición –que es constitutiva del aprendizaje humanista hoy– se expresa de múltiples formas: en el encuentro entre creatividad personal y referentes canónicos; entre vivencias subjetivas y memoria histórica; entre expresión individual y disciplina artística; o entre búsquedas íntimas de sentido y fuentes teológicas y filosóficas tradicionales.

La segunda tensión que asumir y gestionar con lucidez en estas asignaturas se da entre la explicitación de nuestra identidad católica –con su principio humanista-cristiano de integración– y la búsqueda de inclusión y diálogo con diversas culturas, tradiciones y visiones de mundo, desde la lógica del encuentro universal. Esta doble fidelidad: a introducir en la tradición cristiana –con su profundidad espiritual, su sabiduría ética y su riqueza simbólica y estética– y a dialogar respetuosa y críticamente con otras y otros, constituye un

gran desafío contemporáneo para las humanidades en nuestros colegios y escuelas.

En este marco, cada asignatura humanista –lenguaje y literatura; inglés y otros idiomas; historia, geografía y ciencias sociales; artes y música; y educación religiosa y filosofía– busca integrar subjetividad y canon, identidad cristiana y universalidad, creatividad personal y memoria colectiva. Esto se manifiesta en diversas invitaciones, por ejemplo: a reconocer la palabra como lugar de encuentro con Dios y el mundo; a aprender idiomas desde la clave del diálogo intercultural y la ciudadanía global; a comprender el presente a la luz del pasado, intentando discernir cómo Dios conduce la historia; a cultivar la sensibilidad estética, la interioridad y la búsqueda de sentido; y a reflexionar filosófica y teológicamente sobre la existencia y la presencia de Dios en la realidad.

Así, las asignaturas humanistas se presentan como espacios privilegiados para formar criterio, sensibilidad, pensamiento crítico, sentido de identidad y apertura espiritual, en la línea del principio integrador del currículum descrito en el capítulo I.

Lenguaje y literatura (1)

Por siglos, el carácter esencialmente humanista de nuestra educación (*Ideario*, #17) se concretó en un currículo de humanidades, filosofía y teología, que –en la etapa de humanidades– incluía abundante estudio de lenguas y literatura. Sin embargo, el avance de la modernidad, con las ciencias y la tecnología, ha traído otras necesidades que han desafiado el significado de este sello humanista y cómo debiera realizarse en lo concreto.

Hoy, tenemos conciencia de la importancia del uso del lenguaje como algo transversal a las asignaturas. Es decir, como un medio para conocer el mundo y establecer relaciones entre un saber y otro; como hilo conductor entre el mundo y el ser, pues la palabra permite descubrir, construir y transformar la realidad. Además, en la tradición cristiana siempre se ha identificado el poder creador y transformador de “la Palabra” con Dios: “*En el principio era la Palabra, y la Palabra era con Dios y la Palabra era Dios*” (Juan 1,1). En este sentido, si buscamos formar estudiantes conscientes, reflexivos y con pensamiento crítico, es clave que tengan experiencias y ejercicios sistemáticos y significativos de: (a) leer y escribir con provecho, desarrollando fluidez, vocabulario y comprensión lectora, así como (b) trabajar la capacidad de oratoria.

Para lo anterior, son fundamentales el hábito de la lectura e introducir en lo mejor de nuestra literatura nacional, mundial y cristiana (Francisco, 2024). Si se busca cultivar la *excelencia humana*, hay que enseñar el gusto por leer, y cuidar el tipo de novelas, poesía y teatro que se proponen y trabajan; tanto en su contenido como en su forma (es decir, lo que dicen y cómo lo

dicen). Por esto, son fundamentales los planes lectores, así como toda selección de textos. Estos debieran tener alto valor estético y ayudar a desarrollar la sensibilidad, la reflexión, el goce y las búsquedas espirituales. Se deberían proponer textos que ayuden a tomar conciencia del entorno y la pluralidad de realidades. Ciertos extractos de la Biblia, como base textual de la tradición judeocristiana (que incluye diversos géneros literarios), debiesen ser parte de estas selecciones.

El énfasis del *Ideario* en la formación para la ciudadanía global y la democracia (#24-27) presenta otra demanda para la asignatura de lenguaje y literatura. Se busca ir más allá del desarrollo de una conciencia del mundo a través de la lectura: importa que las y los estudiantes aprendan a expresar correctamente sus ideas. Para promover la participación y la opinión informada es fundamental favorecer espacios de diálogo y debate. Un ideal es formar con método y paciencia la capacidad para comunicarse bien en discusiones públicas, logrando lo que la tradición llamó “elocuencia perfecta” (O'Malley, 2015).

Para alcanzar todo lo anterior, es vital que en esta asignatura exista articulación entre los ejes de “comprensión” y “producción” del lenguaje, con progresiones bien diseñadas. Por ejemplo, si el debate es un contenido esencial, las y los estudiantes más pequeños deberán tener oportunidades formales e informales para opinar con fundamento. Lo mismo vale para la enseñanza de la lectura y la escritura. Aprender a leer y escribir bien –con método y gusto– es la base para la educación humanista integral de excelencia que esperamos ofrecer, tanto en educación básica como en media.



	1. Comprensión de textos <i>(ejercitación de la lectura con método y gusto)</i>	2. Producción de textos <i>(ejercitación de la escritura con método y gusto)</i>	3. Oratoria <i>(escuchar, opinar y expresar ideas oralmente, con fundamentos y elocuencia)</i>	4. Literatura <i>(selección de textos de calidad y plan lector)</i>
PK-2^a	- Trabajar el aprendizaje de la lectura con método y gusto. - Desarrollar habilidades para decodificar y acceder a los significados de los textos, como la conciencia fonológica, la fluidez, el vocabulario y la comprensión lectora. - Expandir las experiencias del mundo, para aproximarse a discursos cada vez más complejos.	- Trabajar el aprendizaje de la escritura con método y gusto. - Desarrollar habilidades para codificar y producir textos con diversos propósitos, como la conciencia fonológica, la grafomotricidad y el vocabulario. - Expandir experiencias para expresar ideas con claridad y coherencia. - Escribir libremente como ejercicio de autoconocimiento y comunicación.	- Trabajar la capacidad para expresarse con claridad y coherencia. - Expandir experiencias para comunicar ideas y opinar sobre diversos temas según la edad, expresando y argumentando su punto de vista con coherencia. - Establecer instancias que favorezcan el diálogo con otros/as.	Acercarse a textos literarios y no literarios acordes a su edad, que tengan un alto valor estético y promuevan el hábito lector, la sensibilidad, la reflexión, el goce y las búsquedas espirituales.
3°-8°	- Trabajar estrategias de lectura con método y gusto, para construir significados profundos y establecer conexiones entre diferentes saberes. - Desarrollar la fluidez, el vocabulario y la comprensión lectora de textos variados y de complejidad creciente. - Explorar la lectura como fuente de conocimiento del mundo y desarrollo del pensamiento crítico.	- Ejercitar la escritura de textos con diversos propósitos, siguiendo un proceso recursivo. - Desarrollar la capacidad de expresar ideas escritas de manera clara, coherente y fundamentada, para descubrir y transformar su realidad. - Escribir libremente como ejercicio de autoconocimiento y comunicación, cultivando un estilo propio.	- Trabajar la oratoria mediante el desarrollo de habilidades para escuchar activamente, opinar con fundamentos y expresar ideas con coherencia y elocuencia. - Establecer espacios de diálogo y debate que promuevan la participación informada y el respeto por la diversidad de opiniones.	- Introducir en una variedad de textos chilenos, mundiales y religiosos, a través de planes lectores que cultiven la <i>excelencia humana</i>. - Promover el gusto por leer textos de alto valor estético, que desarrollen el hábito lector, la sensibilidad, la reflexión crítica sobre el entorno y la búsqueda espiritual.
I°-IV°	- Profundizar la comprensión lectora, utilizando autónomamente estrategias con foco en la lectura crítica, reflexiva y gozosa de textos diversos. - Dialogar con el contexto de producción de cada obra, para comprenderla mejor y entender mejor el mundo. - Desarrollar la capacidad de interpretar, analizar y relacionar ideas en los textos, reconociendo en el lenguaje un medio para proyectarse hacia una ciudadanía global y responsable.	- Profundizar la escritura de textos con diversos propósitos, siguiendo un proceso recursivo. - Consolidar la capacidad de escribir ideas de manera coherente y elocuente. - Desarrollar la capacidad de argumentar y fundamentar sus ideas por escrito, con respeto y convicción, demostrando conocimiento de las ideas que busca justificar. - Escribir libremente como ejercicio de autoconocimiento y comunicación, madurando un estilo propio.	- Consolidar la expresión oral en diversas instancias comunicativas. - Dialogar y debatir, demostrando una escucha atenta, argumentación fundamentada y elocuencia. - Desarrollar la capacidad de expresar opiniones con respeto y convicción, e ideas fundamentadas, buscando contribuir al entendimiento mutuo y la construcción de comunidad.	- Valorar la literatura como experiencia estética, cultural y espiritual, y analizar obras más significativas nacionales, mundiales y de la tradición cristiana. - Desarrollar el gusto por diversos tipos de literatura, aprovechándola para reflexionar sobre la condición humana, abrirse a la pluralidad de realidades y profundizar en la búsqueda espiritual.

Inglés y otros idiomas (2)

La formación humanista supone el estudio de otras lenguas –además de la materna– y sus respectivas literaturas. Esto no sólo dota al estudiantado de herramientas prácticas para la comunicación; también fomenta una conciencia más amplia de las múltiples formas de vivir en el mundo, que se expresan en distintas visiones y culturas, y permite ponerse al servicio de las necesidades en estas otras realidades. Por eso, la educación jesuita original tuvo entre sus pilares el aprendizaje de idiomas. Actualmente, esto es un gran desafío que debe abordarse de distintas maneras en cada contexto, según su situación y los recursos disponibles.

El *Ideario* subraya que nuestros colegios y escuelas den relevancia a la enseñanza del inglés u otro idioma importante para su realidad particular, que permita el diálogo con otras culturas (#26). Dónde estén los medios, sería deseable alcanzar alguna forma de certificación del dominio de este segundo idioma. Tal énfasis está vinculado a la formación para la ciudadanía global, la cual busca que las y los estudiantes sean conscientes de su identidad, pero sin hacerla absoluta. Es decir, que se reconozcan como parte de la familia humana antes que de un país o grupo particular (#25),

tal como propuso el Papa Francisco (2020) en *Fratelli Tutti* al invitar a educar para la fraternidad universal y la paz. En esta línea, el *Ideario* destaca la necesidad de (a) utilizar ejemplos globales en las distintas asignaturas y experiencias; (b) promover proyectos y encuentros con personas de otras realidades, de forma presencial o virtual; y (c) aprovechar redes como FLACSI y la Red Global Jesuita de Colegios para enriquecer esta formación, ya sea mediante intercambios presenciales o aprovechando las posibilidades virtuales que permite la plataforma Educate Magis.

En consecuencia, la asignatura de inglés u otro idioma en el currículum jesuita debiera tener dos focos claves: (a) dotar a las y los estudiantes de habilidades comunicativas en ese idioma, que les faciliten interactuar efectivamente en un mundo globalizado, tanto a nivel personal como a nivel profesional; y (b) ser un vehículo para ampliar las perspectivas culturales y existenciales del estudiantado, promoviendo una conciencia global según la visión humanista-cristiana que anima e integra todo el currículum (lo cual pasa por un adecuado entendimiento de “lo propio” y capacidad de diálogo fraterno con otras y otros).



1. Habilidades comunicativas

(lograr gusto por aprender un segundo –o tercer– idioma, desarrollando habilidades para comprender y expresarse en este idioma)

2. Literatura en otros idiomas y formación para la ciudadanía global

(ampliar la perspectiva cultural del estudiantado)

1A. Comprensión

(desarrollo de habilidades para comprender distintos tipos de textos y discurso oral)

1B. Producción

(desarrollo de habilidades para expresarse de manera oral y escrita)

PK-2°	• Desarrollar la comprensión del inglés u otro segundo idioma mediante canciones, poemas, diálogos, historias e instrucciones, así como lecturas guiadas apoyadas en imágenes. • Favorecer la conciencia fonológica, la comprensión auditiva y la iniciación a la lectura en inglés u otro segundo idioma. • Reconocer sonidos, fonemas, letras y palabras, asociando lo oral con lo escrito, y ampliando el vocabulario temático para comprender contextos familiares. • Analizar textos breves en inglés u otro segundo idioma, con sus elementos literarios, fortaleciendo la competencia lectora y la interpretación de mensajes.	• Expresar ideas, sentimientos y experiencias en inglés u otro segundo idioma, mediante canciones, declamaciones, diálogos, juegos de rol y presentaciones breves, usando oraciones simples, vocabulario adecuado y pronunciación y entonación correctas, fortaleciendo la interacción oral y la confianza comunicativa. • Representar ideas y conceptos en inglés u otro segundo idioma a través del dibujo y la escritura de palabras, frases y oraciones simples, aplicando progresivamente convenciones básicas de la lengua escrita.	• Fomentar el aprendizaje del inglés u otro segundo idioma a través de actividades y experiencias de encuentro con otras culturas, promoviendo valores ignacianos como el respeto, la empatía y la responsabilidad hacia las y los demás. • Aproximarse a cuentos, poemas o canciones infantiles en inglés u otro segundo idioma, como vehículo para conocer otras realidades y ampliar su conocimiento del mundo. • Conocer elementos culturales de otros países, realizando proyectos que permitan reconocerse cómo ciudadano/a global y valorar la diversidad en el mundo.
3°-8°	• Desarrollar habilidades de comprensión lectora y auditiva para identificar ideas principales y detalles relevantes en distintos tipos de textos escritos y discursos orales en inglés u otro segundo idioma. • Analizar textos escritos y orales de mediana complejidad, reconociendo elementos literarios, fortaleciendo la competencia lectora y la interpretación global del mensaje.	• Adquirir y utilizar vocabulario específico al nivel requerido para producir mensajes orales y escritos con sentido comunicativo, describiendo, recomendando, comparando y valorando dichos espacios en diversos contextos de interacción. • Interactuar con otros/as en inglés u otro segundo idioma, integrando de manera activa la información comprendida a partir de textos leídos y discursos escuchados, con el fin de comunicar ideas de forma clara, coherente y progresiva.	• Explorar la participación en comunidades de aprendizaje, colaboración y vínculo con estudiantes de otras realidades y contextos (geográficos, culturales, etc), aprovechando la plataforma Educate Magis. • Aproximarse a la lectura de libros en inglés u otro segundo idioma, reflexionando sobre la diversidad de realidades y de visiones de mundo.
I°-IV°	• Analizar e interpretar discursos orales y textos escritos de diversos orígenes, aplicando conocimientos adquiridos en inglés u otra segunda lengua en función del entorno y necesidades del contexto. • Desarrollar una competencia efectiva, que permita interactuar personal y profesionalmente en inglés u otro segundo idioma, certificándola según el Marco Común Europeo.	• Producir discursos orales y textos escritos de nivel superior en inglés u otro segundo idioma (tales como ensayos o presentaciones personales), que vinculen la experiencia personal en distintos contextos y el proyecto de vida. • Participar de experiencias comunicativas estandarizadas de nivel superior, tales como debates o conferencias estilo ONU, que amplíen su comprensión y su rol activo en un mundo globalizado.	• Formar comunidades de aprendizaje y colaboración con diferentes agentes de la sociedad que permitan una comprensión intercultural que perdure en el tiempo y fomente la apertura a un mundo globalizado. • Leer, de forma independiente, informes o libros en inglés u otro segundo idioma, que amplíen su perspectiva cultural y existencial, entendiéndose como ciudadano/a global.

Historia, geografía y ciencias sociales (3)

Nuestra tradición humanista da mucha relevancia a la historia y la educación ciudadana desde una clave cristiana, buscando educar en la conciencia de que somos parte de una “caravana humana” que tiene herencia y cuyo futuro construimos libremente en base a la memoria. En la misma lógica, la tradición pide educar en la conciencia de la complejidad y diversidad de las experiencias humanas en cada tiempo, territorio, cultura y sistema político y económico. Por ello, aunque el *Ideario* no habla explícitamente de la asignatura de historia, geografía y ciencias sociales, esta tiene un lugar central en el currículum jesuita. Referencias indirectas en el *Ideario*, que son centrales para la enseñanza de esta asignatura, son: (a) formar en el diálogo con otras visiones de mundo (#24); (b) formar en la conciencia de la identidad nacional, regional y cultural (#25); y (c) que, en la formación ciudadana, busquemos enseñar derechos y deberes (#27).

Todo lo anterior señala acentos importantes para la asignatura. Por ejemplo, sugiere poner énfasis en los aprendizajes relacionados con el desarrollo de la identidad y la pertenencia. Por ello –ante las tendencias actuales a dar más prioridad a la historia y geografía universal que a las historias y geografías nacionales o locales– un currículum ignaciano debiese equilibrar una visión amplia y global con atención a los contextos inmediatos (nacional, regional y del territorio local). También, debiera haber un diálogo

con una comprensión teológica de la historia como “Historia de la Salvación”, que facilite integrar la asignatura con la visión humanista-cristiana, reconociendo a Dios presente en la acción humana –individual y colectiva– y en sus diferentes anhelos de liberación y plenitud.

La enseñanza de la historia debe promover una visión actual del mundo, pero con atención permanente al pasado, como un proceso dialógico que ayuda a comprender más profunda y críticamente los desafíos de nuestra época, como la necesidad de fortalecer las democracias y la convivencia cívica, el respeto por la diversidad humana y las desigualdades económicas, entre otros. Además, debiese haber una aproximación a las crisis sociales como parte natural de la vida en común, buscando comprenderlas ampliamente, tanto en su dimensión problemática como en su dimensión de oportunidad.

Por último, la asignatura debería formar el pensamiento geográfico, el pensamiento económico y la ciudadanía. Un currículum jesuita/ignaciano debiera enfatizar la valoración y cuidado de nuestro entorno, la atención a cómo ocurren la producción y distribución de los recursos, y una noción de ciudadanía responsable, invitando a la acción y el compromiso, en un proceso que lleva al sujeto a formar parte activa y participativa de su comunidad y su territorio.



1. Comprensión del presente a la luz del pasado <i>(enseñanza de la historia que ayuda a cultivar una visión del presente; y conciencia de la complejidad y diversidad de las experiencias humanas)</i>		2. Pensamiento geográfico <i>(global y local; valoración y cuidado de nuestro entorno)</i>	3. Pensamiento económico <i>(atención a la producción y distribución de recursos)</i>	4. Formación ciudadana <i>(fortalecer la democracia y la convivencia cívica; derechos y deberes)</i>	
1A. Global/universal <i>(visión de las crisis y desafíos epocales; y conciencia de otras visiones de mundo)</i>	1B. Nacional/local-comunal <i>(que ayude a desarrollar la identidad y pertenencia)</i>				
PK-2°	Reconocer y valorar diferentes identidades globales (expresadas en tradiciones, gastronomía, símbolos patrios, etc.), con sus hitos históricos más importantes, para respetar y cuidar la diversidad humana como don de Dios.	Conocer y valorar la historia y el territorio local-comunal (barrios históricos, personajes relevantes del sector, tradiciones de la zona, hitos históricos claves, etc.), para respetar y cuidar el don de Dios en el devenir histórico de la propia comunidad.	Reconocer relaciones del ser humano con el espacio geográfico local (su clima, su vegetación y sus relieves), mediante visitas a ciertos espacios y buscando reconocer su relevancia como don de Dios.	Entender los recursos que se necesitan para vivir en la región, mediante actividades lúdicas que permitan comprender su origen, producción y distribución, valorando lo que se tiene como don de Dios para nuestras vidas.	Utilizar de forma cotidiana normas de cuidado común, mediante rutinas de trabajo y valoración de la sana convivencia, que permitan desarrollar relaciones sanas y respetuosas, propias de hijos/as de Dios.
3°-8°	Analizar continuidades y cambios en la historia global, que permitan reconocer procesos históricos relevantes y crisis sociales que han traído problemas y oportunidades (p.ej., el desarrollo de civilizaciones y revoluciones), ayudando a una auto-comprensión como sujetos históricos y partícipes del proyecto de Dios en construcción.	Analizar continuidades y cambios en la historia local, que permitan reconocer procesos históricos relevantes y crisis sociales que generan problemas y oportunidades (p.ej. la, configuración de los territorios nacional y local, desigualdades sociales en Chile y la comuna), aportando a una auto-comprensión como sujetos históricos y partícipes del proyecto de Dios en construcción.	Reflexionar sobre el desarrollo sostenible, valorando los procesos de transformación del espacio geográfico a nivel local, nacional y mundial (uso de recursos naturales y efectos humanos en el medioambiente), reconociendo la complejidad de nuestra relación con la “casa común”.	Valorar el uso y producción de recursos en la región, el país y el planeta, a través de reflexiones sobre la escasez y la satisfacción de nuestras necesidades, para comprender los desafíos asociados al uso de los recursos privados y públicos, desde una clave cristiana.	- Reflexionar sobre la dignidad y diversidad de las personas, y sobre los fundamentos de la democracia, con los derechos y deberes ciudadanos. - Pensar en propuestas de resguardo del entorno (familia y colegio), para proteger nuestras comunidades.
I°-IV°	Desarrollar un pensamiento crítico y compasivo ante procesos y personajes históricos mundiales, proponiendo interpretaciones sustentadas en evidencia y reconociéndose heredero/a de dicha historia, con miras a una ciudadanía activa desde una clave humanista-cristiana.	Desarrollar un pensamiento crítico y compasivo ante procesos y personajes históricos nacionales y locales-comunales, proponiendo interpretaciones sustentadas en evidencia y reconociéndose heredero/a de dicha historia, con miras a una ciudadanía activa desde una clave humanista-cristiana.	Desarrollar una actitud reflexiva y proactiva ante los desafíos geopolíticos y medioambientales (p.ej., agotamiento y desigualdad de recursos), pensando y proponiendo soluciones que promuevan el cuidado de la casa común.	Evaluar los desafíos asociados a la distribución equitativa y responsable de recursos, mediante propuestas de solución, con conciencia del desafío de un desarrollo sostenible.	Evaluar la complejidad de los desafíos de la vida sociopolítica hoy (medios de comunicación, sistema judicial etc.), proponiendo iniciativas que promuevan el buen trato, la justicia y la democracia.

Artes y música (4)

La educación jesuita siempre ha dado un lugar relevante a las artes visuales y musicales. En una educación humanista, estas resaltan la importancia de lo estético, que incluye el desarrollo de competencias de apreciación, interpretación y creación, utilizando diversos medios, lenguajes y recursos. Esto debiese incluir procesos de documentación, análisis, reflexión crítica y evaluación de las experiencias estéticas y creativas, con rigurosidad e integrando otras disciplinas.

Al experimentar las propiedades estéticas y expresivas de los objetos y acontecimientos, las y los estudiantes se orientan hacia el mundo ejercitando la habilidad ignaciana de “sentir y gustar las cosas internamente”. Esto propicia salir del utilitarismo imperante –el uso de las personas y ciertos objetos como medios para conseguir fines–, para entrar en dinámicas más contemplativas de respeto por lo que nos rodea y contacto con la gratuidad de Dios, quien sostiene todo lo creado. En esta clave, se establece un vínculo entre teoría, práctica y espiritualidad.

Otro propósito de enseñar y aprender artes y música en la formación jesuita/ignaciana es la expresión identitaria a través de proyectos de creación e interpretación. Desde muy temprano en la historia, la expresión artística es un rasgo que diferencia al ser humano de otras especies, para conectar a las personas con su interioridad y como vehículo de la búsqueda de tras-

cendencia. En tal sentido, las asignaturas de artes y música ofrecen tiempos de introspección, en que se desarrollan el autoconocimiento, la conexión con los mundos interno y externo, y la expresión personal y colectiva a través de los lenguajes artísticos, que enriquecen las capacidades de la palabra para representar ideas y sentimientos. En un currículum jesuita/ignaciano esto contribuye al desarrollo de la espiritualidad y la conformación de la identidad personal y comunitaria desde una perspectiva ignaciana.

Para que estas asignaturas vinculen a las y los estudiantes con el mundo se requiere asegurar un conocimiento basal de las historias del arte y la música, incluyendo obras de diferentes épocas y culturas, que permitan apreciar los patrimonios culturales local, latinoamericano y mundial, en su amplitud y diversidad. Desde esta perspectiva, es fundamental conocer ciertas obras y tradiciones canónicas, así como expresiones artísticas y musicales de la fe cristiana en diferentes contextos, ayudando al estudiantado a vincularse con la historia de las manifestaciones creyentes en las artes. Todo esto debería incluir una mirada del presente, con proyectos de arte y música contemporánea que aborden temas actuales, tales como las crisis políticas, la migración y el desarrollo sostenible, entre otros, desarrollando el diálogo fe-cultura-justicia desde lo estético.



	1. Desarrollo de competencias estéticas <i>(de apreciación, interpretación y creación)</i>	2. Expresión de la identidad y las búsquedas de trascendencia <i>(promoción de la introspección y el autoconocimiento, fortaleciendo y dando valor a la expresión artística personal)</i>	3. Vinculación al mundo desde la cultura <i>(conocimiento de las historias del arte y la música, con énfasis en la apreciación del patrimonio cultural y religioso de cada época, incluyendo lo contemporáneo)</i>
PK-2°	Conocer los elementos básicos de los lenguajes: (a) visual (punto, línea y plano) y (b) musical (parámetros del sonido, figuras rítmicas y notas musicales), para explorar sus posibilidades expresivas y comunicativas e iniciarse en la apreciación de obras artísticas.	- Trabajar la expresión y gestión de sentimientos e ideas personales mediante lenguaje visual y musical. - Expresar sensaciones, ideas y emociones ante el patrimonio cultural y religioso, mediante trabajos creativos visuales y musicales. - Utilizar la imaginación en propuestas personales y colectivas, musicales y visuales, que estimulen la creatividad y la originalidad.	- Explorar elementos culturales y simbólicos de diversos contextos de Chile y Latinoamérica (p. ej., fiestas populares religiosas o seculares, o símbolos emblemáticos locales), con énfasis en la tradición visual y oral, interpretando sus significados y sentido de trascendencia. - Aproximarse a las manifestaciones artísticas mediante obras emblemáticas de diferentes épocas, estilos y culturas, para reconocer diferentes formas de expresión y concepciones del mundo.
3°-8°	- Explorar, conocer y aplicar las principales técnicas y recursos de los lenguajes artísticos, incorporando tecnologías para enriquecer sus proyectos. - Apreciar y desarrollar obras colaborativas, tomando decisiones que consideren el contexto y los diferentes actores implicados, para comprender prácticas artísticas colectivas y comunitarias.	- Reconocer las artes como medio para explorar, expresar y comprender emociones propias y ajenas, fomentando la empatía y la sensibilidad a través de la apreciación y creación de obras. - Realizar pausas ignacianas adaptadas al trabajo artístico, que permitan recoger lo vivido en los tiempos de aprendizaje, reconociendo la gracia recibida, los errores cometidos y lo que se requiere para mejorar y continuar.	- Conocer y disfrutar el patrimonio cultural, artístico y religioso del entorno, para comprender mejor y respetar la propia cultura. - Representar y resignificar, a través de la creación plástica y musical, obras relevantes de las historias del arte y la música, vinculándose personalmente con artistas y manifestaciones de otras épocas y lugares. - Desarrollar la capacidad de sentir, apreciar y disfrutar las experiencias antes mencionadas, para extrapolarlas en su práctica artística y musical, enriqueciendo así su expresión creativa.
I°-IV°	- Desarrollar la sensibilidad estética y el pensamiento crítico, analizando conceptos visuales y musicales. - Experimentar distintas técnicas visuales, audiovisuales y musicales, utilizando aplicaciones tecnológicas para la producción artística. - Desarrollar la capacidad de planificar, crear y gestionar proyectos artísticos, visuales o musicales, integrando procesos de exploración, experimentación y producción. - En artes visuales, seleccionar materiales y técnicas pertinentes, elaborar bocetos y ensayos, y definir propuestas creativas con coherencia estética y conceptual. - En música, reflexionar sobre el fondo y la identidad de la obra, diseñar temáticas y guiones, realizar elecciones musicales fundamentadas y sostener con rigurosidad los procesos de ensayo.	Diseñar y crear proyectos artísticos individuales, colectivos y/o interdisciplinarios, compartiendo ideas y habilidades, haciendo discernimiento y buscando el magis, para crecer y servir con profundidad y calidad, sintiendo y gustando las cosas internamente.	- Explorar, comprender y valorar los lenguajes y propuestas del arte contemporáneo –como instalaciones, performances y acciones de arte, o nuevas bandas y contextos de creación musical con tecnología– interpretando su relación con el contexto social, cultural y político, así como su influencia en las identidades. - Comprender diferentes contextos culturales, identificando sus códigos y características, para analizar y deconstruir estereotipos en manifestaciones artísticas. - Desarrollar un pensamiento crítico y reflexivo en procesos de apreciación, creación y difusión artística, que promueva el respeto, la inclusión y la valoración de la diversidad, junto con profundidad espiritual y habilidades de diálogo intercultural.

Educación religiosa y filosofía (5)

Originalmente, la trayectoria de una educación jesuita terminaba con dos períodos focalizados casi totalmente en estudios de filosofía y teología, respectivamente. Esto ya no es posible ni conveniente; sin embargo, lleva a pensar que nuestra educación debiese conservar –en su raíz– una preocupación central porque el estudiantado comprenda en profundidad las visiones del mundo y la persona humana en distintas tradiciones, especialmente la católica y la ignaciana. Esto implica un acercamiento cuidado a ciertas fuentes fundamentales, que incluyen la Biblia y documentos centrales de la Iglesia y nuestra tradición.

Como se señaló en el capítulo I, el documento *Características de la Educación de la Compañía de Jesús* (ICAJE, 1986) sintetiza bellamente algunos elementos de la visión ignaciana del mundo y la persona, que reflejan la antropología cristiana y debieran ser trabajados en las asignaturas de educación religiosa y filosofía:

- Dios, que es el Bien, la Verdad y la Belleza, está presente en toda la realidad, trabajando por nosotros, y –mediante el discernimiento– puede ser descubierto en todo acontecimiento natural o humano, presente o pasado. Esto implica una visión fundamentalmente positiva y esperanzada de la existencia, aunque no ingenua, pues la acción de Dios está ocurriendo en un mundo roto por el pecado y sus efectos, que clama por reconciliación.
- Cada persona es amada incondicionalmente por Dios e invitada a una respuesta libre a este amor (su vocación), trabajando por transformar el mundo y construir el Reino de Dios.
- Jesús es el modelo de persona humana por su respuesta libre de amor y servicio a Dios y a los demás hasta la cruz y la resurrección.
- Nuestra vocación ha de ser imitación de Jesús en la vida familiar, el trabajo, los compromisos sociales, políticos y eclesiales, etc., (a) en comunidad, con otras y otros; (b) en la Iglesia; y (c) con sentido del “magis” o una excelencia por amor a Dios y los demás.

Puesto que ambas asignaturas –dependientes del área académica– forman habilidades fundamentales para en-

tender la realidad desde Jesús y su proyecto (*Ideario*, #20), estas deberían ocupar un lugar central en nuestro currículum. Educación religiosa es algo esencialmente distinto que las instancias pastorales y la catequesis sacramental, aunque se esperaría un diálogo que permita ofrecerlas y experimentarlas como complementarias. Lo pastoral supone una vivencia de la fe en comunidad, mientras que educación religiosa debería propiciar una comprensión/reflexión intelectual del misterio de la fe (para todas y todos; creyentes y no creyentes). Filosofía debería aportar conceptos y habilidades de pensamiento basales para lo anterior.

Respecto a educación religiosa, el *Ideario* señala que nuestra identidad católica clara, pero abierta a quienes la busquen, requiere “*clases obligatorias ... –que no necesariamente exigen ser creyente– para que el estudiantado conozca la fe y el pensamiento de la comunidad católica*” (#7). Esto significa que la asignatura debería tener OAs claros, que permitan enseñarla a estudiantes que están madurando una visión de mundo o con distintas visiones de mundo, sin necesariamente forzar la práctica de la religión católica (aunque sí el aprender amorosamente sobre ella). Por el rol de esta asignatura en un currículum jesuita y los contenidos ignacianos y de antropología cristiana antes mencionados, sería deseable tener programas propios de educación religiosa, que –en diálogo con la propuesta de la Conferencia Episcopal– permitan enseñar la asignatura con calificaciones válidas para el Ministerio de Educación.

Filosofía aparece de manera implícita en el *Ideario*, al mencionar la formación de personas con pensamiento crítico, capaces de dialogar con otras visiones de mundo (#24). En esta asignatura se debería enseñar a ordenar y transmitir ideas (lógica y retórica), para reflexionar y discutir sobre las cuestiones fundamentales de la experiencia humana. Las Bases Curriculares de Chile sólo establecen que haya filosofía en III°-IV° medio, pero –donde estén las posibilidades– un colegio jesuita o compañero en la misión podría incluir aproximaciones previas de distinto tipo, tales como filosofía para niños. Habría que cuidar que la asignatura (a) aborde aspectos de la visión ignaciana del mundo y la per-

sona, como la libertad, el bien y el mal, o la vocación humana; y (b) asegure presentar –entre distintas corrientes de pensamiento– aquellas que ayuden a cultivar una visión cristiana e ignaciana de la realidad (de modo similar a como –entre diversas filosofías– la educación jesuita original optó por enseñar el pensamiento de Aristóteles).

	1. Comprensión filosófica <i>(conceptos y habilidades para reflexionar la realidad)</i>	2. Comprensión cristiana <i>(Jesús y los Evangelios)</i>	3. Comprensión católica <i>(la tradición de la Iglesia)</i>	4. Comprensión ignaciana <i>(visión del mundo y la persona en los Ejercicios Espirituales)</i>
PK-2°	Cultivar las capacidades de asombro y de formular preguntas sobre el mundo cercano, favoreciendo la curiosidad, la imaginación y la expresión de ideas propias (haya o no haya horario para algún modo de ejercicio filosófico).	- Comprender qué es la Biblia y quién es Jesús. - Comprender que Dios se revela como Creador y Padre. - Comprender las enseñanzas que dejan (a) la Anunciación y María, y (b) el nacimiento de Jesús.	- Comprender qué es la Iglesia católica y quiénes la integran. - Identificar acciones de solidaridad que propician el bien común en la vida cotidiana. - Comprender la importancia del cuidado de la casa común como proyecto de Dios Padre.	- Reconocer que el mundo y las personas son creación de Dios, y debemos tener gratitud y cuidado. - Comprender que el amor de Dios se puede descubrir en las experiencias de afecto y belleza. - Tener primeros acercamientos a la biografía de San Ignacio de Loyola y sus principales etapas.
3°-8°	Fomentar la escucha atenta, el diálogo respetuoso y la crítica, creando espacios de reflexión compartida donde aprendan a valorar distintas miradas y construir sentidos compartidos junto con otros/as (haya o no haya horario para algún modo de ejercicio filosófico).	- Comprender que Jesús anuncia el Reino con palabras y hechos (parábolas, discursos, milagros y acciones). - Dar formación bíblica básica, ayudando a comprender la Historia de la Salvación y su cumbre en la Pascua de Jesús (su muerte y resurrección). - Analizar el misterio del Dios Trino como modelo de comunidad.	- Comprender qué significa Pentecostés y cómo eran las primeras comunidades cristianas. - Comprender el significado de los siete sacramentos y sus principales elementos. - Conocer la historia de la Iglesia católica y sus principales concilios, con foco en el Concilio Vaticano II y los siglos XX y XXI. - Conocer y analizar la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) y su historia.	- Conocer la vida de San Ignacio, con foco en su conversión y su proceso de maduración en el tiempo, relacionándola con la propia vida. - Explicar que cada persona es única, amada por Dios y puede elegir libremente el bien. - Analizar cómo las acciones humanas pueden colaborar con o dificultar el crecimiento del Reino de Dios, reflexionando sobre las propias decisiones y su impacto. - Comprender las consecuencias de seguir a Cristo.
I°-IV°	- Desarrollar la capacidad de pensar críticamente sobre la persona humana, la sociedad y el mundo a partir de la visión filosófica humanista-cristiana; y contrastarlo con otras visiones de mundo. - Articular argumentos fundamentados, abiertos al diálogo y a la diversidad cultural y religiosa.	- Comprender el sentido de vida propuesto por Jesús, con sus dimensiones personal y social. - Analizar textos bíblicos y usarlos como fuente primaria. - Analizar el contexto personal y social, y la historia nacional y de la humanidad a luz del Evangelio.	- Analizar los “signos de los tiempos” desde la DSI. - Conocer las encíclicas y exhortaciones: <i>Rerum novarum</i>, <i>Laudato sí</i>, <i>Fratelli tutti</i>, <i>Amoris laetitia</i>, entre otras. - Reflexionar sobre los modos de relación y vida común que propone la Iglesia católica a propósito de la sinodalidad.	- Conocer documentos centrales de la espiritualidad ignaciana y la Compañía de Jesús. - Comprender la vida de San Ignacio y, a partir de ella, el discernimiento como camino de libertad interior. - Comparar distintas concepciones de persona y mundo con las concepciones propias de la visión ignaciana de la realidad. - Al final, sintetizar la visión ignaciana del mundo que se aprendió durante la vida escolar.





Asignaturas STEM

(del inglés: *science, technology, engineering and mathematics*)

La tradición educativa jesuita entiende el estudio de la realidad como un camino para reconocer la presencia de Dios en el mundo, cultivar una comprensión profunda de la Creación, y adquirir y desarrollar conocimientos y herramientas para colaborar en la construcción del bien común. Desde este horizonte humanista-cristiano –destacado en el *Ideario* (#17)– las asignaturas de matemática, ciencias naturales, y tecnología y cultura digital, ofrecen vías privilegiadas para buscar e investigar la verdad, leer la complejidad del mundo, analizar críticamente los fenómenos que lo transforman, expandir nuestras posibilidades, y asumir la responsabilidad humana de cuidar la Creación. Esto último es especialmente relevante en el actual contexto de crisis climática y ambiental, que nos interpela a repensar cómo habitamos la casa común y cómo debería ser la relación entre humanidad y tecnología.

En este marco, emergen tensiones que atraviesan la enseñanza y el aprendizaje en las asignaturas STEM en un currículum jesuita/ignaciano, y que estamos llamados a integrar. Una de ellas es la tensión entre (a) el enfoque humanista integral, con su horizonte crítico-investigativo y su preocupación por las cuestiones éticas y espirituales; y (b) la exigencia de cubrir muchos contenidos para alcanzar buenos resultados en evaluaciones estandarizadas y la admisión universitaria, especialmente en matemática (donde es difícil enseñar tantos contenidos).

Otra tensión se asocia al diálogo entre fe y ciencia, indispensable para que el aprendizaje profundo en asignaturas STEM no derive en reduccionismos científicistas o

espiritualidades desencarnadas (que terminan separando lo espiritual y lo religioso del cuerpo y la materia). La tradición católica reconoce que fe y ciencia son dos modos complementarios de comprender la realidad, entonces no se busca resolver falsas oposiciones entre ellos, sino integrar perspectivas que ayudan a leer el mundo de manera más amplia y profunda, considerando la complejidad de los fenómenos naturales y técnicos, así como las preguntas éticas, sociales y espirituales que surgen de su estudio sistemático.

A partir de lo anterior, los propósitos y trayectorias de las asignaturas STEM buscan articular la visión ignaciana con el conocimiento matemático, científico y tecnológico contemporáneo. Así, se destaca que la matemática ofrece herramientas para modelar, analizar y transformar el mundo con rigor y sentido; las ciencias naturales son un camino para investigar los fenómenos de la vida, la materia y la energía, con admiración por lo creado y aprovechando de formar el cuidado y la responsabilidad socioambiental; y la tecnología permite diseñar soluciones innovadoras para muchos desafíos actuales, con la necesidad de usos éticos, críticos y humanizadores de las herramientas digitales.

En una educación jesuita/ignaciana, estas asignaturas deberían permitir al estudiantado desarrollar una comprensión rigurosa de la realidad y, al mismo tiempo, criterios éticos para usar el conocimiento científico y técnico al servicio de la construcción de un mundo más justo y sostenible, según el principio integrador descrito en el capítulo I, que debería permearlo todo.

Matemática (6)

La educación jesuita se basa en una visión humanista-cristiana de la realidad, permeada de “amor por todo lo humano”. Esto no refiere explícitamente a la asignatura de matemática, pero eso no debería interpretarse como una falta de valoración por ella. Al contrario, la tradición educativa jesuita/ignaciana ha formado grandes matemáticos, que han contribuido significativamente a comprender mejor el mundo y sus dinámicas.

Enseñar esta asignatura desde una mirada humanista implica poner el lenguaje matemático y sus conocimientos al servicio de comprender y transformar el mundo para el bien común. La clave está en reconocer su valor cotidiano y fomentar el pensamiento crítico y la toma de decisiones basadas en evidencia. Además, la asignatura no solo entrega herramientas técnicas; también cultiva actitudes fundamentales como la perseverancia y el orden de pensamiento.

El estudio de los números y la aritmética ayuda a desarrollar un pensamiento ordenado, fomentando la disciplina mental. Además, preparar al estudiantado para una ciudadanía responsable y comprometida con el bien común exige enfatizar la aplicación práctica de los números y la operatoria en la vida diaria; por ejemplo, para una gestión financiera responsable.

El álgebra permite generalizar los conocimientos numéricos, identificando y comprendiendo patrones y modelando situaciones. Su aprendizaje requiere práctica y paciencia, y lleva a la resolución de problemas complejos de manera sistemática y estructurada.

Estudiar geometría favorece el pensamiento espacial y lógico, y permite valorar el orden y la belleza presente en la naturaleza y las creaciones humanas. Esto abre la posibilidad de integrar la lógica y la estructura matemática en una contemplación del mundo que sintoniza con el llamado ignaciano a “encontrar a Dios en todas las cosas”.

Por último, el trabajo con datos y probabilidades posibilita interpretar, analizar e intervenir críticamente en la realidad, tomando decisiones informadas ante la incertidumbre. Esto debiera ir de la mano de educar en un uso ético y honesto de la información.

Así, desde una visión ignaciana, el estudio riguroso de la matemática permite leer el mundo con atención, profundidad y sentido, para servir mejor. En último término, se debería preparar al estudiantado para enfrentar los desafíos de la vida con método, sistematicidad y atención a la evidencia. Como señala Maccarrone (2023): *“En el mundo actual, la matemática no solo es necesaria para resolver situaciones prácticas, sino también para procesar la información que recibimos y tomar decisiones con sentido crítico. Además, la ciencia, que nos explica el universo, y la tecnología, que nos ayuda a moldearlo, se expresan naturalmente en este lenguaje. Y por si esto fuera poco [...] una mirada matemática bien afinada nos permite contemplar, a nuestro alrededor, un tipo de belleza inaccesible para el resto de los sentidos”* (p. 25).



	1. Aritmética	2. Álgebra	3. Geometría	4. Datos y probabilidades	5. Enfoque ético y espiritual en el aprendizaje de la matemática
PK-2°	Comprender que los números representan cantidades, que permiten hablar de la distribución de las cosas y plantear preguntas por la equidad y la responsabilidad.	Entender que la vida y el entorno tienen ritmos, patrones y valores desconocidos, que se pueden representar mediante símbolos y se asocian al lugar de cada cosa en la realidad.	- Reconocer y explicar formas geométricas en el entorno cercano, despertando la curiosidad. - Reconocer que todo tiene un lugar y una forma en la Creación.	- Recoger y organizar diversas opiniones en su entorno sobre distintos asuntos, a modo de “mini-encuestas”. - Evaluar aspectos de la realidad y el entorno cercano en base a datos básicos que consideren.	Comprender que las matemáticas ofrecen un lenguaje que facilita describir muchas relaciones en y con el entorno.
3°-6°	- Dar herramientas para explicar y resolver problemas cotidianos de la vida comunitaria, familiar y escolar. - Descubrir que los números son infinitos y se organizan en un orden con sentido y equilibrio, y que –análogamente– la justicia requiere orden. - Enseñar disciplina interior y rigor junto con la exigencia de precisión y coherencia en matemática.	- Formar un pensamiento ordenado a partir del reconocimiento de patrones y el respeto por las reglas, como claves para resolver problemas cotidianos complejos. - Comprender que el álgebra puede ayudar a organizar el presente y el futuro, de modo similar a como el discernimiento ayuda a elegir con cuidado. - Vincular el orden y las regularidades matemáticas con la armonía de la Creación. - Valorar la búsqueda de lo desconocido como parte del crecimiento.	- Usar material concreto para relacionar la exactitud en la geometría con la importancia de la precisión en la vida diaria. - Descubrir cómo la geometría revela armonía y proporción en el mundo creado.	Reconocer que los datos cotidianos representan personas y experiencias, y que –si se usan bien, para analizar situaciones con objetividad y tomar decisiones– pueden ayudar a mejorar la convivencia y el entorno.	- Reconocer el valor de la constancia y la perseverancia como parte de “dar el magis” (la mayor gloria de Dios) al abordar problemas concretos. - Aprovechar los errores para aprender sobre cómo enfrentar las adversidades en la vida diaria. - Reconocer y valorar la diversidad de maneras para abordar un problema, buscando soluciones con creatividad y colaboración.
7°-8°	Reconocer que los números ayudan a decidir con responsabilidad y que la justicia y la equidad pasan por cómo calculamos y repartimos cantidades en la vida cotidiana.		Ver y experimentar con la geometría un lenguaje de belleza y armonía que habla de un mundo creado para ser cuidado.	- Organizar información cuantitativa básica para comprender situaciones cotidianas con profundidad, de manera ordenada y disciplinada. - Comprender que los datos son una forma de leer la realidad, que requiere mirada crítica y compasiva.	
1°-IV°	Utilizar herramientas aritméticas para analizar y proponer soluciones a problemas de justicia social (p.ej., calcular impuestos y distribuir recursos), reflexionando sobre el impacto ético de las decisiones.	Modelar situaciones de la vida cotidiana mediante el lenguaje algebraico y funciones, creciendo en capacidad de abstracción, análisis y toma de decisiones.	Demostrar de manera concreta y simbólica las propiedades geométricas, y aplicarlas en situaciones de la vida real (como medir objetos).	- Evaluar la veracidad y el sesgo de la información estadística, aprendiendo usos éticos y honestos de tal información. - Aplicar el análisis de datos para investigar y proponer soluciones a problemas sociales.	Aplicar la matemática para resolver problemas de la vida diaria y servir mejor, con método, sistematicidad y atención a la evidencia.

Ciencias naturales (7)

El acento humanista de la educación jesuita podría interpretarse como escasa valoración de las ciencias. Pero, esto dista mucho de la realidad, ya que esta tradición ha formado científicos que han hecho descubrimientos fundamentales en astronomía, biología, botánica, etc. Lo crucial ha sido una aproximación humanista-cristiana a la indagación científica, que hace la diferencia con otras aproximaciones de corte positivista o técnico-productivo. Por ello, en colegios y escuelas jesuitas y compañeros en la misión, esta asignatura debería ser ocasión para enseñar a buscar la verdad con profundidad y comprender los misterios del mundo y la vida, con admiración, respeto y cuidado por la Creación.

La alfabetización científica y las ciencias para la ciudadanía están al centro del propósito de la educación científica en nuestros colegios y escuelas. Esto significa enseñar –con método y rigor– (a) habilidades científicas de experimentación, observación, análisis de evidencia, etc.; (b) conocimientos claves en biología, física, geología y química; y (c) una aproximación ética y espiritual a la asignatura, que oriente las ciencias hacia el propósito mayor de la educación jesuita/ignaciana. Lo anterior requiere un abordaje integrado de las ciencias y fomentar el aprendizaje desde la experiencia, el asombro y la apreciación del entorno. Naturalmente, esto entraña un diálogo fe-ciencia que cultivar –junto con los contenidos curriculares– durante toda la trayectoria escolar.

El *Ideario* refiere implícitamente a la asignatura de ciencias naturales o sus especializaciones (biología, física y química) al señalar que, ante la necesidad de formar actitudes y formas de vida orientadas a la sostenibilidad, “*el currículum debiera ayudar al estudiante a comprender en profundidad fenómenos como el calentamiento global, la pérdida de hábitat que está llevando a ciertas formas de vida al borde de la extinción y la conexión entre las crisis social y medioambiental, etc., incluyendo una reflexión ética al respecto*” (#29). En este sentido, en línea con la encíclica *Laudato Sí* (Francisco, 2015), nuestros colegios y escuelas deberían educar en la conciencia de que habitamos una “casa común” y debemos caminar hacia la sostenibilidad medioambiental. Esto debería animarse con un discurso esperanzador, que muestre iniciativas y oriente hacia la acción.

Además, nuestros colegios y escuelas deberían promover una integración auténtica entre las asignaturas de ciencias y tecnología, comprendiendo que ambas se complementan para formar en la exploración, la creación de modelos y la comunicación de ideas. Esta integración debería estar iluminada por principios éticos y orientada al bien común, formando en usos seguros y responsables de la ciencia y la tecnología, que sean cuidadosos de las personas y la casa común.



	1. Desarrollo integrado de habilidades científicas <i>(de experimentación, observación, análisis de evidencia, etc.)</i>	2. Conocimientos científicos claves <i>(en biología, física y química; con comprensión de los fenómenos vinculados a la crisis medioambiental)</i>	3. Desarrollo del pensamiento científico y tecnológico para la ciudadanía <i>(ser ciudadano informado y activo; participativo de la sociedad)</i>	4. Enfoque ético y espiritual en el aprendizaje de las ciencias <i>(incluyendo la conciencia de que habitamos una “casa común” y hemos de cuidar la sostenibilidad ambiental)</i>
PK-2°	• Desarrollar la capacidad de “observar” con todos los sentidos, aprendiendo a formular preguntas desde la curiosidad y el asombro. • Iniciarse en el registro de información mediante actividades lúdicas y apropiadas a la edad.	• Desarrollar primeras comprensiones sobre los seres vivos, las propiedades de la materia y los fenómenos naturales.	• Iniciar la comprensión del pensamiento científico en la vida diaria, a través del juego y la exploración segura. • Reconocer cómo algunas herramientas y objetos tecnológicos facilitan la vida cotidiana, promoviendo curiosidad y un uso cuidadoso y responsable.	• Reconocer la naturaleza como Creación, con asombro y respeto, integrando las primeras experiencias que articulan curiosidad científica y una mirada trascendente del mundo. • Favorecer la valoración por el cuidado de plantas, animales y el entorno, comprendiéndolos como parte de “la casa común”, cuyo cuidado acerca al Creador.
3°-8°	• Diseñar experimentos, para luego interpretarlos y comunicarlos. • Profundizar la experimentación guiada, a través del registro y la comparación de resultados. • Formar una mente abierta, respetuosa y que valora el conocimiento desarrollado previamente.	• Adquirir conceptos científicos claves en los tres ejes de las ciencias naturales: (a) ecosistemas y cuerpo humano (biología); (b) movimiento, energía, tierra y recursos (física); y (c) cambios de la materia (química). • Comprender fenómenos ambientales transversales a estas ciencias, como la contaminación, el cambio climático y la biodiversidad.	• Desarrollar la capacidad de argumentar y tomar decisiones informadas, proponiendo soluciones a problemas locales mediante formas de razonamiento del pensamiento científico. • Promover una comprensión creciente sobre las oportunidades y desafíos éticos asociados al uso de tecnologías emergentes, fortaleciendo la participación responsable y el compromiso con la comunidad.	• Comprender la interdependencia entre los seres humanos y el planeta, reconociendo los desafíos éticos que ello implica. • Reflexionar sobre el cuidado del planeta como obra de Dios y el concepto de justicia socioambiental, p.ej., valorando el uso responsable de la energía, el reciclaje, el respeto por todas las formas de vida y el cuidado de distintos ecosistemas. • Reconocer que las ciencias ayudan a analizar críticamente nuestras acciones, comprender su impacto y desarrollar compasión.
1°-IV°	• Profundizar las capacidades de (a) modelar fenómenos para hacerlos comprensibles por otros/as y (b) evaluar críticamente investigaciones propias y de otros/as. • Manejar los aspectos más complejos de una investigación científica –como el análisis de su validez y sus límites– desde una aplicación rigurosa del método científico.	• Profundizar en conocimientos avanzados en biología, física y química. • Desarrollar una comprensión crítica sobre la crisis medioambiental, a través del manejo de conceptos clave, como cambio climático, sostenibilidad y la relación entre estos fenómenos científicos y la sociedad.	• Discernir y actuar para la transformación social y ambiental, utilizando conocimientos científicos y tecnológicos desde una perspectiva que reconoce la responsabilidad social de la ciencia. • Reconocer críticamente las potencialidades y riesgos de las nuevas tecnologías –incluida la IA– orientando su uso hacia el bien común, la justicia socioambiental y la construcción de un futuro sostenible.	• Comprender, a partir del conocimiento sobre el estado de los ecosistemas y la responsabilidad humana en su deterioro, que la ciencia es un camino para impulsar la conversión socioambiental y contribuir a construir un mundo más sostenible. • Analizar críticamente los grandes dilemas éticos asociados al avance científico desde una perspectiva que integra el cuidado de la casa común y la espiritualidad. • Entender el diálogo fe-ciencia, comprendiendo que la visión católica reconoce la fe y la ciencia como modos complementarios para relacionarse con la realidad.

Tecnología y cultura digital (8)

El desarrollo actual de la humanidad se ha visto fuertemente impactado por el libre acceso a grandes cantidades de información, la creciente necesidad de trabajar colaborativamente con personas físicamente distantes y el explosivo uso de la inteligencia artificial (IA), entre otros fenómenos. Por esto, un currículum jesuita/ignaciano –con foco en las relaciones y la justicia– tiene que enseñar un uso responsable, juicioso y humanizador de estas tecnologías.

El *Ideario* no menciona explícitamente la asignatura de tecnología y cultura digital como elemento específico y distintivo de una educación jesuita (en contraste con otros modelos educativos contemporáneos, que destacan el área STEM como esencial). No obstante, sugiere tres énfasis relevantes para esta asignatura: (a) la vinculación y la comunicación con otros, (b) la ciudadanía global y la incidencia pública, y (c) colaborar activamente en la humanización de aquellos temas de última generación donde se juega la realización plena de las personas.

En este marco, un currículum jesuita/ignaciano debiera cuidar una asignatura de tecnología y cultura digital con tres énfasis centrales: (a) potenciar la creatividad para construir soluciones innovadoras a los problemas

de un mundo globalizado y en constante cambio; (b) enseñar a usar herramientas técnicas de última generación, como habilidad basal para poder dialogar activamente con el mundo (“estar al día” como supuesto para incidir); y (c) enseñar y desarrollar los valores y actitudes –morales y espirituales– para tener una relación cristiana con las tecnologías. Todo esto, debiera hacerse en articulación con otras asignaturas e instancias formativas en que se utilicen medios tecnológicos y/o digitales para el proceso de aprendizaje.

En relación al tercer énfasis de la asignatura antes señalado, es fundamental abordar los múltiples desafíos y dilemas asociados a la expansión de los entornos digitales, enseñando criterios ignacianos para discernir al respecto. Por ejemplo, ante la proliferación de fuentes de información y fake-news, es fundamental enseñar criterios para verificar la verdad de un contenido y reflexionar sobre cómo esto puede ser distorsionado. Ante el libre acceso a materiales en las redes, sin restricciones, es central mostrar sus riesgos y enseñar límites sanos. En general, hay que enseñar a usar la tecnología con libertad, buscando siempre la verdad y distinguiendo los usos que humanizan de los que deshumanizan.



	1. Resolución creativa y responsable de problemas <i>(reales y contextualizados; curiosidad y creatividad)</i>	2. Uso de herramientas tecnológicas <i>(digitales y materiales; de creación y comunicación; especialmente la IA)</i>	3. Enfoque ético y espiritual en el uso de las tecnologías <i>(cultivo de valores y actitudes –morales y espirituales– para tener una relación cristiana/ignaciana con estas)</i>
PK-2°	• Canalizar la curiosidad natural en el juego para resolver desafíos mediante el pensamiento computacional. • Resolver problemas simples de la vida cotidiana mediante la exploración y la creatividad, valorando el error como ocasión de aprendizaje. • Transitar desde un uso pasivo de la tecnología como objeto de consumo hacia su uso como herramienta de creación y exploración.	• Acompañar el uso inicial de recursos tecnológicos como tablets o pizarras digitales, para explorar, crear y comunicar. • Equilibrar lo concreto con lo abstracto en el uso de herramientas tecnológicas, usándolas para potenciar la expresión y la comprensión del entorno (p.ej., la creación digital, la narración visual, etc.). • Introducir la IA como una "ayudante mágica" que sigue patrones, ayudando a entender que las máquinas no piensan, sino que procesan nuestras instrucciones (p.ej., Google AutoDraw o Teachable Machine).	• Entender que las tecnologías están al servicio de las personas, entonces se les debe dar un buen uso. • Formar hábitos asociados a un enfoque ético y espiritual en el uso de las tecnologías, por ejemplo, motivando a usarlas no sólo para entretenerse, sino para crear cosas que ayuden y sirvan. • Enseñar a no usar identidades falsas ni engañar a otros/as en juegos digitales, aunque su identidad real se esconda tras la pantalla.
3°-8°	• Abordar problemas cercanos con creatividad y colaboración, proponiendo soluciones y evaluando sus posibles consecuencias. • Seguir procesos estructurados que combinen pensamiento computacional con diseño centrado en el usuario para seguir formando un uso responsable y creativo del uso de las tecnologías. De 3° a 5° pueden ser "creadores de contenido con propósito" y de 6° a 8° pueden ser "ciudadanos digitales innovadores".	• Aprender a usar autónomamente herramientas digitales y materiales para crear y comunicar, como elementos iniciales de programación, presentaciones digitales, IA asistida, etc. • Crear productos complejos en colaboración con otros y usando críticamente la IA como "copiloto" del aprendizaje. • Realizar proyectos públicos de comunicación global en colaboración con otros/as, usando diferentes herramientas tecnológicas. • En esta etapa, la IA debe enseñarse y abordarse desde la comprensión, el uso creativo y la evaluación crítica.	• Promover el respeto y la responsabilidad en el uso de herramientas digitales. Particularmente, enseñar criterios para verificar la verdad de un contenido, y reflexionar sobre la honestidad y la verdad en la era de las comunicaciones digitales y la IA, con una mirada de discernimiento. • Reflexionar sobre los riesgos del mal uso de las tecnologías y cómo estas influyen en la convivencia escolar y social, incluyendo consecuencias legales de su mal uso.
I°-IV°	• Diseñar soluciones innovadoras a problemas globales reales, integrando diversas disciplinas. • Pasar de ser usuarios de tecnología a ser diseñadores de soluciones con impacto social y ambiental.	• Pasar desde el uso técnico de herramientas tecnológicas hacia su gestión ética y estratégica, con un énfasis crítico en la IA como motor de co-creación. • Aprender un manejo avanzado y crítico de herramientas digitales para investigar y comunicar con propósito: (a) de diseño gráfico y visualización, (b) de programación y automatización, y (c) de gestión de información y datos.	• Discernir críticamente el impacto de las tecnologías en la vida personal, social y ambiental. • Cultivar una relación personal con las tecnologías que esté inspirada en la responsabilidad, la búsqueda permanente de la verdad y la solidaridad que pone el progreso al servicio del bien común. • Desarrollar conciencia crítica para identificar qué usos de la tecnología humanizan (promueven la verdad, el bien y la belleza) y cuáles deshumanizan (generan falsedad, mal y alienación).



Educación física y salud (9)

El desarrollo armónico integral de la persona al que aspira la educación jesuita/ignaciana según el *Ideario* (#17) abarca todas sus dimensiones. Entre estas, una fundamental es la dimensión corporal (ver **ANEXO B**), que incluye el desarrollo de la motricidad y la expresión corporal, entre otros aspectos.

En lo relativo al juego, el deporte y las diferentes manifestaciones de la motricidad, los colegios y escuelas de la REI dan importancia a la sana competencia, por los valores y vínculos que promueve. Sin embargo, es central distinguir entre (a) la asignatura de educación física y salud, entendiéndola como un espacio de desarrollo corporal, socioemocional, cognitivo y espiritual para todas y todos los estudiantes –sean o no deportistas– en el marco de la vida comunitaria; y (b) la competencia deportiva en selecciones como instancia voluntaria de ampliación y complemento de la experiencia escolar (de la cual se habla en el capítulo IV).

En la asignatura mínima-obligatoria se aspira a que todo el estudiantado de nuestros establecimientos aprenda a desarrollarse y cuidarse, integrando la práctica cotidiana de actividad física y adquiriendo hábitos

de vida saludable (por ejemplo, higiene del sueño y una alimentación balanceada), como condiciones para el bienestar. En esta lógica y de acuerdo con el *Ideario*, se reconoce el vínculo positivo entre (a) ocio, recreación, juego y deporte, y (b) salud mental y desarrollo armónico de la persona (#34), de lo cual hay abundante evidencia científica (Eime et al., 2013). Por esto, aunque en toda asignatura se espera que el aprendizaje trascienda las clases y se transfiera a la vida cotidiana, esto es especialmente cierto en educación física y salud, cuyas enseñanzas debieran reflejarse en el uso del tiempo libre, dentro y fuera del colegio/escuela.

Igual que el resto de las asignaturas académicas e instancias pastorales-formativas, educación física y salud ha de participar de la integración curricular que se busca, de manera que la experiencia escolar –con todos sus componentes– tenga “un núcleo interno que le dé unidad, orgánica y sentido al conjunto” (#20). Esto debería significar que la asignatura incluya una aproximación espiritual al desarrollo y el cuidado del cuerpo, como regalo de Dios y templo del Espíritu (1° Corintios 6,19), que ayuda en la integración de la persona.

	1. Desarrollo corporal <i>(motriz y corporeidad)</i>	2. Actividad física y comunidad <i>(valor de la sana competencia, aunque con foco en los vínculos y el trabajo en equipo)</i>	3. Hábitos para una vida saludable <i>(práctica física cotidiana, cuidado de la alimentación y el sueño, ocio y recreación, etc.)</i>	4. Enfoque espiritual en el desarrollo corporal y físico <i>(cuerpo y desarrollo de la interioridad)</i>
PK-K	Explorar el cuerpo mediante el juego libre y movimientos espontáneos para desarrollar habilidades motrices básicas como correr, saltar, trepar, equilibrarse, lanzar y atrapar.	Participar y compartir en juegos colectivos sencillos, respetando turnos y reglas básicas para fortalecer el sentido de comunidad.	- Incorporar rutinas simples de higiene, descanso y alimentación saludable en la vida diaria. - Comprender la importancia del autocuidado, reconociendo que el bienestar es un regalo que cuidar.	Valorar el cuerpo como regalo de Dios, cuidándolo y reconociendo las capacidades de movimiento y expresión corporal con gratitud.
1°-2°	Consolidar habilidades motrices básicas a través del juego, como medio de aprendizaje y disfrute del movimiento.	- Participar activamente en juegos colectivos reglados, favoreciendo la empatía, el respeto y la responsabilidad. - Entender que el juego es un espacio de encuentro, inclusión y aprendizaje.	- Consolidar rutinas de higiene, descanso y alimentación equilibrada en la vida escolar y familiar. - Comprender por qué ciertos hábitos son saludables (o no) e iniciar decisiones autónomas de autocuidado.	Expresar emociones y talentos a través del movimiento, reconociendo la presencia de Dios en las alegrías, esfuerzos y capacidades de su cuerpo.
3°-4°	- Empezar a desarrollar habilidades motrices complejas asociadas al baile y deportes (como el dribbling en basketball) mediante juegos predeportivos. - Integrar coordinación y equilibrio en juegos y actividades lúdicas.	Promover la sana convivencia en juegos y deportes cooperativos y en equipo, valorando el respeto, la cooperación y el pasarlo bien juntos por sobre el ganar (en competencias).	Incorporar rutinas y decisiones de autocuidado (descanso, sueño, alimentación, higiene, etc.), empezando a responsabilizarse por el cuidado personal.	- Agradecer por el ejercicio físico y la presencia de Dios en la alegría del juego y los deportes colectivos. - Reconocer el cuerpo como medio para conectar con otros/as y la vida comunitaria como regalo de Dios.
5°-6°	Diversificar destrezas motrices, combinando habilidades básicas con movimientos complejos en distintas actividades y deportes.	Fortalecer el trabajo en equipo, la solidaridad y la toma de decisiones responsables en juegos cooperativos y contextos de diversidad y competencia.	- Reflexionar sobre el impacto de los hábitos y el autocuidado en el bienestar físico y mental. - Fomentar autonomía en la elección de hábitos y conductas saludables.	- Cultivar la interioridad mediante prácticas corporales conscientes (respiración, caminatas, etc.). - Valorar la diversidad y la cooperación en los deportes.
7°-8°	Desarrollar las capacidades físicas (resistencia, fuerza, velocidad, flexibilidad), refinar los movimientos técnicos, y aplicar lo anterior de manera estratégica en el deporte y la actividad física.	- Ejercitar roles de cooperación, liderazgo positivo y resolución pacífica de conflictos en deportes o actividad física colectiva. - Fomentar autonomía, planificación y participación responsable en la práctica deportiva con otros/as.	Reflexionar sobre los efectos del sedentarismo y los hábitos nocivos en el bienestar físico y mental, previniendo conductas de riesgo con una visión de futuro.	Tomar conciencia del cuerpo como parte fundamental de la identidad personal, y adquirir el compromiso y la responsabilidad de cuidarlo como don de Dios y “templo del Espíritu”.
I°-IV°	Gestionar las propias capacidades físicas y habilidades técnicas para proyectar su desarrollo como parte del proyecto de vida.	Practicar deportes individuales y colectivos, asumiendo roles de liderazgo y mediación, y compitiendo sanamente, con foco en los vínculos y los valores.	Diseñar y ejecutar planes de actividad física, alimentación balanceada e higiene del sueño proyectando elecciones adultas responsables para cuidar la condición física y la salud mental.	Promover la vida interior y el cuidado del cuerpo desde la gratitud a Dios por lo recibido y el deseo de cuidarlo y desarrollarlo para “en todo amar y servir”.





Instancias de pastoral y formación

Las seis instancias de pastoral y formación (PyF) reflejan un sello esencial de la educación jesuita/ignaciana (*Idea-rio*, #7). Se desarrollan en tiempos curriculares y, a diferencia de las asignaturas académicas, no se organizan en base a contenidos disciplinares, sino en torno a procesos de crecimiento espiritual, socioemocional, comunitario y de participación litúrgica, entre otros. Por esto, su diseño e implementación suele requerir la colaboración de varios profesionales, que se organizan según el Modelo Común REI de Área de PyF, que articula los departamentos de (a) pastoral, (b) psicología y orientación, y (c) convivencia escolar (Área de Educación Escolar, 2022). Además, las instancias de PyF suelen ser acompañadas o mediadas por la jefatura de curso y, en algunos casos, por el equipo y la dirección de ciclo o sede.

El esfuerzo de curricularizar estas instancias, como espacios de los cuales se espera el logro de OAs específicos (análogos a los de una asignatura académica), conlleva varios desafíos, como desarrollar marcos conceptuales, secuencias de OAs por ejes, metodologías y formas de evaluación pertinentes. Esto asume la consolidación de especialistas en el desarrollo secuen-

cial de retiros espirituales, experiencias apostólicas y celebraciones litúrgicas, entre otras instancias, con las capacidades para conducir estos procesos de enseñanza-aprendizaje de manera rigurosa y coherente con el resto de la propuesta curricular. En tal sentido, es importante recalcar que –aunque los OAs de estas instancias tienen cruces con los objetivos de aprendizaje transversales (OATs)– se trata de objetivos específicos, distintos y complementarios.

Desde este horizonte, cada instancia de PyF –orientación y espacios de desarrollo socioemocional y comunitario, retiros espirituales, experiencias apostólicas, celebraciones litúrgicas y preparaciones sacramentales, acogida y momentos de pausa ignaciana– aporta algo particular: el trabajo de los vínculos y la vida comunitaria, el cultivo de la interioridad y la espiritualidad, el compromiso con la justicia, y el reconocimiento de la presencia de Dios en todas las cosas, que permite discernir su voluntad. En conjunto, estas instancias ofrecen un complemento fundamental a lo académico –que muchas veces lo tensiona– y que es característico del currículum de nuestros colegios y escuelas.

Orientación y espacios asociados de desarrollo socioemocional y comunitario (10)

El *Ideario* no refiere de manera directa y explícita a la clase de orientación y los espacios asociados de desarrollo socioemocional y comunitario. Sin embargo, hay cuatro temas fundamentales que se relacionan: (a) la educación emocional (#34); (b) vivir una cultura del buen trato, asociada a vínculos y una vida comunitaria basada en el respeto, la confianza, el diálogo, el autocuidado y una integración adecuada del conflicto y la diferencia (#31); (c) el desarrollo de aquello que se va descubriendo como vocación y proyecto de vida (#20); y (d) el acompañamiento oportuno que atienda a una progresiva construcción de la identidad (#13). Esto último incluye las temáticas de género y diversidad sexual, ante las cuales se señala que nuestros principios orientadores son la apertura, el reconocimiento y el respeto de la dignidad de toda persona como hija/o de Dios. Esto significa que –en complemento con educación física y salud– la clase de orientación y los espacios asociados de desarrollo socioemocional y comunitario deberían abordar la dimensión corporal de la persona en aquello que toca los procesos de descubrimiento de la identidad.

En este marco, el propósito de orientación y los espacios asociados de desarrollo socioemocional y comunitario en un currículum jesuita/ignaciano es facilitar que cada estudiante (a) logre un desarrollo socioemocional saludable, (b) construya una identidad sólida, (c) emprenda un proceso de discernimiento de su vocación y proyecto de vida, y (d) aprenda a ser comunidad y tener vínculos sanos en cada grupo del que es parte (curso, nivel o generación, colegio/escuela, etc.). Por consiguiente, esta clase y estos espacios son cruciales en el desarrollo integral del estudiantado. A través de la reflexión y la interacción con otros/as, deberían promover el autoconocimiento de fortalezas y debilidades; ofrecer herramientas para la gestión emocional, la convivencia y la resolución de conflictos; enseñar a tomar decisiones de modo responsable; y apoyar el discernimiento ignaciano de proyectos de vida en la lógica del Evangelio, de modo que las y los estudiantes sean personas “para y con los demás”.

El ideal es que la clase de orientación sea desarrollada por la jefatura de curso, con la planificación y el respaldo de los departamentos de psicología-orientación y convivencia, y que tenga un tiempo protegido dentro del horario semanal. Esto último refiere a que, ante las múltiples demandas de tiempo escolar para diversos fines, es frecuente que este horario termine usándose para otras cosas, descuidando su relevancia para la educación jesuita/ignaciana. Por supuesto, esto no quita la flexibilidad requerida para acompañar a cada curso, realizando las adaptaciones necesarias, según las situaciones emergentes.

Los espacios de desarrollo socioemocional y comunitario asociados a orientación deberían complementar y profundizar los aprendizajes en esta clase, fortaleciendo los vínculos interpersonales y la pertenencia al grupo-curso. Si bien su planificación y desarrollo es responsabilidad de los departamentos de psicología-orientación y convivencia, es ideal que la jefatura de curso participe, para luego ayudar a recoger e integrar lo vivido y aprendido en la vida cotidiana del curso. Estos espacios pueden ocurrir en días de colegio/escuela o fuera de este tiempo, y son distintos que los retiros, pues no buscan directamente el crecimiento espiritual o religioso (aunque –como todas las experiencias en un colegio jesuita o compañero en la misión– deberían estar inspiradas en una mirada evangélica de la persona y su desarrollo). Ejemplos de estos espacios son el campamento de la amistad, las diversas jornadas o ferias vocacionales, los encuentros o charlas de salud mental y prevención de adicciones, así como otras instancias requeridas para el desarrollo socioemocional y comunitario del estudiantado en cada etapa.

	1. Desarrollo socioemocional saludable <i>(gestión emocional, autoconocimiento y autocuidado)</i>	2. Construcción de una identidad sólida <i>(con Jesús como modelo de persona)</i>	3. Discernimiento de la vocación y el proyecto de vida <i>(fundado en una antropología cristiana, que se orienta a Dios y el servicio)</i>	4. Ser comunidad <i>(construyendo vínculos sanos, responsabilidades compartidas y participación activa en la vida común)</i>
PK-2°	- Reconocer que cada persona tiene su mundo emocional, aprendiendo a identificar las emociones en sí mismo/a y en las/os demás. - Vincular el sentir con las reacciones corporales, escuchando sus señales y favoreciendo hábitos de autocuidado. - Adaptarse progresivamente al mundo escolar y ganar cierta independencia afectiva de la familia, valorando el colegio como espacio seguro.	- Reconocerse como hijo/a amado de Dios, único/a y valioso/a. - Desarrollar una autoestima positiva y valoración de sí mismo/a.	- Reconocer qué le da alegría, comprendiendo que somos creados para el amor. - Descubrir diversas formas de vivir, valorando el servicio como característica de la identidad ignaciana. - Despertar un sentido de vocación a partir del servicio, conociendo ejemplos de personas que han desarrollado proyectos de vida al modo ignaciano.	- Disfrutar el ser parte de una comunidad, participando en celebraciones y experiencias comunes. - Aprender a relacionarse desde la inclusión, la solidaridad y el respeto, valorando la diversidad, desarrollando empatía y poniendo límites sanos.
3°-8°	- Profundizar en el reconocimiento de emociones y estrategias para gestionarlas, considerando su bienestar y el de la comunidad. - Integrar los cambios físicos, psicológicos y emocionales de la etapa, fortaleciendo la autoestima. - Promover el autocuidado y la salud mental, con conciencia sobre los factores de riesgo.	- Explorar su identidad en distintos ámbitos (tales como intereses, habilidades, afectividad), creciendo en autoconocimiento, aceptación y valoración de sí mismo/a. - Fomentar el respeto y la valoración de las diferencias con las y los demás. - Promover que las familias acompañen los cambios de la etapa, favoreciendo vínculos respetuosos y nutritivos.	- Descubrir talentos y la capacidad de transformar la realidad mediante pequeñas acciones. - Iniciar la construcción del proyecto de vida, preguntándose quién quiere ser y cómo quiere vivir, integrando lo vivido en experiencias de servicio, testimonios de vida y oraciones personales. - Iniciar el aprendizaje de herramientas de discernimiento ignaciano.	- Reconocer en sus comunidades de referencia posibles espacios de sostén y crecimiento. - Fomentar el buen trato, la resolución positiva de conflictos y el uso responsable de redes sociales. - Fortalecer las capacidades de cuidar a otros/as y asumir responsabilidades compartidas, con sensibilidad ante las realidades de los demás.
I°-IV°	- Avanzar en la aceptación y gestión de las emociones frente a los desafíos vitales y académicos. - Promover la conciencia sobre la salud mental, el cuidado responsable de vínculos y la construcción de relaciones sanas (amistades, pololeos, familia). - Favorecer la autonomía, el establecimiento de límites y el afrontamiento de la ansiedad en momentos de transición y cierre de la etapa escolar.	- Reflexionar sobre su historia personal, reconociendo elementos fundantes, logros y aprendizajes. - Consolidar distintas dimensiones de la identidad, incluyendo valores y creencias, y confrontándose con Jesús como modelo de persona. - Expresar libremente su identidad personal y social, valorando la diversidad y favoreciendo el diálogo con otras miradas.	Profundizar en un discernimiento ignaciano de la vocación y el proyecto de vida, incluyendo intereses, habilidades, deseos más profundos y exploración de distintos modelos y alternativas, vinculando todo a las necesidades del mundo y el proyecto de Dios.	- Profundizar en relaciones sanas con pares y adultos, desarrollando escucha activa, asertividad y capacidad de diálogo. - Reflexionar sobre el sello propio del colegio y cómo este se encarna en la vida comunitaria/escolar y el compromiso ignaciano con la sociedad. - Cultivar redes de apoyo, poniéndose al servicio de su(s) comunidad(es).

Retiros espirituales (11)

Estos tienen el propósito de animar el encuentro personal con Jesús. Teniendo los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio como horizonte y al modo de una “escuela de oración”, los retiros debieran introducir progresivamente al estudiantado en disposiciones ignacianas fundamentales: el silencio, la contemplación, la escucha de Jesús en los Evangelios, el examen de su presencia en la vida, así como del propio uso de la libertad, etc. Estos favorecen el crecimiento espiritual y ayudan a desarrollar una vida interior más profunda, así como una visión ignaciana del mundo, que reconoce a Dios actuando en todas las cosas e impulsa a colaborar con Jesús en la misión de reconciliar el mundo. A través del aprendizaje y la práctica de ciertas ayudas o “adiciones ignacianas”, las y los estudiantes van aprendiendo a meditar, contemplar, encontrarse con Jesús y hacer coloquio, discernir y reconocer la acción de Dios en su propia historia, como fuente del impulso ignaciano hacia los demás y hacia buscar el servicio en el mundo.

De modo similar a los espacios de desarrollo socioemocional y comunitario asociados a la clase de orientación, los retiros espirituales son momentos especiales, no consignados en el horario semanal regular. Es decir, ocurren en días escolares especialmente adaptados para esto o fuera del horario escolar. Normal-

mente, se realizan fuera del colegio o escuela, en un entorno que ayude a salir del ritmo cotidiano y tener mayor disposición para el encuentro con Dios.

Se trata de instancias centrales dentro de las propuestas pastorales de nuestros establecimientos, que –como indica el *Ideario*– son expresiones fuertes de nuestra identidad y un factor diferenciador –y emblemático– de nuestros proyectos educativos (#7). Por ello, sería esperable que todas y todos los estudiantes participen de algún modo en estas instancias, siendo responsabilidad de cada equipo de PyF que –cuidando la edad y el grado de autonomía– sean espacios inclusivos y acogedores de las diversas experiencias vitales y religiosas, sin que eso signifique diluir nuestra identidad católica e ignaciana (#6-8).

Los retiros espirituales debieran ser una secuencia durante la trayectoria escolar, con adaptaciones según los ciclos y niveles, así como según la madurez del estudiantado. Debieran ir desde experiencias breves de iniciación a la oración en los primeros niveles –como los Encuentros con Cristo, en que se desarrollan las primeras habilidades y actitudes para el trabajo de la interioridad y la espiritualidad– hasta la realización de introducciones de 2 o 3 días a los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio en III° o IV° medio.



	1. Desarrollo de la interioridad <i>(capacidad de hacer silencio y reconocer y examinar los propios afectos, etc.)</i>	2. Desarrollo de la espiritualidad, para cultivar una vida de fe y acción, y llegar a introducirse en los Ejercicios Espirituales <i>(aprender a meditar, contemplar, discernir espíritus, etc.).</i>	3. Encuentro personal con Jesús <i>(escucharlo en los Evangelios, aprender a tener coloquio con Él, y que esto lleve a conocerlo internamente y seguirlo).</i>
PK-2°	• Aprender a permanecer de manera adecuada en espacios y experiencias breves de interioridad y oración, haciendo silencio, participando activamente y respetando a las/los demás. Para esto, usar diversos espacios físicos, además de la sala de clases, tales como capillas, patios al aire libre, la naturaleza, etc.	• Experimentar diferentes modos de oración en que se usan los sentidos, la imaginación, la memoria, el entendimiento y la voluntad, descubriendo que la oración es un modo de encontrarse con Dios y uno mismo/a. • Agradecer y pedir a Dios lo que necesita, empezando a cultivar la idea de “gracia” que pedir y recibir.	• Reconocer en Jesús a un amigo que le ama y vive en su corazón, estableciendo una relación personal con Él en la oración. Todo esto, conociendo momentos de su vida y elementos más significativos de su mensaje, e intentando imitarlo en actos cotidianos concretos.
3°-8°	• Participar activamente en espacios cotidianos de interioridad y oración, tales como la oración de la mañana en la acogida, pausas ignacianas, liturgias, misas y capellanías, etc., valorando estos espacios como ocasiones de crecimiento interior y encuentro con Dios. • Tener primeros momentos personales de interioridad y oración en alguna jornada fuera del colegio, que permitan ensayar elementos del modo de oración ignaciano. • Reconocer los movimientos interiores que experimenta al hacer oración (qué siente y qué deseos se le despiertan), y qué le ayuda y qué no a detenerse y focalizarse.	• Ensayar la meditación y la contemplación como modos de oración ignaciana. • Madurar el reconocimiento de lo que le sucede internamente en los espacios de oración, por medio del registro escrito de lo vivido y primeras experiencias de compartirlo con otros/as. • Incorporar elementos básicos del lenguaje espiritual ignaciano para describir sus movimientos internos, tales como consolación y desolación, además de algunas reglas básicas para el discernimiento de espíritus.	• Reconocer a Jesús como amigo y compañero, con quien puede tener una relación personal de amistad y con quien puede tener “coloquios” (en el sentido propuesto por San Ignacio en los <i>Ejercicios Espirituales</i>). • Buscar el seguimiento de Jesús (de su modo de ser y hacer). Para esto, conocer y aprender a leer los Evangelios de distintas maneras, y reflexionar sobre qué le acerca o aleja de Jesús y su modo.
I°-IV°	• Vivir autónomamente espacios cotidianos de silencio y pausa, valorándolos como lugares privilegiados de crecimiento e integración personal. • Llegar a poder guiar a otros/as en espacios de interioridad u oración.	• Conocer y poner en práctica los elementos de un bloque de oración ignaciana: (a) preparar el encuentro, (b) ponerse en presencia de Dios, (c) la composición de lugar, (d) formular personalmente la gracia a pedir, (e) la meditación o contemplación en el núcleo del momento de oración, (f) el coloquio final, y (g) el examen del bloque de oración. • Permanecer con fidelidad durante un bloque de oración y examinar lo vivido y recibido, con conciencia de sí mismo/a y cómo Dios le habla, registrando y compartiendo lo anterior con un acompañante que le ayude a discernir.	• Tener una relación personal con Jesús a la luz de los Evangelios, desde la cual discernir el proyecto de vida escuchando sus llamados a “en todo amar y servir”. • Comprender la espiritualidad ignaciana como una propuesta para vivir la fe con otros/as en la Iglesia.

Experiencias apostólicas (12)

En un colegio o escuela jesuita o compañero en la misión, las experiencias apostólicas brotan del compromiso fundamental de la institución con la justicia y la solidaridad (*Ideario*, #10) y se comprenden como instancias claves para la formación de personas “para y con los demás” (#16). Como fruto del encuentro con Jesús y su Evangelio, se busca que las experiencias apostólicas (a) pongan a las y los estudiantes en contacto con el mundo y sus desigualdades, desarrollando una mirada consciente y crítica; (b) lleven a cultivar una actitud compasiva, empática con las y los demás; y (c) animen a comprometerse en acciones concretas de amor y servicio (#18).

Se trata de encuentros planificados con otras personas, comunidades o con la naturaleza –ante el desafío de enseñar el cuidado de la casa común–, en días y horarios adaptados para esto, dentro o fuera del mismo establecimiento, en los cuales aprender que la generosidad, el servicio y el compromiso tienen la capacidad de transformar la realidad. Estas experiencias permiten valorar la diversidad y complejidad de la sociedad (#26) y abren la posibilidad de construir vínculos comunitarios y redes solidarias (#48).

Las experiencias apostólicas debiesen ser un proceso que lleve –progresivamente– a formas de vida orientadas al reconocimiento de la dignidad de toda persona, la fraternidad y el cuidado de la casa común (#8, #25 y #28). Esto se inicia con gestos cotidianos de cuidado, continúa en experiencias concretas de servicio y, a medida que las y los estudiantes crecen, debiese avanzar hacia acciones con mayor protagonismo, entrega y reflexión de lo vivido por parte del estudiantado. Al poner sus experiencias en oración, las y los estudiantes deberían descubrir que vivir al modo de Jesús implica solidarizar con el dolor de los demás, y comprometerse con la justicia social, buscando transformar la realidad y reducir las desigualdades. Por esto, las experiencias apostólicas no deberían ser meras “actividades de ayuda”, sino ocasiones para formar un modo de ser, inspirado en el amor gratuito y universal de Jesús.

Se espera que, al finalizar la etapa escolar, estas vivencias marquen las decisiones de futuro de las y los estudiantes, en todo contexto y cualquiera sea el camino que elijan, con una fe que busca construir el Reino de Dios mediante obras concretas de justicia.



	1. Conciencia del mundo y sus desigualdades	2. Compasión con las y los demás	3. Compromisos de amor y servicio desde el modo de ser de Jesús
PK-2°	- Reconocer los regalos de Dios en la Creación, tomando conciencia de que muchas veces las personas (y la sociedad) no compartimos ni cuidamos lo que es para todas y todos. - Identificar diferentes realidades socioeconómicas y culturales en el colegio, el barrio y la ciudad, con una primera conciencia de la propia realidad (qué se tiene y qué no, versus lo que otros/as tienen o no).	- Conocer la compasión en los Evangelios como el sentimiento de Jesús ante los sufrimientos de las personas y el mundo. - Comprender la compasión como consecuencia de reconocer la dignidad intrínseca de toda persona humana. - Reconocer ejemplos de compasión en adultos que le rodean (familiares, educadores, etc.).	- Vivenciar el servicio en acciones cotidianas de ayuda en la vida escolar y familiar. - Participar de experiencias simples y concretas de servicio a otros/as, tales como campañas solidarias, tareas comunitarias en el colegio/escuela, encuentros con personas necesitadas o acciones de cuidado ecológico.
3°-8°	- Fomentar la interacción con realidades diferentes a la suya, ya sea de forma directa –en salidas pedagógicas, actividades solidarias u otras–, o de forma indirecta –mediante películas, reportajes u otros medios–, ampliando su conciencia de la diversidad existente y de las injusticias, sufrimientos y desafíos que viven distintos grupos de personas, cerca o lejos. - Promover una mirada crítica sobre las injusticias en la realidad, comenzando por su propio entorno. - Iniciarse en el hábito de saber qué está ocurriendo en el mundo, el país y su ciudad/comuna, con los desafíos implicados.	- En el diálogo y encuentro con otras personas y realidades, propiciar la pregunta ¿qué sentiría y qué haría Jesús en mi lugar?, buscando acercarle a sus sentimientos de amor por cada persona, empatía y compasión. - Reflexionar sobre las consecuencias prácticas de la compasión ante lo que viven otras personas y la Creación, como el modo de Jesús.	- Tener experiencias de encuentro directo con personas en situación de pobreza, reconociendo la presencia del mismo Jesús que –por amor y compasión– se identifica con esas personas. - Participar de diferentes acciones apostólicas y de servicio, tales como campañas solidarias; obras de misericordia con niños, ancianos o enfermos; mes de la solidaridad; jornadas ecológicas; etc.; con compromiso y reflexión progresivamente mayores y más autónomos.
I°-IV°	- Tener interacción propia –de forma directa o indirecta– con realidades socioeconómicas y culturales diferentes a la suya, conociendo por sí mismo/a diversidad de experiencias humanas. - Estar informado/a de la actualidad del mundo, el país y su ciudad/comuna, con sus principales desafíos. - Tener opinión personal sobre las desigualdades en el mundo, con conciencia de su lugar y sus posibilidades de colaborar para que haya más justicia (social y ambiental), integrando todo esto en su discernimiento vocacional y del proyecto de vida.	Haber tenido experiencia del no reconocimiento de la dignidad de una persona y de la compasión que brota de ello –como en Jesús–, y haber trabajado estas experiencias y los movimientos internos que estas despiertan de cara al proyecto de vida.	- Participar autónomamente o incluso liderar acciones de servicio, tales como voluntariados o asesoría a estudiantes menores del colegio. - Reflexionar sobre el compromiso cristiano ante las situaciones de sufrimiento en que la dignidad humana pareciera esconderse. - Incorporar la dimensión apostólica de compromiso en el servicio al modo de Jesús como parte esencial del proyecto de vida.

Celebraciones litúrgicas y preparaciones sacramentales (13)

Tal como los retiros espirituales y las experiencias apostólicas, las diversas celebraciones litúrgicas y preparaciones sacramentales son un elemento central de nuestras propuestas pastorales. El *Ideario* señala que nuestros colegios y escuelas: (a) celebran las fiestas litúrgicas más importantes de la Iglesia y (b) ofrecen la opción de recibir los sacramentos de iniciación cristiana, ya sea en el mismo establecimiento o junto con la parroquia más cercana (#7). Esto podría ocurrir dentro o fuera del horario escolar, según el tipo de celebración y preparación, según la etapa del estudiantado y según el vínculo del colegio o escuela con su parroquia. En particular, celebramos la primera comunión y la confirmación como grandes hitos comunitarios, que acompañan la trayectoria escolar desde la clave del proceso de iniciación cristiana.

Independiente del modo en que ocurran estas celebraciones y preparaciones, siempre se debieran cuidar el espíritu comunitario y el sentido de comunión con la Iglesia universal (en el mismo colegio/escuela y más allá), pues –aunque no esperamos que toda persona que egresa de nuestros establecimientos sea católica (#8)– compartimos nuestra identidad y tradición con todas y todos quienes han optado por esta educación (#6). En tal clave, estas instancias deberían ser espacios significativos de encuentro y acompañamiento de los procesos vitales del estu-

diantado, conectando los hitos personales y comunitarios con el misterio cristiano. Estas instancias incluyen: misas de curso, liturgias vinculadas a hitos formativos, celebraciones al cierre de retiros, misas familiares o comunitarias, celebraciones del calendario litúrgico, etc.

Para asegurar lo anterior, cada comunidad escolar debiese tener un itinerario y una pedagogía para introducir en el lenguaje, los símbolos, los textos y los ritos implicados en estas instancias. Así, sería esperable que –progresivamente– las y los estudiantes participen de ellas y las vivan con cada vez mayor provecho. Este itinerario y esta pedagogía deberían ser complementarios a las clases de educación religiosa y otras asignaturas en estos temas.

En el marco del año escolar, estas instancias refieren –al menos– a tres tiempos fuertes: (a) al comienzo del año están Cuaresma, Semana Santa y el Tiempo Pascual, que culmina en Pentecostés; (b) a mitad de año está el “Tiempo Ignaciano”, que va desde el 31 de julio hasta el 18 de agosto (la Fiesta de San Ignacio de Loyola y la Fiesta de San Alberto Hurtado o Día de la Solidaridad); y (c) al final del año están el Mes de María, Adviento y Navidad. Varios colegios y escuelas suman otras fechas y tiempos relevantes según su contexto local y patrono/a.



	1. Cuidado del espíritu comunitario	2. Desarrollo del sentido de comunión con la Iglesia (como inherente al seguimiento de Cristo)	3. Introducción en el lenguaje, los símbolos, los textos y los ritos católicos (en complemento con los contenidos de educación religiosa)
PK-2°	- Fomentar el sentido de pertenencia a una familia, un curso y un colegio/escuela en que hay cariño, cuidado y oraciones y ritos comunes. - Reconocer cómo sus acciones personales afectan a las/os demás miembros de estas comunidades. - Identificar en cada miembro de la familia y en cada compañero/a de curso y colegio/escuela el rostro de Jesús.	- Aprender que todas y todos somos parte de una gran familia de fe, en que Dios nos invita a caminar con Jesús y con María como modelos. - Vincular las celebraciones eclesiales cotidianas y del calendario litúrgico con la vida y el ejemplo de Jesús, reconociendo su presencia. - Participar en oraciones y celebraciones, agradeciendo el amor y acompañamiento cotidiano de Dios.	- Acercar a gestos y signos básicos de la tradición, tales como la cruz, el agua, la luz, persignarse, etc., invitando a vivir estos gestos y signos con asombro, curiosidad, respeto y alegría. - Conocer –a grandes rasgos– las fiestas eclesiales más importantes. - Participar activamente –con respuestas básicas y cantos– en celebraciones adaptadas, como liturgias de la palabra.
3°-8°	- Favorecer la participación activa en celebraciones familiares, escolares y eclesiales (dentro y fuera del colegio), aprendiendo a sumarse y valorar los diferentes ritos comunitarios. - Realizar compromisos comunitarios vinculados a los tiempos de cada comunidad y, en particular, servicios asociados a los tiempos litúrgicos e ignacianos (Cuaresma, Pascua, Día de la Solidaridad, etc.).	- Descubrir la liturgia como expresión de la vida de la Iglesia y signo de unidad, en que se integra lo vivido en jornadas, retiros o experiencias apostólicas. - Preparar-se para y recibir con cierta regularidad los sacramentos de la reconciliación y la eucaristía, recuperando la experiencia del bautismo como hito de incorporación a la Iglesia (recibiéndolo también si no se recibió antes). - Reconocer a María como madre de la Iglesia y los santos como modelos de fe y vida.	- Comprender y vivir el significado de cada tiempo litúrgico (y del Tiempo Ignaciano), con sus colores, signos y ritos. - Familiarizar-se con las distintas partes de una eucaristía, para participar activamente e incluso ayudar como lector/a, coro o acólito/a. - Desarrollar las actitudes para participar con provecho de la celebración litúrgica (capacidades de escucha, de rezar cantando, de reflexionar sobre las lecturas y la homilía, etc.).
I°-IV°	Reflexionar sobre la pertenencia a distintas comunidades de cara al proyecto de vida, optando por compromisos fuertes en las comunidades donde quiere entregar o se requiere su tiempo y dedicación.	- Entender la eucaristía como “fuente y cumbre” de la vida de la Iglesia, donde fortalecer la unión con Jesús y las/os demás, así como el compromiso con la justicia. - Vivenciar la liturgia como ayuda para el discernimiento vocacional y del proyecto vital. - Discernir el sacramento de la confirmación (y recibirlo si se opta por pedirlo) como envío a ser protagonista –juntos a otros/as– de la misión evangelizadora de la Iglesia en el corazón del proyecto educativo del colegio. - Tener experiencia de la Iglesia –en la parroquia u otro contexto– más allá del colegio.	- Ayudar a preparar celebraciones litúrgicas con el curso o el colegio, en contextos en que estas celebraciones inauguren o cierren tiempos o hitos relevantes para la vida comunitaria, cuidando su relevancia y significado. - En la medida en que haya compromiso e interés, participar o desarrollar liderazgo en equipos litúrgicos (de lectores, músicos, ministros de comunión, etc.).

Acogida (14)

La visión ignaciana de la realidad anima a reconocer la presencia de Dios en todas las cosas. Por esto, en línea con los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio, las personas son invitadas a realizar diariamente algunas prácticas que ayudan a alimentar la relación con Dios y cultivar las disposiciones para reconocer su presencia, y buscar, hallar y realizar su voluntad.

En esta clave, la acogida –que normalmente se realiza al comenzar la jornada escolar, con el grupo-curso y bajo el liderazgo de la jefatura de curso– es un espacio para ayudar a cada estudiante a disponerse interior y exteriormente para lo que viene. Esto, con todo lo que traerá el día en términos de vivencia y aprendizaje, y para responder en cada momento según lo que se reconoce como la voluntad de Dios. El *Ideario* no menciona la acogida de modo explícito, pero esta se relaciona directamente con formar la primera de las 4Cs: personas “*conscientes de sí mismas y el mundo en que viven*” (#18).

La acogida debiese tener un momento para que cada grupo-curso se encuentre y se consoliden los vínculos, fortaleciendo el sentido de comunidad y pertenencia. Es decir, un espacio en que las y los estudiantes puedan escucharse respecto a cómo llegan ese día, reconociendo sus emociones y expresando sus alegrías, penas e inquietudes. También, puede ser ocasión de compartir noticias y situaciones especiales que se están viviendo.

Además, el objetivo de disponerse para el día implica que la acogida debiese permitir reconocer y organizar los hitos relevantes por venir, tanto a nivel personal como a nivel curso o colegio. Realizar esto debiese ayudar a las y los estudiantes a tener claridad de su propósito para ese día o período.

Finalmente, el horizonte de vivir el día de la mano con Dios debiera conllevar un breve momento de oración que se articule con los otros dos momentos, en el cual es muy importante aquietar el corazón y reconocerse en presencia de Dios, agradeciendo o pidiendo ayuda para el día y lo que traerá. Un modelo para esto es la oración preparatoria que sugiere San Ignacio al comenzar cada bloque de los *Ejercicios Espirituales*: “*Señor, que todas mis intenciones, acciones y operaciones estén puramente ordenadas a tu mayor servicio y alabanza*”. Dependiendo de las circunstancias o la época del año (y el tiempo litúrgico), se podría añadir una lectura bíblica, un canto u otro elemento que ayude a conectar esta oración con las intenciones y la vida del país, del mundo o de la Iglesia en ese momento; pero eso debiese ser extraordinario.

El orden de estos tres momentos podría variar, según la cultura del establecimiento y el contexto de cada curso. Lo relevante es incluir los tres y, para ello, gestionar bien el tiempo, desarrollar rutinas adecuadas y resolver estratégicamente asuntos administrativos que podrían distraer del propósito formativo de la acogida (tales como pasar la lista del curso).



	1. Encuentro del curso	2. Contexto y propósito del día	3. Oración de la mañana
PK-2°	- Reconocer cómo se llega cada día, expresando emociones básicas a través de palabras, gestos o elementos visuales. - Participar en dinámicas que fomenten la confianza, el saludo respetuoso y el sentido de pertenencia al curso. - Escuchar atentamente a otras/os en un ambiente seguro, respetando turnos de habla.	- Identificar rutinas diarias e hitos de la jornada –tales como actividades especiales, celebraciones, salidas, etc.–, reconociendo su importancia. - Escuchar las orientaciones de la jefatura de curso, para anticipar el día y disponerse para este. - Formular un propósito personal sencillo para el día.	- Realizar breves momentos de silencio guiado para disponerse interiormente. - Rezar oraciones simples –de gratitud o petición–, conectando con su vida cotidiana. - Conocer y participar en cantos, signos o lecturas breves, como formas de conectarse con Dios.
3°-8°	- Expresar verbalmente –con cada vez mayor asertividad– en qué estado de ánimo ha llegado al colegio y qué situaciones personales o comunitarias influyen en ese estado de ánimo. - Acoger las situaciones y emociones de otros/as, desarrollando escucha activa y empatía. - Participar en espacios de conversación guiada que fortalezcan la cohesión del curso y el reconocimiento mutuo.	- Identificar hitos relevantes del día o de los días por venir, comprendiendo su importancia y anticipando su impacto personal o grupal. - Formular propósitos personales o colectivos para el día o la semana. - Vincular los propósitos del día o la semana con actividades del colegio o escuela, responsabilidades del curso o celebraciones de la Iglesia.	- Integrar en la oración experiencias personales y necesidades del curso o la sociedad. - Reconocer la presencia de Dios en alegrías, dificultades y desafíos del día, articulando peticiones y agradecimientos más personales. - Mantener momentos de silencio cada vez más prolongados, que permitan hacer reflexión o un breve coloquio personal con Jesús.
I°-IV°	- Identificar y comunicar de manera reflexiva su estado de ánimo y sus emociones, reconociendo sus causas y los desafíos que trae el día. - Ejercitar la escucha profunda y la acogida de diversas experiencias de sus compañeros/as de curso. - Acompañar y contener a sus pares cuando sea necesario.	- Analizar los desafíos del día o los días por venir, con conciencia de las prioridades académicas y pastorales-formativas, así como de los retos personales y comunitarios. - Formular propósitos progresivamente más profundos y realistas, según su camino de crecimiento integral y su proceso de construcción del proyecto de vida. - Articular su propósito personal con el de su grupo-curso y con el proyecto educativo del colegio, desarrollando sentido de pertenencia y compromiso.	- Rezar autónomamente, con espacios de silencio que favorezcan la interioridad y disponerse para el día. - Conectar la oración con su vida cotidiana y su proyecto personal, pidiendo luces para vivir el día o los días por venir según el querer de Dios. - Conectar la oración con las intenciones del país, el mundo y la Iglesia, integrando intenciones comunitarias, lecturas bíblicas y discernimiento sobre lo que pide el día.

Momentos de pausa ignaciana (15)

En un colegio jesuita/ignaciano, los momentos de pausa deberían ayudar al estudiantado a cultivar la visión ignaciana de la realidad que reconoce la presencia de Dios en todas las cosas. Esto requiere ejercicios regulares de discernimiento, sin los cuales –en la cultura actual– difícilmente nos detenemos a reflexionar con profundidad sobre nuestras vidas y las decisiones que tomamos o debemos tomar, y si estas realizan –o no– la voluntad de Dios. Por ello, es importante asegurar su periodicidad en la vida estudiantil.

Así como la acogida busca ayudar a cada estudiante a disponerse para lo que viene, los momentos de pausa –con distintas formas y frecuencias en cada colegio y escuela– deberían ayudar a recoger lo sucedido en el día, la semana o la experiencia que se está cerrando con la pausa, invitando a reconocer la hondura de lo vivido y aprendido. En varios establecimientos, esto se hace con una bitácora especial para registrar estos momentos e intencionar procesos graduales de discernimiento.

Independientemente de la forma y frecuencia con que se haga, el ejercicio mismo debiese ser sencillo, según los cinco pasos propios de la pausa ignaciana.

- a. Hacer silencio y ponerse en presencia de Dios.
- b. Recorrer con la memoria los momentos más signi-

ficativos del período en cuestión (el día, la semana u otro) y detenerse allí donde se reconoce la presencia o ausencia de Dios.

- c. Agradecer por la presencia de Dios y su gracia.
- d. Pedir perdón por los eventos en que –rechazando la voluntad de Dios– se ha hecho daño o no se ha estado a la altura de los dones recibidos.
- e. Pedir ayuda para el período que viene; para vivir más conforme al querer de Dios.

Si bien los momentos de pausa son, en primer lugar, ocasión de desarrollo espiritual, también implican trabajo socioemocional y cognitivo. Las pausas ayudan a cultivar la conciencia de los propios sentimientos y emociones, como base para la construcción identitaria y el discernimiento. A nivel cognitivo, ayudan a reconocer los grandes pensamientos y aprendizajes. En suma, la reflexión constante sobre lo vivido debiese ayudar a cada estudiante a desenvolverse con mayor autonomía y responsabilidad en la vida.

Por último, hay colegios y escuelas en que –junto con el momento personal de pausa– se anima un espacio de compartir comunitario. Esto fortalece el sentido de comunidad-curso y enseña a cultivar la escucha respetuosa del otro/a, así como a reconocer la presencia de Dios en él/ella.



	1. Conciencia agradecida de los dones recibidos	2. Conciencia humilde de los errores y pecados cometidos	3. Conciencia de la ayuda necesaria para hallar y elegir la voluntad de Dios
PK-2ª	- Reconocer cosas buenas del día (o período o experiencia después del cual se hace la pausa): momentos, personas, aprendizajes. - Agradecer con palabras sencillas por aquello que le hace feliz o le ayuda, valorando gestos de cariño o amistad, así como los bienes materiales y oportunidades a las que tiene acceso.	- Reconocer acciones propias que no estuvieron bien (pelear, no escuchar, hablar mal de alguien, etc.), comprendiendo sus efectos en sí mismo/a y las/os demás. - Pedir perdón de manera sencilla por el daño causado (a quien se dañó y a Dios, que invita a vivir en el amor). - Comprender que las personas nos equivocamos y Dios nos llama a la humildad, que permite el perdón y reconciliar y reparar las cosas.	- Pedir ayuda a Dios para vivir mejor el siguiente día (o el siguiente período), evitando lo que se hizo mal y eligiendo vivir en el amor y la verdad. - Nombrar deseos y propósitos simples para el próximo día o semana (el período que sigue al tiempo que se está “examinando” con la pausa). - Reconocer que no se está solo/a, y se puede confiar en Jesús y en las personas más cercanas.
3º-8º	- Identificar con cada vez mayor asertividad los momentos en que experimentó alegría, crecimiento o consuelo, reconociendo ahí la presencia de Dios. - Agradecer a Dios –de manera progresivamente más consciente y reflexiva– por los múltiples “dones” (regalos) de Dios en su vida diaria. - Valorar la gratitud como actitud ignaciana fundamental.	- Reconocer momentos en que no se actuó conforme al bien propio o del grupo, identificando ahí el “pecado”. - Pedir perdón a Dios y las/os demás por errores y pecados cometidos, comprendiendo que el amor y la presencia de Dios permanecen; no se mudan. - Valorar la pausa como momento para mirar las cosas con honestidad y descubrir cómo ser mejor.	- Formular propósitos progresivamente más conscientes ante el próximo período (post pausa), en línea con el proyecto de Jesús. - Reconocer qué cosas cuestan o dificultan el crecimiento, formulando dónde se necesita ayuda de otros/as y de Dios. - Pedir ayuda a Dios para tomar buenas decisiones –según su voluntad– en los distintos ámbitos de la vida.
Iº-IVº	- Mirar con hondura los momentos de alegría, consolación y crecimiento interior. - Expresar gratitud con un lenguaje progresivamente más elaborado, conectando la experiencia con su historia personal y la fe. - Desarrollar una actitud vital de gratitud a Dios y las/os demás, según la intuición ignaciana de que todo es don: “dame tu amor y gracia, que esto me basta”.	- Saber examinar situaciones personales donde ha habido desorden interior, ruptura de vínculos o decisiones poco cuidadosas, que son contrarias al proyecto de Dios. - Reconocer la raíz de sus errores y pecados (en temores, impulsos egoístas, etc.), así como el impacto que estos tienen en otros/as. - Asumir responsabilidad y discernir pasos concretos de reconciliación, reparación y crecimiento.	- Reconocer movimientos interiores que muestran hacia dónde le está llamando Dios en el próximo período. - Discernir propósitos y pasos concretos para avanzar hacia el proyecto de Dios, con conciencia de los sacrificios y la fuerza de voluntad que eso requerirá. - Pedir ayuda a Dios para orientar y sostener decisiones importantes sobre estudios, relaciones personales, vocación de servicio, etc.

Capítulo IV

Modos de integración curricular (de lo transversal y lo vertical)

Como se comentó en el capítulo I, las escuelas y los colegios católicos –incluyendo los jesuitas y compañeros en la misión– solemos afirmar que la fe y los valores son transversales a nuestra formación, aunque la realidad muestre que eso es cada vez más difícil. El avance hacia currículos fragmentados por la especialización de la vida y el conocimiento ha llevado a concentrar “lo católico” de nuestro proyecto educativo en las clases de educación religiosa e instancias pastorales fuera del aula. Cuesta mucho sostener nuestro principio humanista-cristiano de integración curricular: el relato que lleva a vivir toda la experiencia escolar con una visión ignaciana que atravesase todo. En concreto, es cada vez más difícil articular (a) elementos ignacianos que crucen todo el aprendizaje en cada etapa, tocando los ejes “descubrimiento de la identidad”, “desarrollo de una visión de mundo”, y “discernimiento de la vocación y el proyecto de vida” (lo transversal, en el capítulo II), con (b) las progresiones conceptuales y vitales de las asignaturas académicas e instancias pastorales-formativas (lo vertical, en el capítulo III).

Ante tal realidad y desafío, este capítulo se refiere a las maneras concretas de entender y promover la integración curricular en un colegio o escuela de la REI, según lo sugerido por FLACSI (2025) en sus claves 7 y 8 (ver **ANEXO A**). En el capítulo II se señaló que el enfoque más común para gestionar los objetivos de aprendizaje transversales (OATs) ha sido esperar que “de algún modo” cada educador integre lo vertical y lo transversal en sus clases e instancias de enseñanza. Sin embargo, como también se indicó, sabemos que eso no ha sido fácil, pues desconoce la complejidad que ya enfrenta el docente al tener que acompañar al grupo-curso para lograr sus objetivos de aprendizaje específicos (OAs). Así, atendiendo a que la integración curricular requiere

medios institucionales especialmente diseñados e implementados, con intencionalidad y estrategia, a continuación se habla de roles clave para lograr los OATs y experiencias y proyectos orientados a hacer síntesis vital (que –en conjunto– muestran cómo gestionar los OATs en el día a día del colegio/escuela, avanzando hacia la integración buscada).

Lo que sigue tiene dos grandes supuestos. Primero, Bernstein (1971) indicó que hay dos formas básicas de realizar integración curricular: mediante personas que acompañan la experiencia o mediante proyectos e iniciativas que ayudan a hacer síntesis. En segundo lugar, la investigación histórica sobre educación jesuita muestra que instancias extracurriculares como selecciones deportivas, teatro o movimientos pastorales, siempre han sido medios privilegiados de integración, complementarios al currículum mínimo-obligatorio (Casalini, 2025a, 202b). El MCI anima estas tres formas de integración, a las cuales se refiere en las próximas secciones: (a) mediante personas que ayudan a hacer síntesis, (b) mediante proyectos o experiencias integradoras, y (c) mediante instancias voluntarias de ampliación y complemento. Ninguna de estas formas es mejor que la otra; sólo hay combinaciones más o menos apropiadas según la etapa o nivel, el tipo de estudiantes, y la integración que se busca.

Integración mediante personas que acompañan y ayudan a realizar síntesis

Con el currículum fragmentado que predomina, un estudiante suele tener contactos “puntuales” con varios educadores especialistas que conocen fracciones suyas y de su experiencia. Esto no es tan fuerte en la etapa inicial

El MCI combina tres formas de integración: (a) mediante personas que ayudan a hacer síntesis, (b) mediante proyectos o experiencias integradoras, y (c) mediante instancias voluntarias de ampliación y complemento.

(PK-2°), pues las y los educadores pasan la mayor parte del día con su grupo-curso, pero aumenta con las etapas y niveles, hasta el extremo de los electivos especializados en III°-IV° medio. Ante esta realidad, es clave para la integración que haya personas que –de modo análogo a las educadoras generalistas en los primeros cursos o niveles– acompañen la experiencia global del estudiante, ayudándole a hacer síntesis. Estas personas son las primeras llamadas a trabajar los OATs con el estudiantado.

En la tradición jesuita, esto conecta con la idea de *“cura personalis”* o cuidado integral de la persona, que incluye su desarrollo intelectual, su vida espiritual, su salud física, su estado psicológico, entre otros aspectos. En 1934, el Padre Ledochowski (superior mundial de los jesuitas entre 1915 y 1942) introdujo este concepto en el apostolado educativo para señalar que nuestras instituciones pueden recibir más alumnos, siempre y cuando mantengan la capacidad de ofrecer el acompañamiento integral de la persona que es propio de la tradición. La integración curricular mediante personas conecta y resuena profundamente con este ideal ignaciano de *cura personalis*, que exige un diseño institucional y condiciones concretas.

El *Ideario* (#9) señala que –si bien todo educador en un colegio jesuita o compañero en la misión debería compartir lo declarado en ese documento– requerimos (a) equipos directivos, (b) agentes de pastoral y formación (PyF) y (c) jefaturas de curso, que crean en ello, de preferencia católicos/as. Esta distinción en el grado de adhesión al *Ideario* requerido para ciertos roles en nuestros colegios/

escuelas se relaciona con que las personas con la misión de gestionar la integración curricular deberían tener la comprensión y adhesión más profunda al proyecto.

Así, cabe señalar que las jefaturas de curso cumplen un rol integrador fundamental en el proyecto jesuita/ignaciano (*Ideario*, #21). Deberían acompañar a su grupo-curso como a una comunidad, coordinando a las y los otros actores adultos que intervienen en el proceso formativo: (a) los demás educadores que se vinculan con el curso, y (b) las respectivas familias. En esta clave, hay que considerar que el acompañamiento cambia según la etapa de la trayectoria escolar. En PK-2°, el profesor/a jefe comparte mucho tiempo diario con su curso, entonces la integración pasa mucho por lo que él/ella transmite directamente a sus estudiantes. En educación media, en cambio, con menos tiempo semanal con su curso, el aporte del profesor/a jefe pasa por otro tipo de diálogos y coordinaciones.

Una condición fundamental es que cada jefatura de curso crea y encarna la “educación integral con integración curricular” declarada en este MCI, como proceso de formación para el discernimiento de la realidad y la imitación vocacional de Jesús. Sólo así podrá promover los 15 OATs de la etapa en que es profesor/a jefe. Otras condiciones para cumplir con esta misión son: (a) tiempo con las y los estudiantes del grupo-curso; (b) conocimiento del ciclo vital de este grupo de estudiantes y capacidad para trabajar el desarrollo de la autonomía en esta etapa; (c) conocimiento del proyecto curricular del colegio/escuela para el nivel, incluyendo trazos gruesos de los aprendizajes esperados (académicos y pastorales-formativos); y (d) tiempo y habilidades para trabajar en equipo con colegas que enseñan las distintas trayec-

Las personas con la misión de gestionar la integración curricular deberían tener la comprensión y adhesión más profunda al proyecto.

torias verticales del proyecto curricular al grupo-curso y con apoderados; entre otras.

Los agentes de PyF y las direcciones de ciclo (o sede) suelen acompañar a las jefaturas de curso –y, en algunos casos, también a estudiantes directamente– desde una mirada global que considera la trayectoria del nivel y el ciclo. Su rol en la integración curricular es resguardar la coherencia del proyecto y generar condiciones institucionales para la articulación de lo académico y lo pastoral-formativo, buscando la síntesis vital. Dada la relevancia de estos roles –junto con las jefaturas de curso– para nuestra propuesta, es necesario que se les anime, dándoles reconocimiento, formación y condiciones adecuadas para realizar esta misión.

Un factor importante es tener herramientas para realizar lo mejor posible la tarea integradora, considerando los 15 OATs de la etapa respectiva. Por ejemplo, ayudaría disponer de: (a) instrumentos para medir el logro de los OATs, que permitan tomar decisiones al respecto basadas en evidencia; (b) pautas para orientar entrevistas y retroalimentación –con estudiantes o familias– a partir de los 15 OATs; y (c) pautas para que –en consejo de profesores– la jefatura de curso o la dirección de ciclo lideren análisis del logro de los OATs por parte del estudiantado, acordando estrategias transversales para trabajar lo más descendido.

Finalmente, es importante decir que –aunque los educadores mencionados tienen un rol y una responsabilidad particular en relación con la integración curricular que es propia de la educación jesuita/ignaciana– todas y todos los adultos de cada comunidad deberían sentirse llamados a aportar para que el estudiantado viva la experiencia escolar con unidad de sentido (es decir, para que haya síntesis vital del aprendizaje). La cultura institucional de nuestros colegios y escuelas debiera estar marcada por el ideal de la *cura personalis*, favoreciendo de muchas maneras el descubrimiento de la identidad, el desarrollo de una visión de mundo, y el discernimiento de la vocación y el proyecto de vida desde una perspectiva ignaciana.

Integración mediante proyectos o experiencias que promueven la síntesis

Además de figuras que ayudan a integrar la experiencia escolar, los estudios reconocen una integración de la fragmentación escolar mediada por proyectos o experiencias diseñadas para ello. De hecho, la literatura distingue tres tipos de integración de lo vertical y lo horizontal en el currículum a través de proyectos o iniciativas (Klein, 2010). Estos son:

- a. *Transdisciplina*: cuando se hace abstracción de las secuencias verticales especializadas, ya sean asignaturas académicas o instancias de PyF (y sus OAs). Este tipo de integración ocurre en ocasiones no asociadas a asignaturas o instancias de PyF específicas; en tiempos independientes y aprovechando todo conocimiento, tiempo o recurso que sea útil o necesario. Cuando las semanas de aniversario son vistas desde la clave del aprendizaje y la síntesis, constituyen un buen ejemplo de experiencia integradora transdisciplinaria.
- b. *Interdisciplina*: cuando se combinan dos o más asignaturas académicas o instancias de PyF para abordar un asunto por enseñar y aprender, con un diseño/planificación común que conecta estos verticales, incluyendo los tiempos y el producto o hito evaluativo final.
- c. *Multidisciplina*: cuando dos o más asignaturas o instancias de PyF abordan un asunto en coordinación, pero resguardando el espacio y tiempo de cada cosa, sin mezcla. Esto ocurre, por ejemplo, cuando educadores de distintas asignaturas o instancias de PyF articulan su planificación para abordar simultáneamente cosas relacionadas, facilitando al estudiantado hacer conexiones (aunque cada educador/a enseñe lo suyo).

El aprendizaje basado en proyectos (ABP), que ha despertado –a la vez– tanto interés y tantos cuestionamientos durante las últimas décadas (Condliffe et al., 2017; Kirschner, Sweller y Clark, 2006; Hmelo-Silver, Duncan y Chinn, 2007; Thomas, 2000), puede ser usado desde estas tres perspectivas. En otras palabras, puede haber (a) *proyectos transdisciplinarios*, que se abstraen de las

15 trayectorias verticales en el capítulo III; (b) *proyectos interdisciplinarios*, que combinan dos o más de estas trayectorias para que el estudiantado logre aprendizajes compartidos entre esos dos o más verticales; y (c) *proyectos multidisciplinarios*, propios de una sola trayectoria, pero que conectan con temas, preguntas o conceptos que se trabajan paralelamente en otra secuencia vertical.

El Bachillerato Internacional (IB), que articula casi 5.000 colegios en el mundo con un marco curricular análogo a la antigua *Ratio Studiorum* (White, 2012), también usa intencionadamente la integración curricular mediante proyectos o experiencias. En concreto, propone: (a) *transdisciplina* en la etapa PK-5° básico; (b) *interdisciplina* en la etapa de 6° básico a II° medio; y (c) *multidisciplina* en III°-IV° medio, cuidando mucho las fronteras disciplinares en esta etapa final de la escolaridad, para asegurar un aprendizaje riguroso de los conceptos especializados que serán fundamentales en la educación superior.

Además, el IB añade una instancia única en III°-IV° medio, que podría ser comprendida como experiencia de síntesis: un curso final obligatorio de teoría del conocimiento (ToK por las siglas del curso en inglés, “*theory of knowledge*”). El propósito de este curso es que –al terminar los años escolares– el o la estudiante comprenda y valore el aporte de cada asignatura y elemento vertical del currículum a su trayectoria escolar, desde una “visión arquitectónica” de la experiencia vivida (clave 1 de FLACSI (2025); ver **ANEXO A**). En nuestros colegios con educación media, podría haber un dispositivo de integración curricular análogo, que ayude

a hacer síntesis de toda la experiencia en un colegio REI. Algo que, inspirado en lo mejor de nuestra tradición filosófica y teológica, ayude a conectar humanidades y disciplinas STEM desde los OATs, facilitando un cierre de la trayectoria escolar que muestre el humanismo cristiano subyacente como principio integrador. Podría tener algo de antropología y/o epistemología ignaciana.

Además de los proyectos y experiencias mencionadas, en nuestros colegios y escuelas ya existen otras instancias que –de manera más o menos explícita– buscan la integración curricular, y cuyo propósito adquiere una nueva densidad a la luz del MCI. En primer lugar, están los momentos de pausa ignaciana, que –si bien constituyen una trayectoria vertical que busca el aprendizaje progresivo de la gratitud, la conciencia del pecado, y la conciencia de la necesidad de ayuda de Dios– también son, por su naturaleza, espacios de síntesis vital. Se podría decir algo similar de las introducciones a los *Ejercicios Espirituales* o del trabajo en torno al proyecto de vida que algunos colegios realizan en la clase de orientación. En segundo lugar, varios colegios y escuelas tienen “hitos formativos” asociados al cierre de ciertas etapas. Se trata de experiencias para promover la síntesis vital, que van más allá de un espacio de desarrollo socioemocional y comunitario asociado a la clase de orientación (vertical #10), y que deberían estar iluminadas por y orientadas hacia el logro de los 15 OATs de la etapa respectiva.

Es fundamental recalcar que, en escuelas y colegios jesuitas y compañeros en la misión, esta integración curricular mediante proyectos o experiencias debiese trascender el objetivo de articular OAs de diferentes verticales para conseguir mayor motivación estudiantil. Tal propósito pedagógico es valioso, pero –curricularmente– se trata de socializar en la visión ignaciana del principio humanista-cristiano de integración, que debería permear toda la experiencia escolar. La delimitación de seis instancias de PyF análogas a asignaturas académicas (con trayectorias de aprendizaje de pre-kínder a IV° medio), debería potenciar este horizonte, invitando a conectar secuencias verticales académicas y pastorales-formativas mediante ABP u otras metodologías, y de modo trans-, inter- o multidisciplinario, según convenga en cada etapa o nivel.

La literatura distingue tres tipos de integración de lo vertical y lo horizontal mediante proyectos o iniciativas: (a) transdisciplina, (b) interdisciplina, y (c) multidisciplina.

Integración mediante instancias voluntarias de ampliación y complemento de la experiencia escolar (humanistas, STEM, deportivas y pastorales-formativas)

Por último, además de la propuesta escolar común-obligatoria –con sus asignaturas académicas, instancias de PyF y formas de integración mediante personas o proyectos– los colegios y escuelas jesuitas y compañeros en la misión ofrecen instancias voluntarias de ampliación y complemento de la experiencia escolar. Estas constituyen un elemento característico del currículum jesuita/ignaciano, que –si bien es opcional– no debería ser considerado como “añadido recreativo” a la propuesta institucional ni funcionar como una oferta paralela. Estas instancias deberían estar explícitamente articuladas con la vida escolar, siendo parte del proyecto total y su orientación a la educación integral con integración curricular.

Los espacios voluntarios de ampliación y complemento de la experiencia escolar pueden ser agrupados según los cuatro ámbitos de secuencias verticales en el currículum (capítulo III):

- a. *Instancias humanistas de ampliación y complemento.* Estas ofrecen oportunidades para profundizar en el pensamiento crítico y creativo, así como en la expresión artística. Incluyen: talleres de escritura, periodismo, teatro, artes visuales, música u orquesta, clubes de lectura y grupos de idiomas e interculturalidad, en que explorar la literatura, las artes y la historia, desarrollando sensibilidad, criterio y apertura espiritual.
- b. *Instancias STEM de ampliación y complemento.* Estas permiten profundizar la curiosidad científica, el pensamiento lógico y la comprensión del mundo (natural y tecnológico). Incluyen: clubes de ciencias, astronomía o ecología; talleres de programación, robótica o creación digital; y equipos para ferias científicas u olimpiadas matemáticas, que permiten indagar, experimentar y crear con rigor.
- c. *Instancias deportivas de ampliación y complemento.* Estas incluyen las selecciones deportivas y talleres

de vida activa o actividades outdoor, en que el estudiantado ejercita la disciplina, el trabajo en equipo, la resiliencia y el juego limpio, al tiempo que desarrolla hábitos de bienestar y autocuidado. Estas experiencias permiten vivir el deporte desde la superación personal, los vínculos comunitarios y una ética del respeto, en clave ignaciana.

- d. *Instancias pastorales de ampliación y complemento.* Estas ofrecen espacios privilegiados para profundizar en la vida espiritual, comunitaria y apostólica, en coherencia con los propósitos de las instancias de PyF. Incluyen movimientos pastorales como el MEJ, CVX secundaria o los Scouts (en sus distintas etapas), y comunidades de oración o servicio litúrgico, así como proyectos de voluntariado o misiones, donde se cultivan la interioridad, el acompañamiento mutuo, el liderazgo y el compromiso solidario.

Casi todas estas instancias ofrecen ocasiones privilegiadas para trabajar el autoconocimiento, desarrollar talentos, crear comunidades intergeneracionales según intereses comunes y realizar síntesis vital del aprendizaje. Así ha sido históricamente, como lo demostró Casalini (2025a, 2025b) al analizar su desarrollo en colegios jesuitas durante siglos. Siempre han sido ocasión para formar el carácter, la disciplina interior, el sentido de pertenencia, el liderazgo, etc., expresando la identidad y misión del colegio/escuela. Dada la diversidad de estos espacios, sería esperable que los colegios y escuelas hagan explícito el propósito de cada uno o, al menos, de ciertos conjuntos afines por ámbitos, como los cuatro mencionados.

Por tratarse de instancias voluntarias-complementarias, las y los estudiantes pueden explorar y profundizar en intereses personales que exceden lo mínimo-obligatorio. En la tradición jesuita, esto conecta con la idea de “*quienes más se querrán afectar*”; frase de los *Ejercicios Espirituales* asociada a quienes quieren seguir a Jesús con un amor total, estando dispuestos/as a asumir todas las consecuencias de vivir y servir como Él. De modo análogo, estas instancias deberían convocar a quienes estén interesados/as y dispuestos/as a ensayar, entrenar y/o profundizar en tiempos extra y con un fuerte com-

promiso ante la temática correspondiente. Por ello, es natural que estos espacios crezcan en relevancia a medida que avanza la trayectoria escolar, ocupando más tiempo y energía hacia la educación media, en que hay más autonomía y se acercan las decisiones que darán forma al proyecto de vida.

Normalmente, estas instancias se organizan en comunidades como bandas, grupos de debate, clubes, selecciones, patrullas, etc., que facilitan un acompañamiento cercano. No hay grupos-curso y quienes acompañan no son jefaturas de curso. Sin embargo, la experiencia indica que lo vivido en estos espacios marca profundamente al estudiantado, y quienes acompañan o hacen de entrenadores/as y guías tienen un rol vital en nuestra propuesta educativa. Por ello, estas personas deberían ser seleccionadas, acompañadas, evaluadas y formadas con cuidado, buscando que –de modo análogo a un profesor/a jefe– favorezcan el avance del grupo hacia los 15 OATs de su etapa, articulando vivencias, saberes y procesos de discernimiento.

Considerando todo lo anterior, se podría decir que las instancias de ampliación y complemento de la experiencia escolar –tan tradicionales en la educación jesuita/ignaciana– son una combinación de los dos primeros modos de integración curricular: mediante personas y mediante proyectos o experiencias. Por un lado, son espacios donde un formador acompaña una comunidad análoga a un grupo-curso, aunque normalmente intergeneracional y más pequeña. Por otro lado, se desarrolla un interés compartido análogo a un proyecto. Esto debería hacer que –más allá del foco específico de cada espacio voluntario de ampliación y complemento de la experiencia escolar (si humanista, científico, deportivo o pastoral)– se trate de instancias privilegiadas para desarrollar los 15 OATs de la etapa respectiva, con una visión integral del crecimiento de la persona. A la luz de este MCI, se debería cuidar que estos espacios favorezcan el descubrimiento de la identidad, el desarrollo de una visión de mundo y el discernimiento de la vocación y el proyecto de vida con una perspectiva ignaciana, según se propone en el capítulo II.

Estas instancias ofrecen ocasiones privilegiadas para trabajar el autoconocimiento, desarrollar talentos, crear comunidades intergeneracionales según intereses comunes y realizar síntesis vital del aprendizaje. Así ha sido históricamente... expresando la identidad y misión del colegio/escuela.

Con lo desarrollado en los capítulos II, III y IV, se comprende mejor que la propuesta del MCI no consiste en añadir nuevos elementos al currículum nacional, ni en superponer iniciativas de integración a las trayectorias existentes, sino en concebir la experiencia escolar desde una “lógica arquitectónica”, permeada por la visión de Dios, de la realidad y de la persona que brota de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio. Los OATs expresan ese horizonte formativo y el principio integrador de nuestra educación; las 15 progresiones verticales resguardan el acceso riguroso y equitativo al conocimiento y a nuestras experiencias pastorales-formativas; y los tres tipos de instancias propuestas en este capítulo muestran que la integración sólo ocurre cuando hay esfuerzos institucionales intencionados. En efecto, el acompañamiento de personas que ayudan a hacer síntesis, las experiencias y proyectos integradores, y las instancias voluntarias de ampliación y complemento constituyen mediaciones privilegiadas para articular lo transversal y lo vertical en la experiencia estudiantil. Así, la educación integral con integración curricular deja de ser una aspiración declarativa y se convierte en un criterio para organizar, vivir y discernir la vida escolar. Este es, en definitiva, el desafío central de la REI: hacer posible que toda la experiencia educativa sea vivida con unidad de sentido, como camino de formación integral en clave humanista-cristiana.

Capítulo V

Continuidad de estudios y trayectorias de salida de una escuela o colegio REI

Salida de una escuela en 8° básico

La experiencia de transitar desde la educación básica en una escuela REI hacia la educación media en otro establecimiento suele ser desafiante, por el cambio en la cultura y la forma de pertenecer y vincularse con la comunidad escolar. La experiencia REI suele ser de un entorno formativo comunitario y reflexivo. Pero, al egresar de 8° básico y matricularse en otro colegio o liceo, las y los estudiantes pueden enfrentarse a instituciones más impersonales, lo cual genera ansiedad e incertidumbre. La experiencia muestra, sin embargo, que la formación ignaciana entrega herramientas que favorecen la adaptación. Incluso, hay antecedentes de que muchos exalumnos/as de escuelas REI pronto se convierten en líderes en su nuevo lugar, a partir de las habilidades y los valores adquiridos en la escuela jesuita o compañera en la misión.

Los objetivos de aprendizaje transversales (OATs) para la etapa 3°-8° básico ofrecen orientaciones importantes de cara a un cierre de la experiencia escolar ignaciana en 8° básico. Se propone integrar la experiencia espiritual, la gestión emocional, el pensamiento crítico y el compromiso ético, lo cual desafía a las escuelas a consolidar tres cosas en cada estudiante: (a) las bases de una identidad sólida, fundada en nuestro principio humanista-cristiano de integración curricular; (b) una mirada respetuosa del mundo; y (c) un claro sentido vocacional. En línea con lo dicho en el capítulo IV, estos OATs requieren instancias concretas de trabajo, que preparen al estudiantado para la transición institucional que vendrá hacia la educación media. Y la experiencia

indica que el acompañamiento debe iniciarse antes de 8°, cuidando el trabajo de los OATs por personas que acompañan y mediante varias instancias. Estas personas y espacios deberían promover el reconocimiento de habilidades, fortalezas y potencialidades.

Para garantizar una transición positiva, la escuela jesuita o compañera en la misión debe fortalecer la autonomía de cada estudiante, sus estrategias de estudio y la capacidad de adaptarse a distintas culturas relacionales, preparando la dimensión emocional inherente al cambio. También es clave promover el discernimiento y el compromiso ignaciano con la fe y la justicia, para que tengan raíces profundas en el o la estudiante, que ojalá perduren durante la educación media en otro contexto. Para esto, ayuda el impulsar –desde 7° básico o antes– una participación activa en la realidad social y eclesial que rodea la escuela, a través de acciones y reflexión. Esto facilita un cambio de establecimiento menos abrupto. Finalmente, dado que cada estudiante enfrenta una realidad distinta, es esencial reforzar habilidades blandas que aseguren adaptación, comunicación y estabilidad emocional.

Salida de un colegio en IV° medio, con trayectoria HC o TP

En un colegio jesuita o compañero en la misión, el egreso de IV° medio hacia la educación superior o el mundo laboral se vive como un proceso personal y comunitario que va mucho más allá del paso administrativo. Es una experiencia que busca articular la formación recibida

durante los años de escolaridad, reconociendo su sentido y proyección para el futuro. Con este hito, las y los jóvenes se abren a nuevas oportunidades de desarrollo personal, académico y laboral, llevando consigo los sellos formativos de la educación jesuita/ignaciana: conocimiento disciplinar, competencias técnicas, pensamiento crítico, sentido ético, habilidades socioemocionales, apertura espiritual, sentido eclesial y capacidad de discernimiento.

En los colegios de la REI hay dos trayectorias de salida: (a) científico-humanista (HC) o (b) técnico-profesional (TP). La mayoría de los colegios sólo ofrece la trayectoria HC, pero algunos ofrecen sólo la trayectoria TP o ambas. Esta diversidad hace que el proceso de salida de un colegio REI en IV° medio tenga distintos matices, según cada trayectoria formativa. Eso sí, en ambos casos se busca que las y los estudiantes recojan el camino recorrido, reconociendo aprendizajes esenciales y preparándose para el entorno académico o laboral que enfrentarán a continuación. Para ello, cada colegio organiza diversas instancias –jornadas de reflexión, actividades de orientación vocacional, entrevistas de acompañamiento, revisión académica y ritos de finalización– que ayudan a articular lo vivido con las decisiones propias de esta transición de etapas. Asumir este paso implica re-organizar hábitos, fortalecer la autonomía y vivir los OATs de I°-IV° medio que constituyen el perfil de egreso REI, con su foco en el pensamiento crítico, la responsabilidad ética, las habilidades socioemocionales para relacionarse en diversos contextos, la vida espiritual y la conciencia ciudadana. En la trayectoria TP, este cierre añade los procesos de práctica y titulación, que requieren demostrar competencias técnicas y socio-laborales en entornos reales, y que constituyen un hito particular en el tránsito hacia estudios posteriores o inserción laboral.

En ambas trayectorias se espera que los estudiantes desarrollen un compromiso responsable con el aprendizaje y la búsqueda de excelencia al modo ignaciano.

- En la trayectoria HC, la continuidad se orienta principalmente hacia la educación superior, para lo cual se fortalecen la autonomía intelectual, la profundi-

zación disciplinar y las herramientas para desenvolverse en nuevos entornos académicos. Quienes siguen estudios superiores –universitarios o técnicos– se encuentran con instituciones más amplias y con dinámicas distintas a las del colegio.

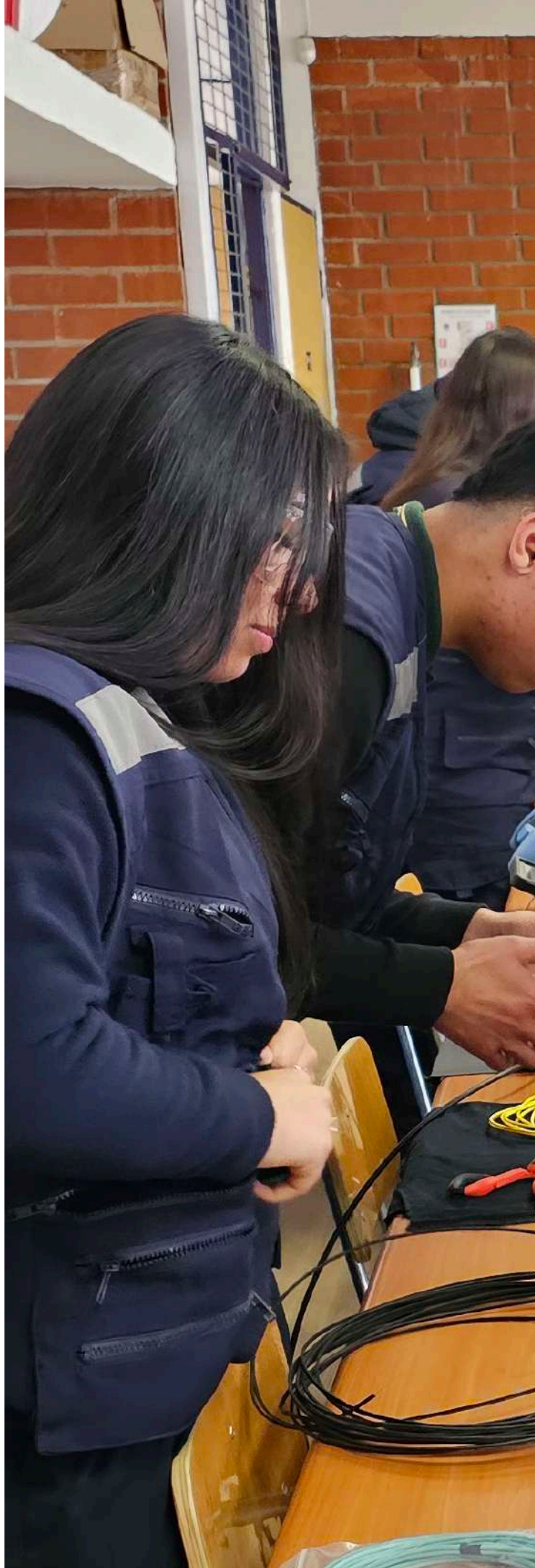
- En la trayectoria TP, la preparación incorpora herramientas laborales acordes a las exigencias actuales, junto con experiencias de práctica profesional, contacto con entornos productivos y el desarrollo de competencias técnicas que puedan combinarse con la continuidad de estudios. Quienes ingresan a un trabajo inicial deben adaptarse a rutinas, responsabilidades y relaciones propias del ámbito laboral.
- En ambas trayectorias, la formación ignaciana invita a discernir las decisiones de futuro con responsabilidad, integrando la fe y el deseo de contribuir a la transformación de los contextos en que participen. La experiencia de muchos egresados muestra que, aunque el ajuste a la siguiente etapa puede requerir tiempo, una buena cantidad recurre a las herramientas espirituales, éticas, académicas y socioemocionales adquiridas durante la formación escolar en su colegio REI para enfrentar los desafíos de los nuevos entornos.

En línea con el modelo de OATs en el capítulo II, el perfil de estudiante que esperamos que egrese de nuestros establecimientos desarrolla integral e integradamente tres elementos: (a) identidad, (b) visión de mundo y (c) vocación y proyecto de vida. Queremos jóvenes capaces de reconocer su historia, comprender sus fortalezas y limitaciones, y saber cómo aprenden y se relacionan. Esta conciencia personal incluye la experiencia fundamental de saberse amados/as por Dios, lo que sostiene su dignidad y orienta su modo de situarse en la vida. También buscamos que desarrollen una mirada crítica, comprometida y amorosa de la realidad, desde la convicción ignaciana de que Dios está actuando en la historia y la vida cotidiana. Esto ha de invitarles a ver el mundo con esperanza y trabajar por la justicia y el cuidado de la casa común. Así, la continuidad de estudios o incorporación al trabajo se vive no sólo como una aspiración individual, sino como una posibilidad concreta de contribuir al bien común. Finalmente, es-

peramos que nuestras y nuestros estudiantes puedan tomar decisiones informadas y responsables sobre su futuro, integrando intereses, capacidades y circunstancias, y ejercitando un discernimiento de sus grandes deseos que les permita reconocer ese llamado único que Dios les hace, que es su vocación. Todo esto se desarrolla de maneras particulares en cada colegio, según su contexto. Sin embargo, en todos se busca que cada egresado pueda proyectarse hacia la siguiente etapa encarnando el proyecto educativo institucional de su establecimiento, que representa una apropiación local del *Ideario* común.

Para asegurar una buena transición a lo que vendrá después de IV° medio, es necesario cuidar algunos elementos de manera transversal. Como se señaló en el capítulo IV, un acompañamiento cercano –emocional, académico y espiritual– permite que los jóvenes enfrenten este paso con mayor seguridad. Por ello, ofrecer espacios regulares de orientación y discernimiento contribuye a que las decisiones se tomen con mayor profundidad y autonomía, atendiendo menos a las presiones externas y más a la autenticidad del discernimiento personal. Consolidar hábitos de estudio, pensamiento crítico y competencias técnicas fortalece la capacidad de enfrentar nuevos desafíos. Promover habilidades socioemocionales –como la comunicación, la resolución de conflictos y el trabajo en equipo– facilita la adaptación a diversos entornos. Reforzar la formación ética y ciudadana ayuda a que las y los estudiantes continúen actuando desde criterios de justicia, responsabilidad y cuidado de las y los demás. También es importante sostener el vínculo con las familias y generar oportunidades de cierre que reconozcan la pluralidad de trayectorias y ritmos presentes en cada generación.

De esta manera, la salida de IV° medio se convierte en un proceso que articula preparación, cierre y continuidad; para que los aprendizajes académicos, técnicos, espirituales, socioemocionales y valóricos acompañen a las y los estudiantes en sus próximos pasos. Tanto en la trayectoria HC como en la TP, se busca que cada joven pueda iniciar esta nueva etapa acercándose al sueño que Dios tiene para él o ella.





Capítulo VI

Diseño de experiencias y trayectorias escolares desde el MCI

La flexibilidad del currículum en Chile

El sistema curricular chileno establece, a través de las Bases Curriculares elaboradas por el Ministerio de Educación (MINEDUC) y aprobadas por el Consejo Nacional de Educación, un conjunto de objetivos de aprendizaje (OAs), junto con objetivos de aprendizaje transversales (OATs), que constituyen un horizonte común para todos los establecimientos del país. Sin embargo, no se trata de una prescripción cerrada, sino que incorpora el principio de flexibilidad curricular, reconociendo la responsabilidad de cada comunidad educativa de configurar su propuesta en coherencia con su proyecto educativo institucional (PEI).

Esta flexibilidad supone que los colegios y escuelas no se limiten a aplicar de manera lineal las orientaciones curriculares nacionales, sino que las interpreten desde su identidad y contexto. Las Bases Curriculares y el conjunto de lineamientos derivados de estas definen un piso común, pero dejan abierto el modo en que este piso se organiza y proyecta en la experiencia escolar concreta en cada establecimiento (García-Huidobro, 2024).

Para los colegios y escuelas de la REI, esto representa una oportunidad relevante para avanzar en el fortalecimiento del principio de integración curricular presentado en el capítulo I. La “partitura compartida” que es el MCI no se superpone a las orientaciones curriculares nacionales, sino que invita a leerlas y organizarlas desde una lógica de integración curricular, en coherencia con el *Ideario* y su visión humanista-cristiana. Así, la flexibilidad del sistema permite configurar trayectorias escolares con mayor unidad de sentido.

La normativa ofrece mecanismos concretos para ello. El primero es el uso de las horas de libre disposición, que pueden organizarse según los sellos de cada PEI. Estas permiten profundizar aprendizajes o desarrollar asignaturas propias, instancias pastorales-formativas y espacios de síntesis vital, como los descritos en el capítulo IV. Desde el MCI, su valor está en cómo favorecen una experiencia articulada, en que los OAs dialogan con la visión ignaciana.

El segundo mecanismo es la posibilidad de elaborar planes y programas de estudio propios, que pueden reemplazar o complementar –total o parcialmente– los planes y programas propuestos por el MINEDUC, en la medida en que se asegure el logro de los OAs obligatorios en las Bases Curriculares. Esto permite reorganizar contenidos y énfasis desde una visión formativa coherente, haciendo más explícita la relación entre los OAs y la propuesta humanista-cristiana expresada en los OATs y las orientaciones del MCI para desarrollar las trayectorias verticales.

Estos espacios de flexibilidad suponen que cada colegio o escuela traduzca las orientaciones nacionales y su PEI en decisiones curriculares concretas y contextualizadas: organización del tiempo, articulación entre asignaturas, desarrollo de experiencias integradoras y promoción de los OAs y OATs a lo largo de la trayectoria (García-Huidobro, 2024). Desde el MCI, no se trata de agregar elementos, sino de configurar la experiencia escolar desde una lógica arquitectónica, integrando sus elementos verticales y transversales en trayectorias con unidad de sentido. Así, el desafío no es adaptar las orientaciones curriculares nacionales, sino habitarlas de otro modo, en sintonía con este MCI como partitura compartida de la REI.

Distintas configuraciones curriculares en la REI y en los colegios y escuelas

Educar en sintonía con el MCI no conduce a un modelo único para todos los establecimientos de la REI. Por el contrario, la idea de integración curricular, en diálogo con la flexibilidad del sistema y la diversidad de contextos, debiera dar lugar a múltiples configuraciones, que comparten una orientación común y se encarnan de manera situada.

En primer lugar, cada colegio o escuela está llamado a organizar progresivamente su experiencia escolar en coherencia con este MCI y su PEI, lo cual se debería expresar en un proyecto curricular del establecimiento. Este incluirá decisiones sobre la arquitectura curricular local (qué verticales y etapas o niveles), los tiempos asignados a cada cosa y la articulación de asignaturas académicas e instancias pastorales-formativas, junto con el diseño de experiencias integradoras y énfasis en cada etapa. En este proceso, el MCI debería actuar como un horizonte de discernimiento, favoreciendo que las orientaciones para cada secuencia vertical y los OATs se entrelacen en la trayectoria de las y los estudiantes.

En segundo lugar, la REI puede promover iniciativas curriculares de red, que expresen la sintonía compartida en torno al MCI. Estas no deberían anular la diversidad, pero sí generar marcos comunes en ámbitos relevantes. Entre ellas, pueden considerarse programas de educación religiosa, planes lectores compartidos o experiencias de innovación en torno a elementos centrales del proyecto jesuita/ignaciano, como la jefatura de curso u otras instancias de síntesis vital del aprendizaje. También, como se menciona en el capítulo IV, podrían explorarse espacios comunes de síntesis al final de la trayectoria escolar. Estas iniciativas introducen un mayor nivel de articulación en la red, que requiere ser asumido como parte de un proceso de coordinación y aprendizaje conjunto, cuidando siempre que haya una tensión fecunda entre orientación común y apropiación local, que potencie el desarrollo colectivo.

En tercer lugar, este MCI puede ser la base para que surjan diversas iniciativas particulares, ya sea dentro de un

colegio o escuela o entre algunos de ellos. Estas nacen de procesos locales o intereses compartidos, y permiten explorar nuevas formas de integración. En este sentido, la partitura compartida que es el MCI no sólo orienta, sino que también habilita creatividad, ofreciendo un lenguaje común para reconocer y proyectar estas experiencias.

Este dinamismo no se juega sólo a nivel institucional. El MCI también interpela a cada educador o educadora, quien dispone de márgenes de flexibilidad en su práctica: en cómo aborda los contenidos, cómo los relaciona con otras áreas y cómo diseña experiencias de aprendizaje. Educar según esta partitura implica una apropiación creativa personal. No se trata de replicar esquemas, sino de interpretar cómo favorecer un aprendizaje más integral e integrado desde la propia asignatura, instancia y/o contexto. Así, la integración curricular se construye también en decisiones cotidianas en los departamentos, las aulas y otros espacios formativos. En este escenario, el rol de la REI es animar, acompañar y articular: generar espacios de encuentro, ofrecer orientaciones y favorecer el aprendizaje compartido.

Finalmente, conviene decir que el proceso de adopción del MCI es progresivo. No se trata de alcanzar rápidamente una forma acabada, sino de avanzar gradualmente hacia experiencias más integradas, desarrollando capacidades institucionales y profesionales. En tal clave, la diversidad de caminos no es un problema, sino una riqueza. Al mismo tiempo, la existencia de orientaciones comunes permite reconocer un proceso convergente, en que los colegios y escuelas de la REI –y sus educadores/as– van afinando, juntos, sus acuerdos sobre qué educar y la estructuración de las trayectorias escolares que permite realizar esos acuerdos.

Así, en el cruce entre la flexibilidad de la arquitectura curricular del sistema escolar chileno y esta partitura compartida que es el MCI, se abre un espacio fecundo para diseñar experiencias y trayectorias escolares con mayor unidad de sentido, fieles al *Ideario* y la tradición educativa jesuita que lo inspira, y atentas a los desafíos del presente.

Referencias

- Área de Educación Escolar. (2022). Área de pastoral y formación: Un modelo común de la REI.
- Área de Educación Escolar. (2023). Ideario educativo común de la provincia chilena de la Compañía de Jesús.
- Arrupe, P. (1973). Hombres para los demás. Discurso en la clausura del 10º Congreso de la Asociación Europea de Antiguos Alumnos Jesuitas. Valencia, España.
- Arrupe, P. (1980). Nuestros colegios hoy y mañana. Discurso en la clausura del Simposio Internacional sobre Educación Jesuita Secundaria. Roma, septiembre de 1980.
- Baker, D. (2014). The schooled society. Stanford, EE.UU.: Stanford University Press.
- Bernstein, B. (1971). On the classification and framing of educational knowledge. En: Young, M. (Ed.), Knowledge and control: New directions for the sociology of education (pp. 47-69). Londres, UK: Collier-Macmillan Publishers.
- Casalini, C. (2025a). The extracurricular carries the mission: Historical perspectives on games and sports in Jesuit education. Jesuit Educational Quarterly, 1(1), 137-163.
- Casalini, C. (2025b). On the extracurricular again: The enduring pedagogical aims of Jesuit school theater. Jesuit Educational Quarterly, 1(3), 421-454.
- Condliffe, B., Quint, J., Visser, M.G., Bangser, M.R., Drohojowska, S., Saco, L., y Nelson, E. (2016). Project-based learning: A literature review. New York, NY: MDRC.
- Davis, R. (1999). Can there be a Catholic curriculum? En: Conroy, J. (Ed.), Catholic education inside-out/outside-in (pp. 207-229). Dublín, Irlanda: Veritas.
- Davis, R. y Franchi, L. (2013). A Catholic curriculum for the twenty-first century? International Studies in Catholic Education, 5(1), 36-52.
- Eime, R.M., Young, J.A., Harvey, J.T., Charity, M.J., y Payne, W.R. (2013). A systematic review of the psychological and social benefits of participation in sport for children and adolescents: Informing development of a conceptual model of health through sport. International Journal of Behavioral Nutrition and Physical Activity, 10(1), 1-21.
- FLACSI. (2025). Claves para una integración curricular humanista-ignaciana.
- Francisco (2015). Laudato sí: Carta encíclica sobre el cuidado de la casa común.
- Francisco (2020). Fratelli tutti: Carta encíclica sobre la fraternidad y la amistad social.
- Francisco (2024). Carta sobre el papel de la literatura en la formación.
- García-Huidobro, J.C. (2018). Addressing the crisis in curriculum studies: Curriculum integration that bridges issues of identity and knowledge. The Curriculum Journal, 29(1), 25-42.
- García-Huidobro, J.C. (2020). ¿Qué están enseñando los colegios católicos latinoamericanos? El desafío urgente de las integraciones curriculares humanistas cristianas. En: Imbarack, P., y Madero, C. (Eds.), Educación católica en Latinoamérica: Un proyecto en marcha (pp. 27-50). Santiago, Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- García-Huidobro, J.C. (2023). El currículum en la reflexión educativa jesuita de las últimas décadas: Historia de un abandono e intuiciones para el futuro. En: García-Huidobro, J.C., y Reyes, V. (Eds.), El currículum porta la misión: Ensayos sobre el currículum en la educación jesuita contemporánea (pp. 22-35). Santiago, Chile: FLACSI-REI.
- García-Huidobro, J.C. (2024). Innovaciones curriculares en educación media: Experiencias de tres colegios chilenos transformando su currículum. Santiago, Chile: Ediciones UAH.
- Guyer, S. (2024). World humanities report. Consorcio de Centros e Institutos de Humanidades (CHCI) y Consejo Internacional de Filosofía y Humanidades (CIPSH), en alianza con UNESCO.

- Hervieu-Léger, D. (2005). *La religión: Hilo de la memoria*. Barcelona, España: Herder.
- Hmelo-Silver, C.E., Duncan, R.G., & Chinn, C.A. (2007). Scaffolding and achievement in problem-based and inquiry learning: A response to Kirschner, Sweller, and Clark (2006). *Educational Psychologist*, 42(2), 99–107.
- ICAJE. (1986). *Características de la educación de la Compañía de Jesús*. Consejo Internacional de Educación de la Compañía de Jesús.
- ICAJE. (1993). *Pedagogía ignaciana: Un planteamiento práctico*. Consejo Internacional de Educación de la Compañía de Jesús.
- ICAJE. (2019). *Colegios jesuitas: Una tradición viva en el siglo XXI*. Consejo Internacional de Educación de la Compañía de Jesús.
- Kirschner, P.A., Sweller, J., y Clark, R.E. (2006). Why minimal guidance during instruction does not work: An analysis of the failure of constructivist, discovery, problem-based, experiential, and inquiry-based teaching. *Educational Psychologist*, 41(2), 75–86.
- Klein, J.T. (2010). A taxonomy of interdisciplinarity. En: Frodeman, R., Klein, J.T., y Mitcham, C. (Eds.), *The Oxford handbook of interdisciplinarity* (pp. 15-30). Oxford, UK: Oxford University Press.
- Kolvenbach, P.H. (1993). *Discurso en el Seminario Internacional de Pedagogía Ignaciana: Un Planteamiento Práctico*. Villa Cavalletti, Frascati, Italia.
- Luri, G. (2019). *La escuela no es un parque de atracciones: Una defensa del conocimiento poderoso*. Barcelona, España: Editorial Planeta.
- Maccarrone, A. (2023). *El infinito placer de las matemáticas*. Barcelona, España: Blackie Books.
- Marticorena, M. (2013). Los OFT como estrategia educativa para formar personas en Chile: Un paradigma en crisis. *Liminales*, 1(3), 103-121.
- MINEDUC. (2001). *Objetivos fundamentales transversales (OFT) en la enseñanza media: La mirada de los profesores*. Santiago, Chile: Unidad de Currículum y Evaluación.
- MINEDUC. (2015). *Bases curriculares 7° básico a II° medio*. Santiago, Chile: Ministerio de Educación.
- Muller, J., y Young, M. (2019). Knowledge, power and powerful knowledge re-visited. *The Curriculum Journal*, 30(2), 196-214.
- Nussbaum, M. (2010). *Not for profit: Why democracy needs the humanities*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- O'Malley, J. (2015). Jesuit schools and the humanities yesterday and today. *Studies in the Spirituality of Jesuits*, 47(1), 1-33.
- Pavur, C. (2023/2008). El currículum porta la misión: La Ratio Studiorum y el desarrollo de la educación jesuita y de la Compañía de Jesús. En: García-Huidobro, J.C., y Reyes, V. (Eds.), *El currículum porta la misión: Ensayos sobre el currículum en la educación jesuita contemporánea* (pp. 184-195). Santiago, Chile: FLACSI-REI.
- Peña, C. (2025). *Humanidades: Lo visible y lo invisible*. Santiago, Chile: Taurus.
- Romeo, J. (2001). Los objetivos fundamentales transversales en busca de un currículo holístico. *Estudios Pedagógicos*, 27, 119-130.
- Thomas, J.W. (2000). *A review of research on project-based learning*. San Rafael, CA: Autodesk Foundation.
- Vaticano II (1965). *Gaudium et spes: Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual*.
- Wheelahan, L. (2012). *Why knowledge matters in curriculum: A social realist argument*. Nueva York, NY: Routledge.
- White, J. (2012). The International Baccalaureate Diploma Programme in U.S. Catholic high schools. *Journal of Catholic Education*, 15(2), 179–206.
- Young, M. (2010). Why educators must differentiate knowledge from experience. *Journal of the Pacific Circle Consortium for Education*, 22(1), 9-20.

Anexo A

Extractos de “Claves para una Integración Curricular Humanista-Ignaciana” (FLACSI, 2025)

El propósito de este documento de FLACSI es comparar 10 claves para desarrollar integraciones curriculares con lente ignaciano. Fueron formuladas por la comisión del proyecto 5 (P5) de FLACSI en el marco del *Direccionamiento Estratégico* FLACSI 2023-2025, después de decantar los contenidos de siete paneles internacionales con expertos realizados durante 2024.

Se trata de pistas u orientaciones para que cada red o colegio de FLACSI construya acuerdos sobre qué enseñar y estructure trayectorias educativas apropiadas para alcanzar dichos aprendizajes, permeadas de la visión espiritual y humanista de la Compañía de Jesús.

Clave 1: Asegurar una “visión arquitectónica” del currículum

La primera pista de cara al diseño de integraciones curriculares con sello jesuita es que exista una visión global –de conjunto– del acuerdo sobre qué enseñar-aprender y la estructuración de las trayectorias educativas para lograrlo. En este sentido, la metáfora arquitectónica ayuda a comprender que el proceso escolar es como un edificio, con elementos visibles e invisibles, basales y terminales; y que lo relevante es la obra total, con el aporte de cada elemento “vertical” y “transversal” (es decir, de la progresión de etapas y grados –lo vertical– y de lo que cada asignatura e instancia pastoral-formativa aporta en cada grado –lo transversal–). Para esto, debe haber: (a) coherencia global, con cada parte cumpliendo su función; y (b) conciencia de la visión global y el aporte específico de cada parte al

conjunto. Un medio que ayuda mucho a cultivar esta visión es tener un “perfil del estudiante que queremos formar” que sea claro y conocido por todos (en la red o el colegio).

Clave 2: Cuidar que el principio de integración sea una visión humanista-ignaciana

Que haya una visión de conjunto es requisito necesario para una integración curricular con sello jesuita, pero no suficiente (pues otras tradiciones –como el Bachillerato Internacional, IB– también animan una visión arquitectónica de su currículum). Se requiere, además, que la visión esté permeada del humanismo cristiano tras la visión ignaciana, con la experiencia positiva de que Dios habita toda la realidad y nos llama a una vida en comunión con Él y “para y con los demás”, al modo de Jesús. En otras palabras, se necesita que el principio de integración curricular –ese conjunto de ideas que ayudan a vivir toda la experiencia escolar con unidad de sentido– sea un cristianismo moderno, que lleve a “hallar a Dios (Bondad, Verdad y Belleza) en todas las cosas”. Esto implica una visión espiritual que trasciende la clase de educación religiosa y las acciones pastorales. También, debe ir más allá de la ética; dialogando con las búsquedas científicas, el análisis histórico, las creaciones artísticas y la educación física. En suma, debe impregnar todo el acuerdo sobre qué enseñar y la estructuración de las trayectorias educativas, explicitando que Dios está en todo y animando excelencia y el mayor servicio en todo.

Clave 3: Cuidar el lugar del conocimiento, diferenciando currículum de pedagogía

Como enseñan los estudios curriculares, el conocimiento especializado –producido por comunidades disciplinares con un método– es poderoso y está en la base del progreso moderno. Entre varios propósitos, los colegios existen para ofrecer acceso a estas fuentes; y eso fue lo que llevó a nuestra estructura actual de asignaturas. Asumiendo esta realidad, nuestro diseño de integraciones curriculares debe cuidar la importancia del conocimiento especializado.

En este sentido, y contra varias modas actuales, el foco de nuestra educación no pueden ser “las y los estudiantes”. Esto sería equivalente a decir que el foco de los *Ejercicios Espirituales* es el ejercitante. Nuestro foco debe ser siempre “el encuentro del estudiante con el Bien, la Verdad y la Belleza (Dios)”, y eso debe invitarnos a abordar la falta de motivación –u otro desafío con estudiantes– como un reto pedagógico, distinto a relativizar el lugar del conocimiento poderoso en el currículum. El propósito de la integración debe ser mostrar una visión de mundo integrada, con un abordaje riguroso del conocimiento y sus precisiones conceptuales.

Clave 4: Asegurar que cada asignatura e instancia pastoral-formativa reflexione y profundice su vínculo específico con la visión humanista-ignaciana del proyecto

En el contexto de diseñar integraciones curriculares con sello jesuita, la clave de cuidar el conocimiento riguroso exige educadores que sean, al mismo tiempo, (a) expertos en su asignatura o instancia pastoral-formativa, y (b) portadores de una visión ignaciana amplia. Esto debería llevar a formular el sentido de cada asignatura/instancia en un currículum jesuita; su propósito formativo. Esto es: cómo se vincula la asignatura/instancia con la experiencia de que Dios habita toda la realidad y nos llama a una vida en comunión con Él y “para y con los demás”,

al modo de Jesús. Por ejemplo, ¿cómo se vinculan la enseñanza del lenguaje y la literatura con esta visión? O, ¿qué relación tienen la evidencia científica, los patrones matemáticos o el acompañamiento psicológico con el humanismo-cristiano? Esta clave supone que (a) las asignaturas e instancias pastorales-formativas no son asépticas, se pueden abordar desde varias perspectivas; y (b) una integración curricular jesuita exige reflexionar sobre estas perspectivas, para cultivar la propiamente ignaciana. Esto será la base para conexiones respetuosas de lo específico, pero que cruzan las fronteras disciplinares cuando nuestra visión de mundo lo exige.

Clave 5: Delimitar etapas de la trayectoria escolar incluyendo la visión ignaciana

Un acuerdo sobre qué se debe aprender quedaría trunco sin una estructuración de la trayectoria escolar para alcanzar esos aprendizajes. Y, naturalmente, esto pide delimitar etapas del proceso. En la mayoría de los casos, esta estructuración se basa en el ciclo vital del estudiantado y criterios administrativos, como asegurar grupos equivalentes de estudiantes para la gestión o distribuir eficientemente al profesorado. Esta quinta clave anima a incluir la visión ignaciana en tal demarcación, introduciendo temas como el nivel de autonomía del estudiantado o el tipo de acompañamiento requerido en cada etapa. La secuencia de etapas también debería incluir “perfiles intermedios” del estudiante que queremos formar (al final de cada etapa), que ayuden a comprender integralmente la respectiva etapa.

Aunque el número de etapas depende de cada contexto, la comisión del P5 sugirió una delimitación mínima de tres etapas: (a) un “tiempo de alfabetización”, asociado a la infancia (que incluye aprender a leer y escribir, así como una alfabetización ignaciana por ser diseñada); (b) un “tiempo de siembra”, asociado a la educación básica, en que introducir a lo mejor de la herencia humana en ciencias, historia, doctrina católica, etc.; y (c) un “tiempo de especialización y discernimiento del proyecto vital”, asociado a la secundaria.

Clave 6: Cuidar la progresión “vertical” en las asignaturas e instancias pastorales-formativas a lo largo de la trayectoria

El propósito de delimitar bien las etapas es organizar lo mejor posible el proceso educativo. Esto pide cuidar la secuenciación de objetivos de aprendizaje, que en algunos casos es progresión en una asignatura o instancia pastoral-formativa, y en otros casos es poner fundamentos para la aparición de una nueva asignatura/instancia en la etapa siguiente. Esto debiese poner especial atención a tres puntos. Primero, el desarrollo gradual de aquellos modos de pensar o aproximarse a la realidad que trascienden una asignatura o instancia (como el pensamiento científico, que no es exclusivo de una asignatura). En segundo lugar, cuidar que las progresiones incluyan los propósitos formativos; es decir, cómo cada asignatura/instancia colabora al propósito mayor de la educación jesuita en cada etapa. Y, finalmente, asegurar que las progresiones no descuiden ninguna etapa. En particular, dado el foco jesuita tradicional en la juventud (la enseñanza media), asegurar que no se desatiendan las etapas iniciales.

Clave 7: Pensar las articulaciones “horizontales” entre asignaturas e instancias pastorales-formativas según la etapa y los objetivos de aprendizaje a lograr

Asumiendo un principio jesuita de integración y el cuidado por el conocimiento riguroso (con reflexiones en cada asignatura e instancia sobre su propósito formativo ignaciano), ¿cómo debieran darse concretamente las articulaciones horizontales –es decir, en un mismo nivel– entre distintas áreas del currículum? La mejor respuesta es: depende. Hay muchas formas de articular y la más apropiada varía según (a) la etapa escolar y (b) los objetivos de aprendizaje a articular. En primaria, un educador pasa gran parte del día con sus estudiantes, entonces la articulación pasa mucho por su persona. En secundaria, en cambio, el estudiantado comparte

con muchos especialistas, entonces la articulación exige diálogos y coordinaciones complejas.

Además, los estudios curriculares distinguen tres tipos de articulación: (a) transdisciplina, cuando se aborda un tema sin considerar las asignaturas o ámbitos; (b) interdisciplina, cuando se combinan asignaturas/ámbitos para abordar el tema; y (c) multidisciplina, cuando varias asignaturas/ámbitos tratan paralelamente el tema (pero en sus propios espacios y tiempos, sin mezclarse). El IB propone usar transdisciplina en primaria, interdisciplina en los años intermedios y multidisciplina en secundaria. Y así, hay que pensar qué tipo de articulación conviene según la etapa escolar y qué objetivos de aprendizaje se quiere articular.

Clave 8: Cuidar el desarrollo transversal de habilidades genéricas e ignacianas que ayudan a hacer síntesis vital en torno al principio de integración

El propósito de la educación jesuita exige que, además de (a) aprender con rigor en cada asignatura e instancia pastoral-formativa (lo vertical), y (b) articular objetivos de aprendizaje relacionados en un mismo nivel (lo horizontal), se favorezca la síntesis vital a la luz del principio de integración. Es decir, que se promueva la experiencia integradora de que Dios habita toda la realidad y nos llama a vivir en comunión con Él y “para y con los demás”, como Jesús. Esto requiere una visión que lo permee todo, pero también estrategias concretas para desarrollar ciertas habilidades. Por ejemplo, la habilidad ignaciana de “discernir”, que exige la habilidad genérica del pensamiento crítico. Esto importa en todas las etapas, pero especialmente en secundaria, donde (a) la especialización del conocimiento trae fragmentación curricular, y (b) se incuban las decisiones vocacionales y de proyecto vital. En el IB, hay un curso final de “Teoría del Conocimiento” (para III°-IV° medio), que ayuda a comprender y valorar el aporte de cada asignatura en el currículum. En nuestros colegios, hay experiencias de pausa ignaciana dentro de la jornada,

procesos para trabajar el proyecto de vida y *Ejercicios Espirituales*. Pero, quizás falta un curso final inspirado en nuestra tradición filosófico-teológica, que ayude a conectar ciencias y humanidades con la visión ignaciana; ¿algo de antropología y/o epistemología ignaciana? En el mismo sentido, quizás deberíamos explorar e implementar más alternativas de “filosofía para niños”.

Clave 9: Elegir con cuidado las referencias externas a las que se expone al estudiantado, para que sean apropiadas a cada etapa y consistentes con el principio de integración

La atención que había en la *Ratio Studiorum* a los detalles del proceso educativo –más allá de la delimitación gruesa de etapas y asignaturas– invita a un cuidado análogo hoy. En particular, la *Ratio* ponía especial cuidado a qué se leía y qué no debía leerse, ofreciendo criterios para formular planes lectores afines al currículum. En esta lógica, una clave relevante a la hora de construir acuerdos sobre qué enseñar-aprender y trayectorias educativas para ello, debiese ser poner atención a qué referencias externas se proponen a las y los estudiantes en cada etapa y asignatura/instancia, sean textos, videos, sitios web u otras. Las referencias mismas deben ser seleccionadas en cada contexto, pero “una visión tipo *Ratio*” cuidaría que sean (a) apropiadas a la etapa, (b) reconocidas por su solidez, y (c) afines a la visión y los grandes principios que se quieren inculcar. ¿Por qué? Pues las referencias forman el vocabulario, los ideales y la imaginación; por ende, el corazón y el espíritu. Entonces, el cuerpo educador debería seleccionarlas con criterios conocidos y compartidos, consistentes con el proyecto común.

Clave 10: Incluir la participación permanente de educadores en la construcción curricular, para que el acuerdo colectivo tenga legitimidad y adhesión

Si se comprende que el currículum es el acuerdo sobre qué enseñar y la consiguiente estructuración de las trayectorias educativas (de red, colegio o ambos), hay que asegurar cierto grado de participación de las y los educadores en las deliberaciones. Sin esto, es probable que el currículum tenga baja legitimidad, entonces la adhesión del cuerpo educador –al llevarlo a las aulas, en las planificaciones y las clases– sea parcial. Por supuesto, esto implica que, además de lo propiamente técnico, el currículum entraña elementos comunitarios y políticos de diálogo y gobernanza en cada red y colegio, que son inherentes a su desarrollo. Y se requieren al menos cuatro cosas: (a) una comprensión de la vocación educadora como “vocación colegiada” (cuyos marcos ordenadores son, en primer lugar, el proyecto educativo y, en segundo lugar, el currículum que da estructura a la colaboración en la enseñanza); (b) suficiente formación del cuerpo educador en espiritualidad ignaciana y educación jesuita; (c) suficiente formación –al menos de un grupo nuclear– en currículum y desarrollo curricular; y (d) las instancias concretas para el diálogo y la construcción colectiva que exige esta comprensión de currículum (pues supone procesos reflexivos y deliberativos permanentes en varios niveles).

Anexo B

Dimensiones del estudiante tras los OATs de la REI en el capítulo II

Dimensión	Descripción
a. Espiritual	Es la dimensión de la persona asociada a la trascendencia por una apertura relacional a la realidad, a ser “desde otro”. Implica la búsqueda y comprensión del sentido, así como el discernimiento a la luz de valores y creencias. Integra la capacidad del silencio, la contemplación, de hacer oración, etc. Desde el humanismo-cristiano, se asocia a participar –por el Espíritu Santo– de la experiencia de Jesús, que reconoce a Dios presente en todo y vive en relación personal y cotidiana con Él.
b. Socioemocional	Es la dimensión de la persona que refiere a la progresiva capacidad de distinguir, comprender, regular y expresar sanamente los impulsos, sentimientos y emociones, y al establecimiento de relaciones sanas con las y los demás. Incluye la madurez de la identidad, reconociéndose como persona única y valiosa. Desde el humanismo-cristiano, se relaciona con descubrirse una persona incondicionalmente amada por Dios, que nos ha regalado la dignidad de hijos/as y nos ha creado para ser felices y entregar ese amor a otras y otros. Todo lo anterior permite tener una actitud resiliente ante la adversidad.
c. Corporal	Es la dimensión de la persona asociada al cuerpo como vía de expresión y relación consigo misma, las y los demás, y el mundo. Supone reconocer el cuerpo como don que cuidar y, consecuentemente, adquirir hábitos de vida saludable, establecer límites para resguardar la intimidad y aprender un ejercicio libre y responsable de la afectividad. Desde Cristo y su Evangelio, se relaciona con el valor del cuerpo y la sensibilidad, creados por Dios que, en Jesús, “se hizo carne”. También se asocia a que, en la diversidad y complementariedad de los sexos, se manifiesta la vocación humana a “ser con otras y otros”.
d. Cognitiva	Es la dimensión de la persona que se relaciona con los diferentes modos de conocer la realidad, para interactuar con ella y transformarla. Involucra el desarrollo del pensamiento crítico y creativo, la resolución de problemas y la interpretación de la realidad con toda su riqueza y complejidad. Desde el humanismo-cristiano, se asocia a buscar permanentemente la Verdad –que nos hace libres– en base al saber acumulado por la humanidad en la historia.
e. Ético-ciudadana	Es la dimensión de la persona que integra el ser “con, entre y para los demás” en el marco de la vida compartida en comunidad. Se relaciona con la participación, el diálogo y la corresponsabilidad en cada nivel de la vida social y política, desde el respeto por la dignidad y los derechos de cada persona. Desde el humanismo-cristiano, se vincula a la experiencia de ser llamadas y llamados a la vida con otros y a la responsabilidad en la construcción de un mundo más justo y fraterno, donde prime el bien común, según el horizonte del Reino de Dios, anunciado y realizado por Jesús con su presencia y sus acciones.

Agradecemos el compromiso y la dedicación de las casi 200 personas que colaboraron directamente para construir este MCI: (a) la comisión central que lideró el proceso; (b) la comisión jesuita que discutió varios puntos y revisó borradores; (c) los equipos directivos de los 16 colegios y escuelas que ayudaron a definir aspectos fundamentales del marco, incluyendo los OATs de cada etapa; (d) las y los integrantes de cada comisión de asignatura e instancia de PyF, que ayudaron a redactar cada propósito y su trayectoria; (e) quienes ayudaron con otros textos específicos; y (f) las y los expertos externos que retroalimentaron generosamente el trabajo de la REI. Dios les bendiga por ayudar a materializar este sueño, que orientará la educación jesuita/ignaciana en Chile durante la próxima década.



Red Educacional Ignaciana
Marco Curricular
MCI